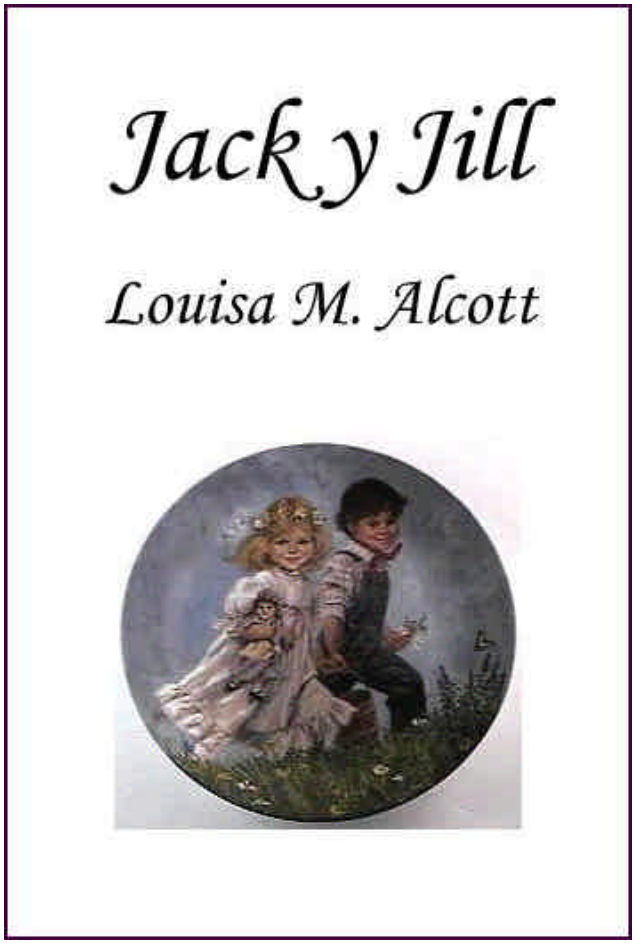
LIBROdot.com

Jack y Jill

Louisa M. Alcott



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO I
La pendiente peligrosa

Aquella tarde de diciembre los niños del pequeño pueblo La Armonía se lanzaron a la calle para divertirse después de la primera nevada abundante del año. Todos estaban ansiosos por deslizarse en sus trineos. Los senderos elegidos eran tres. Uno de pendiente suave, terminaba en una planicie y generalmente estaba lleno de niños y niñas; otro cruzaba el lago helado y lo preferían los patinadores más temerarios; el tercero bajaba desde el cerro y moría bruscamente, al llegar a la cerca que rodeaba la carretera.

Encaramados o sentados sobre la cerca, varios muchachos y niñas descansaban después de una veloz carrera y se divertían haciendo comentarios de sus compañeros que jugaban sobre la nieve.

—¡Miren a Frank Minot! Es tan formal como un juez —observó un muchacho de mentón enérgico y mirada inteligente.

—¡Y atrás viene Molly Loo, con su hermano Boo! —canturreó otro, al divisar a una niña con el pelo suelto que llegaba con un niño pequeño tras de sí.

—¡Y qué largada la de Gus Burton! —dijo un muchacho alto.

—¡Bravo, Ed Devlin! —exclamaron todos, saludando a un joven de sonrisa agradable, que siempre tenía una palabra amable para cada niña que encontraba.

—¡Y allí vienen Jack y Jill!

"¡Abran paso a Jack, el buenmozo!"

Los muchachos cantaron versos que tenían para casi cada uno de sus compañeros.

En un trineo rojo se acercaban un muchacho de pelo tan rubio que parecía de oro, y una niña de cabellos negros y mejillas rojas. Radiante de alegría, él agitaba una de sus manos.

—Jill sigue siempre a Jack, y él lo acepta —comentó una de las niñas.

—Es el mejor muchacho del mundo, jamás se enoja —repuso otra, recordando que varias veces Jack la había defendido de las bromas de sus amigos.

—No se atreve a enojarse con Jill, porque, si lo hiciera, ella le sacaría un ojo —gruñó Joe Flint, resentido aún, pues Jill no lo había dejado jugar en la pendiente suave, único lugar donde se divertían los niños pequeños.

—¡Jamás lo haría! ¡Es una chica muy buena! —exclamaron las niñas—. Estás envidioso porque es la primera de la clase y más inteligente que tú, Joe.

Joe continuó molesto y Merry Grant cambió de tema preguntando:

—¿Irán todos a la reunión esta noche?

—¡Sí! Frank nos invitó a todos y siempre nos divertimos en su casa —agregó Sue.

—Jack dijo que habría un barril de miel a nuestra disposición; y hasta podemos llevar un poco a nuestras casas —añadió uno de los muchachos, relamiéndose los labios.

—Vale la pena tener una mamá como la señora Minot —comentó Molly, que llegaba en su trineo con Boo. Sabía lo que decía, pues era huérfana y cuidaba a su hermano Boo con cariño y paciencia.

—¡Es tan buena! —exclamó Merry.

—Especialmente cuando organiza una fiesta —dijo Joe, tratando de ser amable y temiendo que no lo invitaran.

Todos rieron, luego entre bromas y risas el grupo se dispersó.

—Jack, llévame por esa bajada. Joe dijo que no me atrevería a ir por ahí y quiero demostrarle lo contrario —pidió Jill, cuando se detuvieron a descansar durante la ascensión del cerro.

—Es demasiado peligrosa. Sube y daremos una vuelta por el lago —propuso Jack indicándole a "Centella", nombre con el que había bautizado a su trineo.

—No puedo permitir que Joe diga que no me atrevo a hacer algo. Si tú tienes miedo, iré sola.

Y antes de que él pudiera contestar, ella subió al trineo y partió velozmente por la pendiente peligrosa. No llegó muy lejos, porque se apuró demasiado en partir y no guió como debía. La niña rodó por la nieve, donde permaneció riendo hasta que Jack vino a ayudarla a ponerse en pie.

—Si insistes en ir, te llevaré. No tengo miedo porque he bajado muchas veces esta pendiente con los muchachos. Pero desistimos de hacerlo porque es corta y mala —replicó Jack con valentía.

—Tienes razón, pero tendré que bajarla varias veces. Si no, Joe dirá que soy miedosa —repuso Jill, frotándose sus manos heladas.

—Toma mis mitones y quédate con ellos, si quieres. Yo no los uso nunca.

—¡Gracias! Son preciosos y me quedan muy bien. A cambio te tejeré algo para Navidad —exclamó Jill, contenta.

Se encaminaron hacia el lugar de donde partían las tres pistas para trineos.

—Y bien, ¿cuál de las tres tomamos? —preguntó el niño, con una mirada de advertencia en sus ojos.

—¡Ésa! ¡Ya te lo dije! —insistió la niña.

—Bien. Agárrate fuerte.

Se deslizaron a toda velocidad y se detuvieron bruscamente en el cerco de la barranca.

—No me pareció tan arriesgado. Subamos para repetirlo. Joe nos está mirando y me gustaría demostrarle que no le tenemos miedo a nada —dijo Jill.

—Parece que lo que quieres es partirte la cabeza —contestó Jack, mientras subían la colina.

—No; quiero probarles a los muchachos que las niñas somos valientes, fuertes y capaces de desafiar el peligro. Nos deslizaremos tres veces. Mi caída anterior no vale; así es que me tendrás que llevar otras dos veces.

Jill se sentó y miró a Jack con cara tan suplicante que el muchacho accedió de inmediato, lanzándose cuesta abajo.

—¡Es maravilloso! ¡Una vez más! —exclamó Jill, entusiasmada por los gritos de un grupo de patinadores que pasaba cerca de ellos.

Estaban tan orgullosos que iniciaron el descenso distraídamente. Jill olvidó aferrarse a su compañero y éste de guiar su trineo con cuidado.

Nadie supo cómo ocurrió, pero trineo y ocupantes cayeron en medio de la carretera. Se oyeron dos gritos y luego silencio...

—¡Sabía que terminarían así! —exclamó Joe. Y moviendo desesperadamente sus brazos, gritó—: ¡Accidente, muchachos! ¡Accidente!

El grupo corrió a socorrerlos. Jack tenía una herida en la frente, que sangraba, y trataba de sentarse para ver dónde estaba Jill.

El grupo que lo rodeaba se apartó para dejarlo ver a su amiga tirada sobre la nieve. No se le veían heridas, y cuando le preguntaron si estaba muerta, contestó:

—Creo que no... Y Jack, ¿está herido?

—Se rompió la cabeza —contestó Joe por él.

Jill cerró los ojos, y con voz muy débil dijo:

—No se preocupen por mí... Vayan a cuidarlo a él.

—¡No! ¡Estoy bien! —repuso Jack tratando de levantarse; pero, al apoyar su pierna izquierda, lanzó un grito de dolor y cayó nuevamente al suelo.

—¿Qué te pasa, Jack? —preguntó Frank, alarmado.

—Caí de cabeza, pero parece que me rompí la pierna. No le cuentes a mamá —pidió Jack, apretando el brazo de su hermano.

—Levántale la cabeza, Frank. Le ataré mi pañuelo para detener la sangre —dijo Ed Devlin, mientras colocaba un puñado de nieve sobre la herida.

—Será mejor llevarlo a su casa —aconsejó Gus.

—Lleven también a Jill; parece que se rompió la espalda. No puede moverse —añadió Molly Loo.

—¡Fue por mi culpa! —gimió Jack—. No debí haberla llevado por esa pendiente.

—No, la culpa fue mía. Si me hubiera roto todos los huesos, me lo tendría merecido. ¡No, no me ayuden, deberían dejarme morir de hambre y frío aquí! exclamó Jill, con angustia.

—Pero nosotros queremos ayudarte —murmuró Merry—. Ya veremos quién es el culpable.

—Allí viene un auto. Iré a decirle que se acerque —anunció Gus y salió corriendo.

Cuando se acercó el vehículo, los niños se tranquilizaron porque lo manejaba el señor Grant, padre de Merry.

—¿Tuvieron un accidente? Recuerdo que, cuando joven, aquí mismo me rompí la nariz —dijo, riendo.

—Levantemos primero a Jill, señor —pidió Ed, siempre tan galante con las niñas, mientras extendía su capa sobre el auto.

—Bien, niña. Quédate quieta y trataré de no lastimarte.

Por más cuidado que puso el señor Grant al levantarla, el dolor que Jill sintió fue tan agudo que hubiera gritado, pero se mordió los labios. Apenas estuvo instalada en el asiento ocultó su cara en la capa y dejó correr sus lágrimas. Luego colocaron a Jack a su lado.

Se pusieron en marcha y todos los niños caminaron junto al vehículo para acompañar a sus amigos. Sólo Joe permaneció en el lugar contemplando los restos de "Centella" que señalaban el lugar de la catástrofe.

***

Ni Jack ni Jill hablaron mucho acerca del accidente. Fue una dolorosa prueba para ambos. Cuando el médico puso los huesos de Jack en su lugar, le hizo dar varios gritos. Frank, que hacía de ayudante, se puso pálido al ver el sufrimiento de su hermano. El doctor Whiting le dio tan poca importancia a la fractura, que el niño, inocentemente, preguntó si estaría bien en una semana.

—¡Hum!... Eso no. Vas a tener que esperar por lo menos veintiún días para que se suelden los huesos.

—¡Tres semanas en cama! —se quejó con desesperación el paciente.

—Para un adulto serían cuarenta días de recuperación, jovencito. Es mejor que trates de soportar la prueba con valentía. Buenas noches; mañana te sentirás mejor. Y recuerda: nada de movimientos...

Cualquiera hubiera pensado que el daño sufrido por Jack era mayor, pero el médico parecía más preocupado por la espalda de Jill que por los huesos rotos del muchacho. La niña soportó un horrible cuarto de hora, mientras el doctor la examinaba.

—Manténgala inmóvil y el tiempo dirá cuál es la gravedad de su columna vertebral —fue lo que expresó ante la niña; pero si Jill hubiera oído lo que dijo a la señora Pecq, no se habría sorprendido al ver llorar a su madre mientras le arreglaba las almohadas.

—¡No me mimes tanto, mamá! Yo tuve la culpa de todo; Jack ha sufrido muchísimo. ¡Todos deberían odiarme! —sollozó Jill.

—No hables, hija, y trata de dormir. Toma un poco del vino que la señora Minot acaba de mandarte.

—No puedo dormir. No comprendo cómo la madre de Jack puede mandarme cosas después de que casi he matado a su hijo. Si algún día logro salir de esta cama, seré la mejor niña del mundo.

—Sería bueno que comenzaras de inmediato, porque me temo que no podrás levantarte por mucho tiempo —suspiró su madre.

—¿Estoy muy mal, mamá?

—El doctor cree que sí.

—Me alegro, es justo que sufra más que Jack. Lo soportaré bien, verás, mamá. Y ahora, ¿quieres cantarme algo? Trataré de dormir.

Jill cerró los ojos, y antes de que su madre terminara una antigua canción, la niña estaba profundamente dormida, sosteniendo un mitón rojo en su mano.

La señora Pecq era inglesa; después de la muerte de su marido, había comprado una pequeña casa, vecina a la gran mansión de la señora Minot. Se ganaba la vida vendiendo pan, trabajando en una fábrica o en cualquier tarea que le ofrecieran. Ahora se encontraba sentada junto a la cama de la niña, y sentía un gran pesar, porque sabía que su hija estaría muchos meses sin poder moverse. Una de las mayores ambiciones de la madre era ver el nombre de Janey Pecq en el cuadro de honor del colegio, como primera alumna.

Entretanto, la otra madre, sentada también al lado de la cama de su hijo, sentía la misma ansiedad, pero con más esperanza.

Jack tenía las mejillas enrojecidas por la fiebre y parecía dolerle su pierna. La gente entraba y salía de la casa. La noticia del accidente había corrido con mucha rapidez. Frank colocó un

cartel en la puerta que decía: "Se ruega entrar por la puerta trasera", con el fin de que el ruido de los visitantes no molestara a su hermano herido.

—¿Te sientes mejor, hijo? —preguntó la señora Minot.

—No mucho, mamá. Pero me olvido del dolor oyendo la música que toca Ed. Supongo que está preocupado por mí.

—Todos lo están. Joe trajo los restos de tu trineo, porque pensó que a lo mejor te gustaría conservarlos.

Jack trató de reír, pero no pudo, aunque consiguió decir alegremente:

—Qué bueno es. No quise prestarle a "Centella" por temor de que me lo rompiera... Creo que no necesitaré de sus restos para recordar la caída. ¡Ojalá nos hubieras visto, mamá! Debió haber sido algo emocionante... para mirar.

—No, gracias. Ni siquiera quiero imaginármelo —repuso la señora—. Nada de travesuras por un tiempo.

—Lo sé. ¡Fui un tonto al bajar esa pendiente!

—A veces algunas diversiones cuestan caras, hijo. Otra vez mantente firme ante los deseos de Jill.

—Lo recordaré, mamá. ¿Está muy mal Jill?

—Mañana lo sabremos, esperemos que el daño no sea grande.

—Me gustaría saber que tiene un lindo dormitorio... Debe ser triste vivir en esos cuartos tan pequeños —dijo Jack, mirando su habitación llena de comodidades.

—Me ocuparé de que no le falte nada, y ahora trata de dormir, que te hará bien —repuso su madre.

Jack cerró los ojos, obediente, y luego de unos minutos el niño yacía tan inmóvil que su madre creyó que dormía, pero de pronto vio que una lágrima se deslizaba por su mejilla.

—¡Hijo! ¡Qué tienes! —exclamó, angustiada, la madre.

—Todos son tan buenos conmigo que no puedo dejar de portarme un poco tonto.

—¡Un poco tonto! —repitió la madre, preocupada—. El dolor nos enseña muchas cosas, y algunas de ellas son el cariño y la bondad que hay en el mundo. No lo olvides nunca, hijo mío.

—No lo olvidaré, mamá. Dame un beso y te prometo portarme bien.

Apoyando la cabeza sobre el brazo de su madre, Jack permaneció quieto hasta que se quedó dormido.

CAPITULO 2
La lucha contra el tedio

Durante algunos días nadie vio a los accidentados, pero éstos estaban permanentemente en todas las conversaciones. Para ellos, los primeros días después del desastre pasaron entre el sueño, el dolor y acostumbrándose a la idea de que por muchos meses no irían al colegio ni a jugar al aire libre. Pero como jóvenes de espíritu alegre que se reponen pronto, comenzaron a dar trabajo a sus enfermeras, las que debían hacer mayores esfuerzos para distraerlos.

En la Sala Número Uno, como llamaba la señora Minot al dormitorio de Jack, que era muy sencillo debido a su pasión por los deportes, el piso no tenía alfombra ni cortinas las ventanas, y su cama era estrecha y dura. Los únicos adornos eran unos patines, guantes de boxeo y una pequeña biblioteca con libros sobre deporte, caballos, salud, caza y viajes.

Ahora se había transformado en una habitación lujosa. Pero lo que más entristecía al inválido atleta era divisar, a través de la puerta entreabierta, sus trofeos deportivos apilados en un rincón dentro de la bañera y saber que, por un tiempo, todo eso debía ser dejado de lado.

Estaba a punto de llorar, cuando fijó sus ojos en la cara cansada de su madre, que preparaba vendas para curar sus heridas. Al mirarla, Jack recordó que hay una clase de valentía que vale mucho más que toda la fuerza del mejor atleta. Con qué valor y cariño lo había curado a pesar del esfuerzo que le costaba hacerlo y verlo sufrir.

—Acuéstate un rato, mamá, me siento muy bien. Frank me atenderá si necesito algo —propuso el muchacho.

Para la señora Minot, que estaba agotada, el rato se convirtió en tres horas y como Jack no tenía la menor intención de descansar, Frank se vio en apuros para entretenerlo.

—Te leeré algo —propuso Frank.

—Estoy cansado de la lectura, quiero hacer algo divertido —contestó Jack.

—¿Quieres jugar al naipe? —sugirió el hermano mayor.

—No tiene gracia jugar de a dos —se quejó el enfermo.

—¿Te gustaría tener un telégrafo o un teléfono para comunicarte con Jill? ¡Eso sí que sería divertido!

—¿Podrías?

—Comenzaré por construirte el telégrafo, así podrás enviarle cosas, si quieres —añadió Frank.

—¡Hazlo cuanto antes! Será una diversión para mí y también para Jill, porque sé que quiere comunicarse conmigo.

—Pero deberé dejarte solo por algunos minutos mientras preparo las cuerdas necesarias.

—¡Oh! No te preocupes; no necesitaré nada, y si me hace falta algo, llamaré a Ana.

—No, podrías despertar a mamá. Yo te arreglaré algo de modo que no necesitarás de nadie —y el joven inventor unió el atizador a la caña de pescar, fabricando un gancho que llegaba al otro extremo de la habitación.

—Aquí tienes un brazo. Trata de enganchar algo para ver cómo funciona —dijo, pasándoselo a Jack, quien lo tomó con tanto entusiasmo que, por alcanzar un pañuelo que estaba sobre la mesa, arrastró con él el mantel. Luego, al intentar correr la cortina rompió un vidrio de su ventana.

—No lo uses sino en caso de extrema necesidad. Quédate tranquilo y dentro de diez minutos tendrás tu telégrafo, así es que empieza a escribir el mensaje para Jill —propuso Frank.

Frank hizo un agujero en el cerco que separaba las dos casas; luego tendió una cuerda, haciéndola pasar por la abertura, la cual ató a ambos extremos y finalmente colgó de ella un pequeño canasto que se deslizaba por la cuerda, gracias al ingenioso sistema.

En el primer mensaje iban una naranja y una carta:

"Querida Jill: Siento mucho que no puedas venir a verme. Estoy bastante bien, pero aburrido de la inmovilidad. Tengo deseos de verte. Frank instaló un telégrafo para que podamos escribirnos. ¡Será entretenido! Cuando tú tires de tu cuerda, sonará una campana, y entonces sabré que me envías un mensaje. Te mando una naranja. ¿Te gusta la jalea? Todos me traen cosas ricas y quiero compartirlas contigo. Adiós.

Jack."

El canasto salió y quince minutos más tarde regresó con la naranja adentro.

—¡Se enojó! —exclamó Jack, cuando Frank le pasó el cesto con el mensaje. Pero, en cuanto tomó la fruta, la cáscara se abrió y cayeron de ella una carta, dos dulces y una lechuza tallada en una nuez.

—¡Esto es tan de Jill! ¡Es capaz de bromear aunque esté medio muerta! Veamos qué dice:

"Querido Jack: No puedo moverme, lo que es horrible. El telégrafo es un gran invento y nos divertiremos mucho. Sí, me gusta la jalea. La naranja estaba deliciosa. Mándame un libro, pero que trate de osos, de barcos y de cocodrilos. Vino a verme Molly Loo y dice que el colegio parece otro sin nosotros. Saludos.

Jill."

Jack le mandó el libro y una jalea, que se derramó en el camino. Jill contestó en seguida, con un gatito como préstamo que encantó al niño y al que comenzó a acariciar, pero en ese momento escuchó un prolongado silbido.

—Son los muchachos ¿quieres que suban? —preguntó Frank.

—¡Sí! —contestó Jack, escondiendo el gato, temiendo que lo vieran con un juguete poco varonil.

—¡Hola, amigo! —dijeron los tres a un tiempo.

—Pasen, muchachos. ¡Me alegro de verlos! —exclamó el enfermo.

—¿Te molesta mucho la pierna, Jack?

—No demasiado. Siéntense y sírvanse algo —ofreció Jack—. Todas las señoras me han mandado cosas ricas, y no logro comerlas porque son demasiadas. Ayúdenme a terminarlas.

En unos minutos los muchachos hicieron desaparecer todo. Durante media hora, las cinco lenguas funcionaron sin descanso hasta que sonó la campanilla anunciando un mensaje.

—Esa es Jill. Atiéndela, Frank —dijo Jack, mientras invitaba a sus amigos a ver el nuevo invento. Dieron gritos de alegría cuando llegó el canasto. Era un muñeco con una pierna vendada, y una carta que decía:

"Joven: He visto entrar a los muchachos y sé que lo estás pasando bien, por lo tanto te envío los caramelos que me trajeron Molly Loo y Merry. También te mando un retrato de Jack Minot. ¡Cómo me gustaría estar contigo! Tu

J.P."

—Enviémosle cada uno una carta —propuso Jack, idea que fue aceptada por todos.

"Querida Jill: Siento que no estés aquí. Nos estamos divirtiendo mucho. Jack está de excelente humor. Laura y Lot te enviarían cariños si estuvieran con nosotros. Apúrate en curarte.

Gus."

"Querida Alelí: Espero que te encuentres cómoda en tu "celda". ¿Te gustaría una serenata a la luz de la luna? Espero que pronto sanes, porque te echamos de menos. Tu amigo.

E.D."

"Señorita: Tengo el placer de comunicarle que todos estamos bien, y esperamos que usted también se encuentre bien de salud. Aquí hemos tenido un banquete. No me importaría romperme una pierna, si tuviera tantas cosas ricas para comer y ninguna tarea que hacer.

"Sin más. La saluda

Joe P. Flint"

"Querida Jill: Quisiera poder enviarte un poco de la entretención que me dan los muchachos. Como no puedo hacerlo, te mando todo mi cariño. Mañana mamá irá a verte y te contará cómo estoy. Buenas noches. Tu

Jack."

—¡Qué carta tan tierna! —se burló Joe, mientras sus compañeros se reían y Jack lanzaba su almohada contra el burlón.

El improvisado proyectil casi golpeó a la señora Minot en el momento que llegaba con la bandeja del té para su enfermo. Al verla, los muchachos se apresuraron a retirarse, sobre todo Joe.

—Frank, quédate y dime qué pasó —ordenó la mamá.

—No fue nada, mamá. Los muchachos estaban embromando a Jack por una carta que mandó a Jill.

Cuando el hermano mayor partió corriendo, la señora Minot aseguró a Jack que no había nada malo en su carta.

—¿Verdad que no está mal quererla? Es simpática, alegre y buena... Además, me quiere mucho, y no tengo por qué avergonzarme de ello —protestó Jack.

—No, hijo, y prefiero verte jugar con una niña alegre que con niños bruscos, de quienes aún no puedes defenderte —contestó la madre.

—¡No digas que no puedo defenderme! —exclamó Jack, molesto—. Mira los músculos de mis brazos...

La señora Minot se rió del enojo de su hijo, pero en eso se oyó la campanilla y tuvo que ir a recibir el canasto.

El último despacho del "Gran Telégrafo Internacional" —como lo llamaron desde ese día, fue un magnífico pedazo de torta de manzana y un queque recién salido del horno, con una carta que decía: "Con los mejores recuerdos de J.M."

***

En la Sala Número Dos, como llamaron al dormitorio de Jill, no reinaba tanta alegría, porque la señora Pecq tenía mucho que hacer, y Jill, para entretenerse, sólo contaba con las cortas visitas de sus compañeras y los juegos que ella podía inventar. Por suerte, poseía una gran imaginación. Pero la inactividad a que la obligaba el dolor de su columna vertebral comenzaba a aburrirla. Además, había notado la preocupación del médico, cuando la revisaba, y la mirada ansiosa de su madre, temiendo quizá que su hija quedara inválida.

El telégrafo resultó una gran distracción para los enfermos, pero terminó por aburrirlos, porque ninguno de los dos tenía gran cosa que decirse, fuera de los cambios de salud.

—Esta niña terminará por enfermarse de aburrimiento —comentó la señora Pecq a la madre de Jack, que la visitaba—. Está nerviosa y cualquier cosa la preocupa. Por ejemplo, el dibujo del papel del cuarto la hace sentirse rodeada de arañas, y no tengo otra habitación donde ponerla ni dinero para cambiar el empapelado de su dormitorio.

La señora Minot miró a su alrededor y comprendió que Jill no se sintiera a gusto allí. Estaba limpia y ordenada, pero era demasiado sencilla, sin cuadros ni adornos.

Jill se encontraba durmiendo en una cama plegable que el doctor Whiting le había enviado y cuyo colchón podía levantarse a voluntad. Lucía muy hermosa con sus largas pestañas negras que contrastaban con el rojo de sus mejillas afiebradas y su lindo pelo suelto sobre la almohada.

—Ánimo, amiga, debemos ayudarnos en esta dura prueba —repuso la señora Minot.

—Así lo haremos, señora —añadió la señora Pecq, estrechando la mano de su vecina.

—Lo que debemos hacer es rodearla de felicidad, y lo demás lo hará el tiempo. Empezaremos desde ahora, así tendrá una grata sorpresa cuando despierte.

Y mientras hablaba, la señora Minot tomó una revista que había traído y recortó varios dibujos coloreados que fijó sobre el papel del muro frente a la cama.

—No se preocupe, vecina. Tengo una idea que creo será beneficiosa para todos, si logro ponerla en práctica —dijo, alegremente, cuando se despidió de la señora Pecq.

Cuando Jill abrió los ojos, la pared desnuda con sus arañas se había transformado en un alegre conjunto de dibujos coloreados.

—¡Qué bonito! —exclamó la niña y preguntó: ¿Quién los trajo?

—El hada buena que jamás viene con las manos vacías —y la mamá señaló un hermoso racimo de uvas, unas flores y una bata al pie de la cama.

Luego llegaron Merry y MolIy Loo, con Boo, por supuesto. Entonces empezaron los comentarios:

—Es buena idea cubrir ese horrible papel con dibujos. Ahora recuerdo que en el desván de mi casa tengo revistas de modas antiguas, que son muy divertidas. Ahora mismo iré a buscarlas y recortaremos —exclamó Molly Loo.

Las niñas se entretuvieron mucho con los antiguos figurines y las hermosas modelos con sus trajes pasados de moda.

—¡Qué linda está esta novia! —exclamó Jill.

—Yo prefiero los elefantes. ¡Cuánto daría por ir de cacería! —añadió Molly Loo.

—¡A mí me gusta más "La clase de baile"! ¡Es tan elegante! ¡Qué lindo seria vivir en un castillo! —agregó Merry.

—¿No les gusta este barco? —preguntó la señora Pecq—. Me hace recordar a Inglaterra... Hay días en que añoro mi patria.

—Me gustaría ser una misionera —interrumpió Molly Loo—. Ayudaría a los niños y les enseñaría a ser buenos cristianos.

—No es necesario ir al Asia o África para ser misionera, Molly Loo. En cualquier lugar del mundo se puede hacer el bien —replicó la señora Pecq.

—¡Me encantaría que pudiéramos hacer el bien en nuestro pueblo! ¿Verdad, chicas? —exclamó Molly, entusiasmada.

—Sería espléndido tener una sociedad formada por nosotras y hacer reuniones y tomar decisiones —repuso Merry.

—Pero no dejaríamos entrar a los muchachos. Sería una sociedad secreta, y tendríamos nuestro santo y seña. ¡Qué divertido sería que encontráramos algunos salvajes por civilizar! —añadió Jill.

—Eso no sería difícil —repuso su madre, sonriendo—. Conozco una pequeña salvaje que necesitaría ser civilizada..: Comienza por casa, hija, y encontrarás en qué ocupar tus aptitudes de misionera...

—Soy yo ésa, ¿verdad? Bien; seré tan buena que la gente no me reconocerá. En los libros de cuentos, los niños enfermos siempre se vuelven buenos; veremos si en la realidad ocurre lo mismo —comentó Jill.

—Y tú, Merry, podrías hacer mucho en tu casa, ayudando a tu madre y dando buen ejemplo a tus hermanos. Una niña en una casa puede cambiar muchas cosas y convertir su hogar en un lugar bello y cómodo... Hay que trabajar, en lugar de soñar con castillos.

Merry se sonrojó, pero aceptó la observación de la señora Pecq y se propuso ser útil en su casa.

—¿Y qué puedo hacer yo? Después de las peleas con la señorita Bat, ni media docena de cocodrilos puede asustarme —dijo Molly Loo, refiriéndose a la anciana que dirigía la casa de su padre.

—No tienes que ir muy lejos para encontrar al pequeño salvaje que esperas —comentó la señora Pecq, mirando a Boo, que estaba resfriado y no tenía pañuelo; sus manitas, muy sucias, lucían sabañones y su vestuario estaba muy descuidado.

—Es verdad —reconoció la niña—; parece un verdadero salvaje... Trato de cuidarlo lo mejor que puedo, pero la señorita Bat no se ocupa de él y papá se ríe cuando le hablo del asunto.

Era cierto, porque el padre de Molly vivía siempre muy ocupado en sus negocios. La señorita Bat era una anciana que creía que su obligación se limitaba a atender a su patrón viudo, y no se preocupaba de los niños. Molly notaba que muchas cosas no marchaban bien en su casa, pero no sabía cómo arreglarlas.

—Y lo harás, querida —contestó la madre de Jill, animándola—. Y ahora que cada una de ustedes tiene una misión que cumplir, yo también seré un miembro de la sociedad, y pienso que haremos grandes cosas.

Librodot

—No empezaremos hasta después de Navidad. ¡Hay tanto que hacer! —exclamó Jill.

—¡Qué lástima que tengamos que suspender la fiesta de Navidad! —se lamentó Merry—. Sin ti y sin Jack no será lo mismo, sólo tendremos que conformarnos con los regalos.

—Dentro de quince días yo estaré bien, pero Jack no; podríamos hacer un baile en su habitación, así él podrá divertirse —sugirio Jill.

—Podrías decírselo a Jack —propuso Molly Loo.

Mandaron la carta y, entretenidas, se habían olvidado por completo de la contestación, cuando sonó la campanilla. En el canasto venían papeles de colores y una caja de cuentas brillantes, cintas de colores, un carrete de hilo, agujas y una carta de la señora Minot.

"Querida Jill: Pienso adornar un árbol de Navidad para que tú y Jack se diviertan, con todos sus amigos. Te envío papel para que fabriques bolsas para los bombones, y algunas cuentas para que hagas collares. Si te hace falta alguna cosa, pídemela.

Ana Minot."

—¡Qué corazón tan bondadoso! —exclamó la señora Pecq, al darse cuenta de que su vecina había encontrado una distracción para su hija.

Las niñas dieron gritos de alegría ante los hermosos colores de las cuentas, e inmediatamente se pusieron a trabajar y no tardaron en lucir cada una un hermoso collar.

Una vez sola, Jill empezó a cantar alegremente mientras enhebraba las preciosas cuentas y fabricaba las bolsas.

CAPITULO 3
El gran secreto, la gran sorpresa

En el pueblo de La Armonía había muchos clubes juveniles. Jack y Jill pertenecían a uno de teatro, dirigido por Ralph Evans, un joven de diecinueve años, muy querido por niños y niñas, que trabajaba para mantener a su abuela; era muy alegre y sabía sacar partido de todo. Todos lo conocían y lo apreciaban por su ingenio.

Como todos los años, tenían grandes proyectos para Navidad y Año Nuevo; pero con el accidente se interrumpió la carrera de dos de los mejores actores. Ralph iba a menudo a casa de los Minot y Jack se encariñó mucho con él durante su convalecencia porque lo entretenía con su charla sobre los últimos acontecimientos.

Después de que terminaron las bolsas y los collares, les tocó el turno a las flores de papel y luego florecieron en esos cuartos alegres guirnaldas y hermosos ramos.

Había un secreto que intrigaba a los muchachos: ciertas idas y venidas en casa de los Minot. Sólo Ralph y la señora Minot sabían de qué se trataba, encerrados en una gran habitación a la que nadie podía entrar.

—Van a dar una función teatral —dijo Molly Loo.

—A mí me parece que se trata de un baile —afirmó Merry.

—No darían un baile sin Jack y sin mí —repuso Jill.

—Todas están equivocadas, jamás descubrirán de qué se trata —dijo la señora Pecq, sonriendo.

Por su parte, Jack abandonó la esperanza de adivinar, después de haber sugerido varias ideas, como el arreglo de un nuevo comedor o un teatro donde representarían las comedias que tanto le gustaban.

—La usaremos para guardar algo que quieres mucho —le contestó la mamá, compadeciéndose de él.

—¿Patos? —preguntó, con expresión indefinida.

—No. Es algo que yo también quiero mucho —añadió la mamá—. Los animales en la casa me molestan.

—¡Ya sé! ¡Pondrás en ese cuarto más enfermos! ¿Verdad? —exclamó Jack, orgulloso de su sagacidad.

—No me sería posible atender a otros pacientes —repuso la madre, con extraña sonrisa, como si temiera ser descubierta—: Eso me recuerda una Navidad que pasé entre hospitales y asilos. ¡Hace tanta falta que alguien lleve un poco de alegría ese día!

***

—¿Hace lindo día? —preguntó Jill, al despertar aquella mañana de Navidad.

—Sí, querida, espléndido. Y ahora come algo, y luego te arreglaré para que estés bonita todo el día. Espero que no te canses demasiado —repuso la señora Pecq, feliz, porque Jill iba a ser trasladada a casa de los Minot.

La niña esperaba ansiosa la visita del médido, porque él quería presenciar el traslado de su enferma. Por fin llegó, y con la ayuda de Frank, llevaron a Jill en su sofacama hasta la casa vecina, y en pocos minutos la instalaron en la "Cueva de los muchachos". La señora Minot le dio la bienvenida, pero la jovencita no se encontraba en condiciones de contestar, tanta era su sorpresa.

La gran habitación estaba completamente cambiada, ahora presentaba el aspecto de un jardín. Habían pintado celeste el techo; las paredes estaban cubiertas de un papel que semejaba un enrejado, por el cual trepaban enredaderas en flor. Pájaros y mariposas volaban entre las flores. En las ventanas se veían maceteros con plantas y flores naturales, el suelo tenía una

alfombra verde, que simulaba césped. Por toda la habitación había sillas rústicas de jardín y en medio, un hermoso abeto con lindos adornos. Sobre la chimenea, en la que ardía un buen fuego, se leían las palabras: "¡Feliz Navidad!", escritas en grandes letras brillantes.

—¿Te gusta, Jill? —preguntó la señora Minot.

—¡Es maravilloso! —contestó la niña asombrada y besó repetidas veces a la señora.

—¿Crees que le falta algo más a esta habitación? —preguntó la buena señora.

—Jack —dijo Jill, riendo llena de alegría.

—Tienes razón. Lo traeremos en seguida, de lo contrario sería capaz de venir saltando en una pierna —repuso la madre del niño.

Jill tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para permanecer quieta en su sofacama, al oír acercarse el sillón de Jack empujado por Ralph y Frank, quien lanzaba gritos de alegría.

—¡Esto sí que es lindo! —exclamó Jack, recorriendo con sus ojos la habitación. Y luego dio un salto al descubrir que Jill estaba allí.

—¡Aquí estoy! ¡Ven pronto! —gritó Jill, llena de emoción.

Los acercaron y ambos amigos, separados tanto tiempo, exclamaron a la vez:

—¡Qué alegría volver a verte!

En efecto, la alegría reinaba en ese cuarto, Ralph y Frank bailaban alrededor del árbol, mientras el doctor Whiting y ambas madres los miraban riendo. Jack y Jill aplaudían y daban gritos de felicidad:

—¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad!

Cuando se calmaron y los que tenían ocupaciones se fueron, dejaron solos a los jóvenes enfermos para que conversaran.

—¡Qué bien estás! —dijo Jill.

—Y tú también —repuso Jack, galantemente.

Ambos estaban muy bien, porque la felicidad los hermoseaba. Jill llevaba un chal rojo y collares al cuello. Su cabello negro estaba recogido con una cinta roja, y tenía lindas zapatillas del mismo color. La vestimenta de Jack no era tan alegre, pero sí muy elegante. Tenía puesta una bata gris con cuello y puños celestes, que contrastaban con su pelo rubio, una camisa blanca y una corbata azul.

—¡Estoy tan contento de volver a verte! —dijo él, sonriendo—. Creo que ya hemos pasado lo peor. ¿No te parece magnifico que pasemos el día juntos?

—Sí, ¡pero un día pasa tan pronto!... Me sentiré tan triste cuando vuelva a casa esta noche —suspiró Jill.

—¡Pero si no volverás a tu casa! ¡Te quedarás aquí indefinidamente! ¿No te lo dijo mamá?

—¡Qué suerte! ¿Y dónde voy a dormir? ¿Y mamá? —preguntó Jill.

—Se quedará también en esa habitación. Conseguí que Frank me lo contara todo.

Este magnífico arreglo dejó a Jill sin aliento, y antes de que se recuperara llegaron Frank y Ralph con dos enormes canastos con cosas para colgar en el árbol. Mientras lo adornaban, los niños les hacían miles de preguntas.

—¿Quién arregló todo esto?

—La idea fue de mamá, pero lo decoramos Ralph y yo —contestó Frank.

—Tu madre dice que podríamos llamarla la "Habitación de los pájaros" —añadió Ralph, lanzando a Jill un bombón en forma de pájaro.

—Lo guardaremos en esta preciosa jaula, hasta que los dos podamos salir volando juntos. A propósito, Jill, ¿no te parece que estaremos muy atrasados en los estudios cuando volvamos al colegio? —repuso Jack.

—Seremos los últimos si no estudiamos un poco. El médico me dijo que pronto podré comenzar a estudiar algo; Molly me trajo mis libros, y Merry me prometió venir todos los días para darme las tareas —dijo Jill, decidida.

—Frank me ayudará con el latín. Podríamos empezar a estudiar después de Año Nuevo —propuso Jack.

—¡Cuánto echo de menos el colegio! —suspiró Jill.

—¡Allí llega mamá con más cosas para el árbol —exclamó Jack—. ¡Qué lindos!

—¡Jamás vi un árbol más bonito! Me alegro de haber podido ayudar en algo, a pesar de estar enferma —repuso Jill.

—Falta una cosa —dijo la señora Minot, sacando de una caja un hermoso Niño Jesús de cera.

—Es el Niño Dios. Hoy festejamos su nacimiento. Compré el más lindo que encontré, porque me gusta más tenerlo a Él, que al viejo Santa Claus... aunque también podríamos tenerlo —explicó la mamá.

—Parece un bebé de verdad —comentó Jack, tocándolo, delicadamente.

—Es a Él a quien los niños deben rezarle, amarlo e imitarlo, porque jamás los olvidó y siempre los bendijo y les dio ejemplo —comentó la señora Minot.

Cuando los dos niños quedaron solos de nuevo, Jack dijo con seriedad a Jill:

Librodot

—Creo que deberíamos portarnos bien; todos son muy buenos con nosotros, y nos estamos mejorando tan bien, y nos esperan días felices; así podremos demostrarles nuestro agradecimiento.

—No es fácil ser buena cuando una está enferma —contesto Jill, pensativa—. Cualquier cosa me molesta, ¡y estoy tan cansada de permanecer inmóvil...! A veces quisiera gritar, pero no lo hago porque mamá se asustaría, entonces me pongo a llorar. ¿Tú lloras, Jack?

—No lloro porque soy hombre, pero maldigo y me desquito diciendo: ¡Al diablo!, y doy puñetes a Frank, quien ni siquiera protesta.

—Creo que en esta hermosa habitación nos será fácil portarnos bien —comentó Jill

—¡Si supieras el hambre que tengo, Jill! Hoy casi no desayuné porque estaba tan ansioso por verte y conocer todos los secretos. Frank se divertía por mi nerviosismo, así es que le tiré un huevo que se estrelló en la pared.

Jack y Jill se rieron a carcajadas, y la señora Minot, que llegaba en ese momento, se sintió contenta de ver tan felices a los niños.

—La nueva medicina parece hacer milagros, vecina —dijo a la señora Pecq, que la seguía con una bandeja para los enfermos.

—Así es, señora. Yo misma estoy completamente cambiada.

—No coman demasiado, porque no podrán disfrutar de la próxima sorpresa —añadió la madre de Jack.

—¡Más sorpresas! ¡Qué alegría! —exclamó Jill.

Se enteraron por fin cuando los empleados entraron a preparar la mesa para que toda la familia almorzara con ellos en la "Habitación de los pájaros". Las madres se preocuparon especialmente de sus enfermos, y todos comieron con mucho apetito.

—Las chicas me decían que esta Navidad iba a ser un fracaso a causa de nosotros; pero me parece que cuando vean esta hermosa habitación cambiarán de opinión —comentó Jill.

—Podríamos decir que nuestro accidente nos dio esta hermosa Navidad. Jamás había pasado una igual —repuso Jack.

—Si no hubiera sido por tu madre, niños, esta Navidad habría sido triste para todos. Permítame agradecerle desde el fondo del corazón, señora —dijo la señora Pecq.

—Propongo un brindis por nuestras madres —propuso Frank, poniéndose de pie con un vaso de agua en la mano.

—¡Viva! —exclamó Jack con entusiasmo, volcando parte de su vaso al hacer un gesto espontáneo hacia su madre, quien lo miraba con lágrimas de felicidad.

Luego la señora Minot propuso un descanso, porque no tardarían en llegar los invitados para lo mejor de la fiesta.

—Espero que a las chicas les gusten sus regalos. Yo ayudé a elegirlos y todos son lindos.

—No sé qué recibiré yo y estoy ansiosa por saberlo—expresó Jill.

—Te diré que te elegí una cosa que te gustará mucho...

—¿Cuántos regalos tendré?

—Veo siete paquetes para ti —repuso Jack.

—Tú también tienes muchos —añadió Jill, mostrando un paquetito que contenía los mitones azules que ella le había tejido.

—¡Qué espera tan larga! —exclamó el muchacho.

—Aquel perro que parece estar ladrando es para Boo y además ese trineo amarillo. Así Molly lo podrá llevar al colegio.

—¡No me hables de trineos, por favor! ¡No quiero verlos más! —exclamó Jack dando una patada con la pierna sana.

—Estoy segura de que a ti no te dolió ni la mitad de lo que me dolió a mí —protestó Jill.

—No dirías eso, si hubieras soportado lo que pasé yo cuando me colocaron los huesos en su sitio —exclamó Jack.

—Pero tú no te desmayaste como yo, cuando el doctor revisó mis vértebras —añadió la niña.

—¡Bah! Las niñas se desmayan por nada. Los hombres somos más valientes, y a pesar del dolor no perdí el sentido.

—Pero gritaste. Frank me lo contó. El médico dijo que yo era una niña muy valiente. Además, tendrás que andar durante bastante tiempo con una muleta; lo sé.

—Y tú tendrás que usarlas durante dos años. Oí que el doctor se lo decía a mamá. Dijo que yo me levantaría mucho antes que tú.

Los dos niños se habían acalorado y la discusión hubiera terminado mal, si no hubiera llegado Ralph.

—Y bien, jóvenes, ¿cómo les va?, ¿se han entretenido? —preguntó el profesor.

—Sí —contestó Jill, con voz apenas audible. Jack no contestó.

En ese momento se oyeron la campana y el ruido de voces alegres, y Jill se vio obligada a reírse, a pesar suyo, al oír la voz de Molly Loo. Jack, por su parte, tuvo que hacer lo mismo al escuchar la marcha que Ed tocaba al piano, mientras Frank y Gus lo dirigían.

—¡Listo! —exclamó la señora Minot, y abrió la puerta de la "Habitación de los pájaros". Los recién llegados quedaron maravillados con el espectáculo que había allí: el Niño Dios y Santa Claus de pie al lado del árbol, luciendo éste su larga y blanca barba.

Ralph era un buen actor, distribuyó los regalos con frases cómicas y chistes apropiados para cada uno. Sería imposible describir la alegría que allí se vivía. Jack sonreía ante un hermoso álbum para sellos que deseaba de todo corazón, y Jill se sentía como una millonaria con un anillo que tenía una pequeña turquesa azul, de parte de Jack. La niña hubiera querido decir a su amigo: "siento haberme enojado", pero en ese momento era imposible.

Jugaron, cantaron y bailaron hasta las nueve de la noche, hora en que terminó la fiesta y se retiraron los invitados.

Llevaron a Jack a su dormitorio y a Jill al que debía compartir con su madre.

—Dije que no me portaría mal en la "Habitación de los pájaros", y, sin embargo, me enojé y fui desagradecida después de todo lo que hicieron por mi madre y por mí. Jack estuvo más lastimado que yo, y se portó valientemente, a pesar de que gritó. ¡Cuánto me gustaría poder decírselo! ¡Qué tonta he sido, arruiné el día!

Un sollozo ahogó sus palabras, y la niña estaba a punto de ocultar su cara entre las manos y echarse a llorar cuando vio que Frank entraba en la habitación contigua con un alambre largo en cuyo extremo tenía un pequeño tarro. Tal vez sea una broma —pensó Jill, pero estaba lejos de adivinar la última sorpresa.

Al cabo de un rato oyó una voz que murmuraba:

—Jill..., ¿estás despierta?

—Sí.

—¿Hay alguien contigo? Toma esto, entonces. Colócalo junto al oído y escucha.

Jill, con cierta vacilación, obedeció las indicaciones de Frank. Pero su sorpresa no tuvo límite cuando escuchó la voz de Jack que decía:

—Siento haberme enojado. Perdóname y olvídalo. No volverá a suceder, Jill.

—Yo también lo siento. No volveré a portarme así. Ahora me siento mucho mejor. Buenas noches, Jack.

Frank, satisfecho con el éxito de su teléfono, se fue dejando a Jill con la mejilla apoyada sobre la mano que lucía su anillo.

CAPITULO 4
Jill conoce la verdad

Las diversiones siguieron durante toda la semana. Era imposible estudiar con el montón de regalos que había que disfrutar y las visitas que debían atender.

—Creo que será mejor esperar hasta que los otros chicos vuelvan al colegio, y dedicar esta semana a divertirnos —dijo Jack, que se sentía muy contento con la idea de que pronto se podría levantar.

—Yo estudiaré un poco mi vocabulario todos los días, porque la ortografía es lo que más me cuesta. He prometido portarme bien y así lo haré —contestó Jill, que ya había comenzado a ser misionera.

—Aquí tienes una misión al alcance de tu mano y, además de que te lo haces a ti misma, puedes pagar tu deuda de gratitud —le había dicho la señora Pecq, quien por su parte trataba de ser lo más útil posible en esa casa donde les daban tanto cariño.

Pero la niña olvidó que quien debía cambiar sus modales era ella, y se dedicó a corregir a Jack. Tres o cuatro semanas de mimos habían hecho que los niños olvidaran y se dedicaran sólo a divertirse.

Un día lluvioso en que tuvieron pocas visitas, los enfermos decidieron arreglar el álbum de sellos. De repente entró la señora Minot al cuarto y quedó asombrada al ver la cara de ambos niños totalmente cubierta de estampillas.

—¡Pero, niños! ¿Qué nuevo juego es éste? ¿Son indios salvajes o cartas que han dado la vuelta al mundo antes de ir a la dirección correcta? —preguntó riendo.

—Es que veo en el rostro de Jill el que me hace falta, y ella ve el suyo en el mío —contesto Jack.

Siguieron buscando y pegando sellos en el álbum hasta que Frank llegó a la habitación y dijo a su hermano:

—Jack, dame tu lección de latín antes de salir a dar una vuelta con Gus.

—No la sé, y no pienso estudiar hasta la próxima semana —contestó el enfermo.

—Me darás tu lección ahora mismo, de lo contrario no volverás a ver tus sellos. Aquí está el libro. Tú mismo me pediste que te ayudara, y es lo que voy a hacer.

—No deberías aprovecharte, si no estoy preparado. No sé la lección ni pienso estudiar ahora; así es que devuélveme mis cosas y ocúpate de tus asuntos.

—Te devolveré un sello por cada lección que des bien —prometió Frank, metiéndose las estampillas en el bolsillo.

Ante tal amenaza, la paciencia de Jack se terminó y tomando el libro que creyó era el de latín, lo arrojó con fuerza contra su hermano, exclamando desafiante:

—¡Guárdalos, si quieres, y tu viejo libro también! ¡No volveré a mirarlo hasta que me devuelvas mis sellos y me pidas disculpas!

Todo sucedió con tal rapidez que la señora Minot no tuvo tiempo de intervenir. Frank desapareció y el libro fue a dar contra la pared, cayendo al suelo con su tapa despegada y las hojas arrugadas por el golpe.

—¡Es el álbum! ¡Jack, qué hiciste! —exclamó Jill al ver que el libro era maltratado por su propio dueño.

—Creí que era el otro —murmuró Jack, rojo y avergonzado, al ver que su madre levantaba el libro del suelo.

Se sentía tan culpable que no sabía qué hacer y comenzó a ordenar los pocos sellos que su hermano le había dejado. La señora Minot continuó escribiendo cartas sentada a su mesa, con aspecto muy serio. Durante un instante el silencio empezó a tornarse intolerable, entonces apareció Gus; traía un libro para Jack y una carta para Jill.

—Ya que estás aquí, ¿podrías llevarme a mi cuarto, Gus? Dormiré un rato —pidió Jack.

—Una vez me contaron que un muchacho le tiró un tenedor a su hermano y le sacó un ojo. Lo hizo sin querer y su hermano lo perdonó —comentó Jill.

—¿Y el muchacho se perdonó a sí mismo? —preguntó la señora Minot.

—Creo que no, señora. Pero Jack no le pegó a Frank, y estoy segura de que siente lo que hizo.

—Pudo haberle pegado. Nuestros actos están en nuestras manos, mas no las consecuencias. Recuérdalo, Jill, y piensa dos veces antes de hacer algo.

—Sí, señora, así lo haré —contestó la niña.

La señora Minot comenzó a escribir otra carta, pero luego se detuvo y poniéndose de pie, como si le fuera imposible resistir su deseo por ir a ver a ese niño malo, dijo:

—Veré si Jack está bien arropado... No te muevas hasta que vuelva.

—No, señora.

Cuando Jill se vio sola, empezó a buscar a su alrededor algo para distraerse. Divisó una hoja de papel en el suelo, pero fuera de su alcance, que había caído de la mesa sin que nadie lo notara. Al principio no le prestó mayor atención, lo mismo que hizo con un sello que Frank dejó caer al salir. Entonces, por asociación de ideas, pensó que ese papel debía ser una carta de Frank.

—¡Qué bueno sería guardar esa carta hasta que devuelva los sellos de Jack! Cómo le molestará saber que leímos su nota! Trataré de recogerla.

Jill olvidó su promesa de no moverse, y no tomó en cuenta lo feo que es leer las cartas ajenas. Cogió el atizador y trató de acercar el papel con un movimiento brusco que la hizo perder el equilibrio y caer del sofá.

—¡Ay, mi espalda! —fue lo único que pudo decir al sentir el terrible dolor que le recorrió todo el cuerpo.

Por un momento permaneció inmóvil para reponerse un poco. Se preguntaba cómo haría para volver al sofá por sus propios medios. Mientras se incorporaba vio cerca de ella el papel, que tomó apresuradamente, porque a pesar de su estado aún pensaba vengarse de Frank. Una ojeada le demostró que no se trataba de una carta del joven, sino de una misiva que la señora Minot enviaba a su hermana. Se disponía a dejarla en su lugar, cuando le llamó la atención su nombre y no pudo resistir la tentación de leerla:

"Querida Lizzie: Jack continúa mejorando y pronto estará recuperado, pero empezamos a temer que la niña quede inválida. Está aquí, y hacemos lo posible para que se cure; pero cada vez que la miro no puedo dejar de pensar en Lucinda Snow quien, como recordarás, estuvo en cama durante veinte años, a consecuencia de una caída a los quince. La pequeña Janey no lo sabe aún y espero..."

Allí terminaba, y el castigo de "la pequeña Janey" por su desobediencia comenzó en ese instante. Ella creía que mejoraba porque sus dolores habían disminuido. Ahora sabía la verdad, cerró los ojos con un estremecimiento, mientras se decía a sí misma:

—¡Veinte años! ¡Jamás podré soportarlo! ¡Jamás!

Llena de angustia, Jill permaneció en el suelo, sin importarle que alguien entrara y la encontrara allí. Luego se sintió algo reconfortada, porque en un corazón joven la desesperación jamás permanece mucho tiempo, y ella era una niña valiente. Y a pesar del dolor, logró subirse a su sofacama.

—Falté a la promesa de no moverme. Leí una carta que no era para mí —gimió Jill con un suspiro, al recordar las palabras de su madre—. Será mejor que trate de ser buena. Creo que lo mejor que puedo hacer ahora es estudiar mi ortografía.

Jill sostuvo su libro de manera que le ocultara su cara casi por completo. ¡Qué largo le pareció el tiempo hasta que alguien entró a la habitación! Su corazón dio un brinco cuando oyó que la señora Minot exclamaba:

—Jack está muy bien y, por lo que veo, tú también.

—No tenía otro libro a mano y pensé que podría estudiar un rato —contestó Jill.

La niña echó una rápida mirada a la señora y vio que ésta buscaba su carta, por lo que ocultó aún más su cara y permaneció tan inmóvil que pudo oír el crujido del papel, cuando la señora lo levantó del suelo. Pero no se dio cuenta de la mirada que le echó la madre de Jack, cuando encontró pegado al dorso de la carta una estampilla roja, que estaba segura de haber visto en el piso al lado del sofacama. También recordaba que un papel se había volado de su mesa, pero como estaba tan apurada, no se detuvo a ver qué era. Por eso le llamaba la atención que el papel y el sello estuvieran juntos ahora; además, la carta tenía la huella de un dedito sucio.

"Esperaré a que ella me hable. Es una niña honesta y no tardará en decirme la verdad", pensó la señora Minot.

Librodot

Después de un rato de silencio, la señora dijo:

—¿Quieres darme tu lección? Jack piensa darme la suya y me imagino que tú seguirás su ejemplo.

—No sé si la aprendí, pero trataré de dársela, señora.

—¿Te duele algo? No importa la lección..., dime lo que te sucede y trataré de ayudarte.

La niña se echó a llorar, y contó lo que acababa de hacer y el penoso descubrimiento con el que había sido castigada.

—Lo sabía antes de que me lo dijeras. De lo contrario, no serías la niña que tanto quiero y deseo ayudar.

—¡Estúpido sello! ¡Delatarme cuando yo misma quería confesar mi culpa, después de haber comprendido mi desobediencia! —exclamó Jill, sonriendo a través de sus lágrimas.

—Deberías pegarlo en tu libro para que te recuerde las malas consecuencias de la desobediencia —sugirió la señora.

—Señora..., cuénteme lo de Lucinda Snow. Si voy a quedar como ella, me gustaría saber cómo pudo soportarlo tanto tiempo.

—Siento que hayas sabido eso. Sin embargo, su historia te ayudará a pasar tu prueba, que estoy segura no será definitiva. Conocí a Lucinda hace muchos años, y a pesar de que al principio su suerte me pareció triste, terminé por comprender lo feliz que era pese a su invalidez; así como lo buena, lo útil y lo querida que llegó a ser...

—Me gustaría saber cómo era ella —inquirió Jill.

—Era tan paciente, que todos se avergonzaban de quejarse de sus pequeñas molestias; tan alegre, que su dolencia se hizo más llevadera; tan trabajadora, que no sólo ganó dinero con las cosas bonitas que hacía, sino que contaba además con la amistad de todas las personas que iban a su casa en busca de consuelo y de buenos consejos. Su vida era un ejemplo de piedad. Lucinda era feliz a pesar de su desgracia.

—Si no llego a curarme, me gustaría ser como ella —comentó Jill.

—Sí, querida, pero espero que te repongas. Mientras tanto, trata de ser lo más útil y agradable que puedas. Tu espalda dolorida te recordará lo que debes hacer y así aprenderás a obedecer. Cuando te hayas recuperado, habrás aprendido a ser mujer. Mientras tanto en tu cama puedes convertirte en ejemplo para todos.

—¿De veras, señora? —exclamó Jill, con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando volvieron los muchachos y Jack le dio a su hermano su lección de latín, éste le devolvió una estampilla. Jill pidió a su amigo que le regalara el sello que la delató, pero sin decirle el motivo de su deseo, y lo guardó en su vocabulario para que le recordara constantemente la promesa que acababa de hacer y que tenía la intención de mantener.

CAPITULO 5
Merry y Molly, las otras misioneras

Veamos ahora en qué forma cumplieron las otras misioneras las tareas que se habían impuesto en su afán por ayudar en su pueblo con la sociedad secreta que deseaban establecer.

El señor Grant era un granjero de situación acomodada y quería dar a sus hijos mayores ventajas de las que había disfrutado él y mejorar su linda propiedad, de la que estaba orgulloso. La señora Grant era una excelente ama de casa, muy ocupada como para perder tiempo en elegancias, pero siempre dispuesta para ayudar a los pobres y a los enfermos. Tenía tres hijos varones, Tom, de diecisiete, y Dick, de diecinueve, que trabajaban en la granja; y Harry, de veintiún años, que trabajaba en un almacén. Aunque de modales rústicos eran buenos muchachos, y querían mucho a su hermana Merry, pero se burlaban buenamente de sus "gustos de señorita", como decían por sus modales delicados y su inclinación por las cosas bellas.

Merry era la mimada de la famila. Pese a que daba la sensación de que se encontraba allí por equivocación, parecía una fina rosa en un campo de trigo.

Cuando las niñas hablaron de la nueva sociedad, Merry pensó que tomaría más cariño al trabajo, y ayudaría a su familia a disfrutar de las cosas bonitas.

Esa noche, mientras se encontraba sentada a la mesa para la cena, miró a su alrededor tratando de encontrar la forma de comenzar su tarea.

La gran cocina–comedor, donde estaban, lucía limpia y ordenada pero fea, excepto un geranio rojo, florecido, en la ventana. La gente que estaba sentada alrededor de la mesa dejaba bastante que desear, comían con los cuchillos la carne de cerdo en vez de usar el tenedor, bebían el té de los platillos y se reían estrepitosamente cuando algo les causaba gracia. Sus hermanos eran buenos mozos y fuertes; el padre, un hombre de dulce expresión, y la madre, una mujer de aspecto agradable, con ancha frente y mirada tierna.

Esa noche Merry estaba tan pensativa que su padre lo advirtió porque el granjero no se cansaba de mirarla, como quien admira a un gatito, feliz de verla tan bonita, joven y feliz.

—Hijita, me parece que tienes algo que te preocupa. Ven y cuéntaselo a tu padre —dijo, golpeándose la rodilla.

—Primero limpiaré la mesa y tú, mamá, siéntate y descansa; Roxy y yo arreglaremos todo —contestó Merry.

—Me sentaré un rato —dijo la señora Grant, tomando su tejido, porque sus manos no podían estar sin hacer nada.

A Merry no le gustaba hacer la limpieza doméstica, pero puso todo de su parte en la desagradable tarea, vigilando a la perezosa Roxy, hasta que todo estuvo en orden; luego, llena de alegría, fue a sentarse en las rodillas de su padre.

—Sí, papá, quiero hacer algo —pidió la niña.

—No me extrañaría que se tratara de una muñeca —dijo el señor Grant.

—¡Pero, papá, hace años que no juego con muñecas! No, lo que quiero es arreglar mi dormitorio. Lo haré todo yo misma, y sólo necesito unas pocas cosas.

—Pero, hija —interrumpió la madre—, tu pieza esta siempre impecable, gracias a la educación que te hemos dado.

—Déjenme bajar algunas cosas del desván. ¡Las paredes están tan desnudas! ¡Me gusta tanto estar rodeada de cosas bonitas! —se quejó Merry.

—A mi me pasa lo mismo. No podría vivir sin mi linda hijita que me da más alegrías que una docena de ramos de flores —agregó el granjero.

—Es otra de las cosas que quiero tener: unos maceteros para adornar la ventana. Mamá dice que las plantas ensucian mucho, pero yo limpiaría con agrado —prosiguió Merry.

—Yo te traeré algunas —dijo su padre.

—Estaré contenta si mamá me permite arreglar a mi manera y prometo cumplir sin protestar —repuso la niña, dando gracias a su padre con un beso y sonriendo a su madre.

—Puedes sacar lo que quieras del armario azul, que está en el desván, y arregla tu pieza como gustes, y no te olvides de cumplir lo prometido —contestó la señora Grant.

—No me olvidaré. Mañana trabajaré toda la mañana y, por la noche, les mostraré lo que yo llamo una habitación bonita —contestó Merry, satisfecha.

Y mantuvo su palabra; esa misma tarde lluviosa en que Jill descubrió la verdad de su estado, Merry se puso a arreglar su dormitorio. En el armario azul encontró varios tesoros e, ignorando los agujeros de polilla, trató de sacar el mejor partido de ellos, tratando de imitar la sobria elegancia que reinaba en la casa de la señora Minot.

Colocó unas cortinas de felpa roja que alegraron las paredes, cuyo papel estaba ajado y descolorido. Sobre la cama tendió una manta roja con estrellas blancas, y cubrió la mesa con un mantel alegre, cuyos agujeros tapó con sus libros. Quitó la estufa de la chimenea y colocó unos leños para que ardieran libremente. En el centro de la pieza extendió la última de las alfombras trenzadas confeccionada por su abuela, y con unos candelabros de bronce adornó el pequeño escritorio, sobre el cual colgó un espejo, cuyo borde decoró con unos vuelos de tul blanca y la cinta roja de su cabello. "Éste es el toque de elegancia", pensó la niña, orgullosa. Sobre el muro colgó tres antiguos cuadros que, a pesar de no ser muy bonitos, le servirían hasta encontrar otros.

"Ahora los llamaré a todos para que vengan a mi cuarto. Por fin tengo un lugar agradable donde estar", se dijo Merry, cuando terminó la decoración. Había estado trabajando toda la tarde y ya oscurecía; por lo tanto, encendió las velas de los candelabros para que su tocador pareciera lindo e impresionara a sus padres y hermanos. Por desgracia, el fuego humeaba, por

lo que debió entreabrir la ventana para que saliera el humo. Una leve brisa hizo volar las cortinas, a las que alcanzaron las llamas de las velas, de modo que cuando Merry abrió de golpe la puerta, segura de asombrar a su familia, se quedó horrorizada al ver las llamas y la mitad de su trabajo perdido.

Sus hermanos entraron rápidamente, arrancaron en seguida las cortinas y apagaron el incendio en medio de grandes carcajadas, mientras la señora Grant se lamentaba de los daños sufridos y Merry lloraba en los brazos de su padre.

***

Molly, la tercera de las integrantes de la sociedad de las misioneras tuvo dificultades, y sus primeros esfuerzos no tuvieron más éxito que las otras dos. Su padre salía temprano de casa y no regresaba hasta la noche, y luego se ponía a leer. Intercambiaba unas leves palabras con sus hijos a la hora del té y ya no volvía a verlos hasta el día siguiente, a la misma hora. El creía que estaban muy bien cuidados, porque los dejaba a cargo de la señorita Bat, que era muy trabajadora cuando entró al servicio de la familia, quince años antes, pero se estaba volviendo vieja y muy descuidada y todo en casa estaba revuelto.

La anciana señorita estaba convencida de que cumplía con su deber, preocupándose de tener la comida lista, cuidando a los chicos cuando estaban enfermos y vigilando que la casa no se incendiara. Molly se sentía feliz con sus animales favoritos, su libertad y el pequeño Boo a quien amar; pero ahora comenzaba a comprender que ellos no eran como los demás niños, y se sentía avergonzada por ello.

—Papá está muy ocupado, pero la señorita Bat debería atendernos a nosotros; si le pido algo, se queja de su reumatismo y debo ocuparme yo de Boo. Además, yo no puedo lavar mi ropa, ni los pantalones de Boo, y el pobrecito no tiene nada que ponerse. Si se lo digo a papá, se conformará con decirme: "Sí, hija, sí, ya me ocuparé de eso", y naturalmente no hará nada.

Así se lamentaba Molly, y en ese caso solía retirarse a un cuarto cerca del desván, donde habitaban sus nueve gatos. Éstos estaban acostumbrados al modo de ser de su ama, y algunos de ellos se subían a su falda, ronroneando suavemente, lo que tranquilizaba el enojo de la niña.

—Haré cuenta de que estoy en África, y que me encuentro en casa de un indígena, a quien debo enseñar a vivir como se debe. La señorita Bat no comprenderá lo que me pasa, y será muy divertido, pensó Molly, al inspeccionar el comedor el día en que empezó su misión.

La perspectiva no era muy alentadora. La mesa del desayuno permanecía tal cual, con su mantel lleno de manchas de café, pedazos de pan y cáscaras de huevo, y una salchicha en medio de una fuente. Los muebles estaban cubiertos de polvo; la chimenea, llena de cenizas, y la alfombra, sembrada de migas. Boo estaba sentado en el sofá con un brazo metido en un agujero de la funda, buscando algún tesoro escondido. Molly hasta ese día consideraba que lavaba y vestía bastante bien a su hermanito, pero hoy veía con más claridad y suspiró profundamente ante lo descuidado del niño.

"Primero limpiaré el comedor, y luego lo lavaré y peinaré. Me hace falta una bañera como la de la señora Minot, y toallas. ¡Las tendré aunque tenga que comprarlas yo misma!", pensó, mientras recogía las tazas con tal energía, que las ponía en peligro.

La señorita Bat, que se encontraba en la cocina, se sorprendió cuando Molly le pidió agua caliente y toallas limpias.

—¿Qué nuevo capricho es éste? —dijo la señorita Bat, entregándole a la niña todo lo que le pedía, y mirando a Molly que se había puesto un delantal limpio y estaba muy bien peinada.

—¡Hum!... —fue el único comentario que hizo a la señorita Bat.

Una hora de trabajo duro produjo notorios cambios en aquella irreconocible habitación barrida y los muebles sin su capa de polvo. Luego pensó en el trabajo que le daría Boo al bañarlo.

Subió al dormitorio para descansar, y cuando bajó para la hora de almuerzo, vio a Boo armando un trencito en medio del comedor, con pedazos de carbón que simulaban los carros y libros para rieles, sobre los cuales deslizaba su trineo amarillo cargado con un gatito asustado, el perro sin cola y los restos de una salchicha, que el niño mordisqueaba a ratos.

—¡Dios mío! ¿Por qué los hombres no pueden jugar sin desordenar? —suspiró Molly, recogiendo todo.

"Lo bañaré después del almuerzo", pensó la niña, mientras el joven "ingeniero" se maquillaba la cara con la sopa.

—Necesito dos ollas con agua caliente, señorita Bat, por favor, y la tinaja grande —pidió Molly, cuando la ama de llaves terminaba su cuarta taza de té, porque no le gustaba comer su propia comida.

—¿Qué piensa lavar ahora? —preguntó la señorita Bat.

—Bañar a Boo —dijo Molly.

—¡Pero, Molly! ¡Has perdido el juicio! ¡Qué ocurrencia bañar a ese niño después del almuerzo y resfriado! Moja la punta de una toalla y lávale la cara y las manos, pero no puedes bañarlo en un día tan frío como éste.

Para ciertas cosas las palabras de la señorita Bat tenían la fuerza de una ley. Por lo tanto, Molly tuvo que someterse y se llevó a Boo, diciendo con altivez:

—Le pediré permiso al papá esta noche, porque no soportaré que mi hermano esté sucio como un cerdo.

Cuando terminó de arreglar a su hermano, revisó su armario, los cajones de su cómoda, los de la mesa, y todo era un total desorden.

La niña tenía bastante ropa, pero toda descuidada; hasta su mejor vestido necesitaba que le pegaran dos botones, y su sombrero de los domingos tenía una sola de sus cintas para atar.

—¡Dios mío! ¡Qué desorden! ¡Qué pensaría de mí la señora Minot si viera esto! —dijo Molly, recordando que la señora había dicho que a una niña se la podía conocer mejor por el orden que tuviera en sus cajones.

"Vamos, misionera, pon un poco de orden", se dijo Molly, vaciando los cajones sobre la cama y comenzando a arreglarlos.

—¡Cuánto cuesta ser ordenada! —suspiró Molly, cuando todo estuvo en su sitio.

En cuanto terminaron de cenar, y antes de que su padre se marchara, la niña se le acercó y le dijo:

—Papá, necesito dinero para comprar unos botones para arreglar la ropa de Boo. Y otra cosa, ¿puedo bañarlo? Le hace falta y la señorita Bat no quiere que use la tina grande.

—Por supuesto, hija, haz lo que quieras, pero ahora estoy apurado —repuso el padre, tirando dos monedas sobre la mesa y saliendo muy apurado a una cita.

Con el permiso paterno, Molly metió a la fuerza a Boo en la bañera llena de agua, restregándolo de arriba a abajo, a pesar de sus gritos, que atrajeron a la señorita Bat hasta la puerta cerrada con llave. La anciana señorita se compadeció del niño, segura de que se enfermaría antes del amanecer.

Cuando terminó su tarea, Molly consoló al niño con caramelos, aprovechando de desenredarle el pelo rizado, y después le puso una camisa de dormir limpia y lo metió en la cama.

—Ahora di tus oraciones, querido, y duérmete bien tapado —dijo Molly algo preocupada por el efecto que podía tener la cabeza húmeda de su hermano.

Después de que el niño hubo rezado, Molly consideró que su labor del día había terminado y se fue a acostar agotada por su primera tentativa misionera. Pero antes del amanecer se despertó al oír la respiración entrecortada del niño, y asustada fue a llamar a la puerta de la señorita Bat, admitiendo que su predicción se había cumplido y que el niño estaba enfermo.

—¡Ya lo sabía! Tráemelo y no te asustes. Yo me ocuparé de él, y la próxima vez hazme caso —gruñó la anciana, mientras agitaba una botella de jarabe.

Molly dejó a su hermano con la señorita Bat, y se fue a acostar, humedeciendo su almohada con lágrimas de remordimiento.

Y así fue como todas las niñas fracasaron en su primer intento; aunque no se dieron por vencidas, como lo veremos luego.

CAPITULO 6
Los chicos y su club de debates

—Pienso que deberíamos tener una reunión. Las vacaciones terminaron y es necesario que tomemos algunas decisiones —comentó Frank, un día, a Gus a la salida del colegio.

—Muy bien. ¿Cuándo, dónde y qué tema? —preguntó Gus, que era hombre de pocas palabras.

—Esta noche, en nuestra casa, para discutir el tema: "¿Deben las mujeres ir a la Universidad con nosotros?" Mamá dice que conviene que tengamos nuestra opinión, porque todo el pueblo habla del asunto —repuso Frank.

—Muy bien, se lo haré saber a los muchachos. ¡Hola, Neddy!, el Club de Debates se reúne hoy, a las siete en punto, en casa de Minot —exclamó Gus, sin perder tiempo.

—Iré. Esta tarde llegué a casa una hora más temprano, y pensé venir a conversar un rato con ustedes —dijo Ed Devlin.

—Te has vuelto muy sociable —ironizó Gus, sin dejarse engañar por las palabras del joven.

—El camino más largo a veces es el más corto, ¿verdad, Ed? —dijo Frank alegremente mientras daba un amistoso puñete en el estómago de su amigo.

Todos rieron y Gus añadió:

—Esta noche no habrá chicas para oírnos.

—¡Qué lástima! —repuso Ed con ligero pesar.

—No queda más remedio, porque los otros muchachos dicen que ellas arruinan la diversión. Por mi parte, no tengo inconveniente en que asistan las niñas —dijo Frank.

—La próxima semana deberíamos hacer una reunión con juegos. A las chicas les gusta y a mí también —observó Gus.

—Y también a tus hermanas, tus primas y tus tías —comentó Ed.

A Gus lo llamaban "Almirante" porque tenía tres hermanas, dos primas y cuatro tías, además de su madre y su abuela, viviendo todas en su gran casa.

—¿Y cómo marchan los negocios? —preguntó Gus a Ed, porque no había vuelto al colegio en el otoño, sino que estaba empleado en una tienda de la ciudad.

—Lentos; según dicen, las cosas mejorarán en la primavera. A mí me va bastante bien, pero los extraño mucho, muchachos.

Y Ed puso una mano sobre el hombro de cada uno de sus amigos.

—Deberías dejar tu empleo y volver a estudiar —dijo Frank, que se estaba preparando para ir a la Universidad de Boston, mientras que Gus lo hacía para Harvard.

—No; ya elegí mi camino y pienso seguir en él. ¿Estudiaste la música? —preguntó Ed cambiando la conversación por un tema más alegre, porque tenía algunas preocupaciones.

—No me queda mucho tiempo; el patinaje sobre hielo me resulta más atractivo... Ven temprano esta noche y la ensayaremos.

—Eso es. Y ahora tengo que irme, muchachos —se despidió Ed.

—Nosotros también. Adiós.

Esa noche, al entrar en la "Habitación de los pájaros" con una linda muleta bajo el brazo, Ralph dijo a Jack:

—¡Hola, muchacho!, veamos si te gusta... Creo que con ella podrás andar en cuanto el médico te dé permiso.

—¡Qué suerte! Quisiera probarla, pero no lo haré hasta que me lo permitan. ¿La hiciste tú mismo, Ralph? —preguntó Jack.

—Casi toda... Y me siento orgulloso de ella.

—Y tienes que estarlo. Eres muy inteligente. ¿Inventaste alguna otra cosa últimamente? —preguntó Frank, que se acercaba.

—Sólo una máquina antirronquidos y una almohadilla para el codo —contestó Ralph, alegremente.

—¡Cuéntanos! Jamás oí hablar de una máquina de ese tipo. Reserva una para Jack —dijo Frank muy interesado.

—Bueno. Resulta que una señora anciana, muy rica, mantenía a toda su familia despierta a causa de sus ronquidos, y mandó a pedir a la casa donde trabajo algo para remediar su problema. Parecía una broma, pero me encargaron que ideara algo. Se me ocurrió tomar un tubo que, aplicado sobre la boca de la paciente y doblado hacia su oído, bien ajustado allí, permite que cuando la persona ronca, escuche sus propios ronquidos y los detendrá de inmediato. El resultado es un éxito, tanto que estoy considerando patentar mi invento —concluyó Ralph, uniéndose a las risas de los demás.

—¿Y la almohadilla para el codo? —preguntó Frank.

—¡Ah! Eso es una cosa sin gran importancia que inventé para un hombre que tenía el codo muy delicado y que necesitaba protegérselo. Le fabriqué una almohadilla de goma que ajustaba perfectamente a esa articulación, y ¡asunto arreglado!

—He pensado pedirte que me hagas una pierna nueva si la mía no se cura bien —dijo Jack, convencido de que su amigo podía inventar cualquier cosa.

—Pondría todo mi empeño, Jack. Una vez hice una mano para un muchacho, y gracias a eso conseguí mi empleo. ¿Se acuerdan? —contestó Ralph.

En ese momento llegaron Gus y Ed, acompañados por varios otros muchachos, y la conversación se hizo general.

Al dar el reloj las siete, Frank, que era el presidente, tomó su sitio detrás de la mesa de estudios. Frente a la mesa había varias sillas para los miembros, y Gus, que desempeñaba el cargo de secretario, tenía ante sí un libro de anotaciones. Los miembros tomaron asiento. El presidente dio tres golpecitos con un viejo palo de críquet corto, y con dignidad abrió la sesión.

—Señores: después de la orden del día, el Club debatirá acerca del siguiente problema: "¿Deben las mujeres ir a la Universidad con nosotros?" Pero antes el secretario dará lectura al acta de la última reunión.

Gus, aclarándose la garganta, leyó breve y elegantemente:

"El Club se reunió el dieciocho de diciembre, en casa de Gus Burton. Tema tratado: ¿Qué es más divertido, el verano o el invierno? Hubo un serio debate. Las opiniones estuvieron divididas en partes iguales. J. Flint fue multado con cinco centavos por faltar el respeto a la presidencia. Se realizó una colecta de cuarenta centavos para pagar un vidrio roto, durante una pelea amistosa entre los miembros del Club. Ed Devlin fue elegido secretario para el año próximo, y el presidente donó un libro de actas."

—Eso es todo.

—¿Hay alguna otra cosa que tratar antes del debate? —preguntó Frank.

—Sí —sugirió Ed, poniéndose de pie y mirando a su alrededor, como si estuviera seguro de que su proposición sería bien percibida, dijo:

—Deseo proponer a Bob Walker como nuevo miembro de nuestro Club. Me parece que deberíamos aceptarlo. Está tratando de portarse bien, y estoy seguro de que nosotros podríamos ayudarlo. ¿Lo aceptamos?

Todos los muchachos se pusieron serios, y Joe dijo con brusquedad:

—¡No! Es un mal muchacho, y no quiero esa clase de elemento aquí. Que se vaya con sus amigotes.

—¡De eso precisamente quiero alejarlo! Es un muchacho bueno pero no tiene a nadie que se preocupe de él, y es por eso que pelea, como lo haríamos nosotros de estar en su lugar. Quiere unirse a nosotros y se sentiría orgulloso si lo aceptamos Estoy seguro de que se portará bien. ¡Vamos, démosle una oportunidad!

Y Ed miró a Gus y a Frank, seguro de contar con el apoyo de ambos. Pero Gus movió la cabeza como si dudara, mientras Frank argumentó:

—Sabes bien que el reglamento establece que el Club no debe tener más de ocho miembros.

—Eso puede arreglarse. La mayoría de las veces no puedo asistir a las reuniones, por lo tanto renunciaré y Bob ocupará mi lugar —comenzó a decir Ed.

—¡No, no! ¡No aceptamos tu renuncia! ¡El Club se terminaría!

—Sería mejor que ocupara mi lugar; soy el menor y no me echarán de menos —propuso Jack.

—Podríamos hacer eso —dijo Frank.

—Lo mejor sería que se aumentara a diez el número de miembros, para que puedan ingresar Bob y Tom Grant —dijo Ralph.

—¡Buena idea! —exclamó Gus, que comenzaba a arrepentirse.

—Pero, si aceptan, tienen que tener en cuenta que deben admitir a Bob, tanto fuera como dentro del Club, si no se sentirá más solo que antes —expuso Ed, muy serio.

—¡Por supuesto! —gritó Jack, mientras los demás aceptaban por no ser menos que el miembro más joven del Club.

—Bien. Si todos ponemos un poco de nuestra parte, podremos hacer mucho... Es tiempo de que lo hagamos, si queremos que Bob se enderece. Como nosotros le dábamos la espalda, el muchacho se refugiaba en la taberna y hacía amistades que no le convenían. Espero también hacerlo ingresar en la Logia, ¿no te parece, Frank? —añadió Ed —seguro de su buena idea.

—Tráelo ¡Estoy contigo! —contestó Frank, recordando que hacía cuatro años que él pertenecía a la Logia de Templanza, y ya seis muchachos habían seguido su ejemplo.

—Ha empezado a fumar, pero nosotros conseguiremos que abandone el vicio. Tú podrás ayudarlo en ese sentido, Gus, si lo deseas —añadió Ed.

—Cuenta conmigo —repuso Gus, que había dejado de fumar para complacer a su padre.

—Si todos hacen como Gus y se proponen ser buenos con él, y no recordarle sus errores pasados, pueden ayudarlo mucho —manifestó Ed, agradecido.

Comenzó la votación y todas las manos se levantaron, hasta la del intransigente Joe. Y fue así como Bob y Tom se convirtieron en valiosos miembros del Club de Debates. Aunque era sólo un juego de niños, estaban unidos para hacer el bien.

Muy satisfechos de sí mismos, iniciaron el debate del día.

—Supongo que Ralph, Gus y Ed están a favor, y Chick, Grif y Joe en contra —dijo Frank.

—¡No, señor! Pienso que debería ser mixto —exclamó Chick, un joven apacible que acompañaba diariamente a una niña hasta su casa.

Una carcajada general atronó la sala, y Chick se sentó, rojo hasta la raíz del pelo, pero decidido.

—Hablaré por dos de nosotros, ya que el presidente no puede hacerlo y Jack no irá en contra de quienes más lo miman —expresó Joe, que no gozaba de la simpatía de las niñas y las consideraba un estorbo.

—Ya que empezaste, termina de una vez —ordenó Frank.

Librodot

—Bueno —comenzó diciendo Joe—, no sé mucho de mujeres, y no me interesa saber, pero lo que sí sé es que no conviene que estén con nosotros en la Universidad. Ése no es su lugar y nadie las quiere allí, y harían mucho mejor quedándose en su casa zurciendo calcetas.

—¡Y las tuyas también! —intervino Ralph, que había oído ese argumento tantas veces que ya le cansaba.

—¡Claro! ¡Para eso sirven las mujeres! En la escuela no me importa que estén con nosotros, aunque preferiría que tuvieran clases aparte. Nos sentiríamos más cómodos...

—Especialmente tú, porque Mabel siempre te gana en las notas —observó Ed.

—Si me interrumpen a cada rato, no podré terminar —dijo Joe, que sabía que no tenía el don de la elocuencia.

En la sala reinó silencio y Joe prosiguió con su discurso, empleando todos los argumentos que había oído.

—Opino que progresaríamos mucho más si no tuviéramos a las chicas con nosotros. En cuanto a que son más inteligentes, o igual a nosotros, es completamente absurdo, porque algunas lloran todos los días por no haber estudiado o vuelven a sus casas con dolor de cabeza, o protestan continuamente acerca de esto o lo otro. No, señores, las mujeres no nacieron para el estudio. No tengo hermanas ni quiero tenerlas, son un verdadero fastidio.

Estas últimas palabras molestaron a Gus y Ed, y Joe volvió a tomar asiento. Inmediatamente pidió la palabra Grif, muchacho alegre cuyo principal objetivo en la vida era hacer bromas a los demás y, por lo tanto, era el terror de las niñas.

—Señor presidente, considero que las niñas no tienen capacidad física para ir a la Universidad con nosotros. No podrían tomar parte en una regata, ni saber cuidarse a sí mismas. Están mucho mejor en sus casas. A decir verdad, sólo me gusta acompañarlas a fiestas y bailes —comenzó diciendo Grif, cuya idea de la vida universitaria parecía ser las diversiones y no el estudio—. Las puse a prueba y comprobé que no pueden aguantar nada. Gritan si se les dice que hay un ratón en el cuarto y corren como si se las llevara el diablo. Un día puse una cucaracha en el pupitre de Molly y ella saltó como si hubiera sido un cohete.

Así también saltaron los honorables miembros del Club, por que en ese momento estallaron media docena de petardos debajo de la silla que Grif acababa de abandonar. Con gran dificultad se restableció el orden, y obligaron al incorregible bromista a mantenerse en silencio, amenazándolo con expulsarlo de la reunión si volvía a abrir la boca.

Ed se puso de pie ante la concurrencia y discurseó:

—Me parece que las clases serían tristes sin la presencia de algunas niñas. Compadezco al muchacho que no tiene hermana —continuó Ed, acordándose de la suya, que lo quería mucho. Les aseguro que no podríamos pasarnos sin las chicas, y no me avergüenzo de decir que cuanto más las veo, más me gustan.

—¡Bravo, magnífico! —exclamó Frank.

Satisfecho de haber sido comprendido y aprobado, Ed tomó asiento en medio de una salva de aplausos, mientras Jack, en medio de su entusiasmo, golpeaba tan fuerte con su muleta en el suelo que la señora Pecq entró para ver si ocurría algo.

—No, señora, gracias, estamos aplaudiendo a Ed —dijo Gus.

—Y ahora nos sentiríamos muy honrados si nuestro socio mayor nos dirigiera algunas palabras —dijo Frank con una reverencia a Ralph.

El joven actor se puso de pie y, como siempre, se divirtió imitando a hombres famosos con una gracia inigualable. Los muchachos no podían parar de reír, cuando entró una empleada con una bandeja de manzanas.

—Se levanta la sesión —repuso el presidente.

CAPITULO 7
La más bella princesa

Mientras Jack ya saltaba y brincaba con sus muletas, la pobre Jill sufría los efectos de su segunda caída, y tenía que pasar durante dos horas diarias acostada sobre una tabla.

El primer día que la colocaron en ella, lloró durante la primera hora, y en la segunda estuvo cantando.

El sonido de esa valiente voz fue un gran consuelo para las dos madres. Mientras Jack compadecía y admiraba con su mirada a su compañerita, exclamó blandiendo su muleta contra un enemigo imaginario:

—¡Eso es! Canta, canta y jugaremos a que eres una cautiva de los indios, a la que atormentan sus enemigos, pero demasiado orgullosa para quejarse. Yo vigilaré el reloj, y en cuanto sea la hora, correré a rescatarte.

Jill se echó a reír, pero la idea le agradó e inmediatamente empezó a cantar otra de las canciones que su padre le enseñara.

Desde ese día, Jill soportó la prueba con gran fortaleza. Le gustaba que los muchachos la llamaran valiente y admiraran la forma en que soportaba esas dos horas de incomodidad. No tardó en descubrir que podía tocar la cítara. Cada día la hermosa música comenzaba a cierta hora y todos sentían emoción al escucharla. Hasta la cocinera dejaba la puerta abierta, diciendo:

—Pobre niña, oírla cantar después de todo... Es una verdadera santa. Dios quiera que algún día se recupere.

Frank era quien la ponía y la sacaba de la tabla; siempre le decía una palabra de aliento y subía a enseñarle una nueva melodía, mientras los demás muchachos se divertían abajo. Ralph también contribuyó a su distracción: le pidió permiso para modelar en arcilla su linda cabecita

e instaló su trabajo en un rincón de la habitación. En sus visitas, divertía mucho a Jill contándole cuentos y enseñándole a modelar en arcilla pájaros, conejitos y otros animales.

Pero lo que más agradó a Jill fue que Jack permaneciera en casa dos semanas más de las necesarias, por no abandonarla. El día en que el rnédico dijo que podía ir al colegio, el niño se sintió loco de alegría, y comenzó a hacer grandes proyectos y a estudiar con empeño, deseoso de asombrar a sus compañeros, tanto por su pronta mejoría como por los adelantos en sus estudios. Pero cuando se tranquilizó, pensó en Jill, que en ese momento permanecía silenciosa, mientras el niño conversaba con su madre.

—Está tan tranquila, que debe estar durmiendo —pensó Jack.

Pero no, no dormía sino que miraba hacia la ventana llena de sol. Afuera se oían las alegres campanillas de los trineos y las risas de los muchachos y chicas que se dirigían al colegio, felices y contentos, lo que hacía aún más triste su situación de inválida, especialmente ahora que su amigo había sido dado de alta y no tardaría en abandonarla.

Jack comprendió aquella mirada pensativa y triste, y sin decir una palabra, se sentó mirando el fuego. Su madre al notarlo le preguntó:

—¿En qué piensas, Jack?

—Creo que será mejor que no vaya aún al colegio —contesto Jack.

—¿Y por qué no? —inquirió la señora Minot, sorprendida.

El niño le indicó con el dedo hacia donde estaba Jill, mientras decía en tono alegre:

—Me parece que será mejor. En realidad, el doctor no quiere que vaya, y si consintió fue porque yo le insistí. Sí, mamá, creo que me quedaré en casa una semana más. ¿No te parece?

Su madre le sonrió con gran ternura.

—Haz como lo creas mejor, hijito. Por mi parte prefiero tenerte en casa, pero me preocupa que estés tanto tiempo encerrado.

—Oye, Jill, ¿te molestaría si me quedo en casa hasta principios de febrero? —gritó Jack, riéndose para sus adentros.

—¡No mucho! —contesto una voz muy alegre.

—Si estudio en casa no me atrasaré, al contrario. Estudiaré mi latín, mamá.

La decisión de Jack resultó muy oportuna, porque la última parte del mes de enero fue tan tormentosa que el niño no hubiera podido asistir al colegio la mayoría de las veces. Mientras caía la nieve y soplaba el viento huracanado, Jack permanecía en casa divirtiendo a Jill y estudiando con mucho empeño.

En febrero el tiempo se estabilizó y Jack volvió otra vez al colegio, contento. Frank lo acompañaba en su nuevo trineo, por si el trayecto le resultaba demasiado largo.

—Ahora no tendré tiempo de echarlo de menos, porque estaremos muy ocupadas haciendo los preparativos para el día de la fiesta de Wáshington. El Club de Teatro se reunirá esta noche, y las niñas vendrán aquí para que yo las ayude. ¿Usted lo permite, señora? —preguntó Jill a la señora Minot.

—Por supuesto, querida, y aquí te traigo un canasto con unos géneros que aparté para el Club —contestó la buena señora.

Cuando las niñas llegaron, encontraron a la presidenta rodeada por preciosas telas de todos los colores y se divirtieron mucho con ella. Todas trajeron alguna cosa que podría servirles a ellas o a sus compañeros. Como es de suponer, Jill no podía tomar parte en la representación de la obra, pero fue la asesora. Todas querían ser la Bella Durmiente, la princesa debía estar rodeada por su corte dormida mientras se acercaba el príncipe a despertarla. Jack iba a ser el héroe, envuelto en la capa de terciopelo de su madre, y luciendo botas rojas, mientras los demás muchachos desempeñaban papeles más o menos esplendorosos.

—Mabel debería ser la Bella Durmiente, porque tiene un pelo tan hermoso —dijo Julieta, que estaba muy satisfecha con su papel de reina.

—No, Merry lo hará mucho mejor, es la más bonita y además usa velo para ponerse encima —contestó Molly, que debía ser dama de honor con el pequeño Boo en el papel de paje.

—A mi no me importa, pero mi pluma quedaría muy bonita para la princesa, y no creo que Elena quiera prestarla a otra que no sea a mí —dijo Annette.

—Creo que el vestido de seda blanco, el velo y la pluma deberían ir todos juntos con el chal rojo y estas perlas. Sería una linda combinación para una princesa —opinó Jill, que estaba enhebrando perlas.

—Todas queremos vestirnos con esas cosas bonitas. Por lo tanto, recurramos al azar. ¿No les parece que sería lo más justo? —consultó Merry.

—El príncipe es rubio, por lo tanto la princesa tendría que ser morena —dijo Jill, con tono decidido.

—Entonces elige tú —propuso Susy, con alguna esperanza.

Se pusieron en fila, y Jill las observó con ojo crítico, sintiendo en su corazón que la que Jack hubiera elegido no estaba allí.

—Elijo a ésta, pues Julieta quiere ser reina, Molly no se quedaría quieta y las demás o son muy grandes o demasiado rubias —decidió Jill señalando a Merry y desilusionando a las demás.

—Será mejor que hagamos un sorteo para ustedes tres —dijo Molly, pasando a Jill un papel.

Así se decidió, Jill cortó el papel en tres pedazos de distinto largo, y las tres niñas sacaron el suyo por turno. Nuevamente la suerte estaba a favor de Merry, ya que ella sacó el papel más largo.

—Vayan a vestirse ahora y cuando estén listas, decidiremos el lugar que cada cual debe ocupar antes de que lleguen los muchachos —ordenó Jill.

Las niñas se retiraron, pero entre ellas aún había cierto descontento que se manifestaba con ironías, miradas envidiosas y gestos bruscos.

—¿Me pondré el vestido de seda blanco y la pluma? —preguntó Merry.

—Ponte tu vestido... No veo por qué tienes que ponerte el de otra —contestó Susy.

—Creo que será mejor que me quede con la pluma, porque es lo único que tengo bonito y me temo que Ema se disguste si la presto —añadió Annette.

—¡Yo no tengo interés en tomar parte en la representación! —exclamó Mabel, de mal humor.

—¡Son las niñas más egoístas que he conocido! ¡Me avergüenzo de ustedes! —gritó Molly, poniéndose de parte de Merry.

—La señorita Délano me prometió su traje rojo para mi papel de reina, y le pediré su vestido de raso amarillo para Merry, cuando vaya a buscar el mío, y le contaré lo malas que son ustedes —advirtió Julieta.

—¿Te gustaría también que Mabel cortara su pelo para dárselo a Merry? —exclamó Susy, para quien el asunto del pelo era un punto muy susceptible.

—El cabello rubio no sirve, por lo tanto Julieta tendrá que dar el suyo, o mejor aún, pedirle prestado el postizo a la señorita Bat —añadió Mabel, con una risa irónica.

—No peleen por mí. Me bastará el chal rojo para ocultar mi feo vestido —dlijo Merry desde el rincón donde esperaba su turno para mirarse al espejo.

Al mencionar el chal, lo buscó con la mirada, y lo que vio en la habitación de al lado la hizo olvidar por completo su desilusión. Jill se hallaba allí sola, algo cansada por la conversación de sus amigas y desanimada al verse privada de tomar parte en la obra. Tenía los ojos cerrados y canturreaba, mientras acariciaba el chal rojo. Su triste canción llegó al fondo del corazón de Merry.

—Pobre Jill, no puede divertirse como nosotras —fue su primer pensamiento, pero luego pensó algo que la hizo sonreír y, en voz baja para que Jill no la oyera, dijo a sus amigas—: Chicas, no seré la princesa.

—¿Quién, entonces? —preguntaron todas, mirándose unas a otras, sorprendidas.

—¡Chist! ¡Hablen en voz baja, de lo contrario lo echarán todo a perder! Miren a la "Habitación de los Pájaros" y díganme si esa princesa es mucho más linda de lo que podría ser yo.

Todas miraron pero nadie habló, y Merry añadió, ansiosa:

—Es el único papel que Jill puede desempeñar. ¡Eso la hará tan feliz! A Jack también le gustaría y asimismo a los demás, estoy segura. Talvez nunca más vuelva a caminar, por eso debemos ser buenas con ella.

El buen corazón de todas iluminó sus rostros: la envidia, la impaciencia, la vanidad y el descontento desaparecieron como por encanto, y de común acuerdo exclamaron:

—¡Sería maguifico! ¡Vamos a decírselo!

—Querida Jill, hemos elegido a otra princesa, y sé que te gustará mucho.

—¿Quién es? —preguntó la niña, abriendo sus ojos, y sin sospechar de quien se trataba.

—Espera un momento y verás —dijo Merry quitándose el velo de la cabeza y poniéndoselo a Jill. Annette añadió la larga pluma, Susy le puso el traje de raso blanco encima, mientras Julieta y Mabel arreglaban el chal rojo a los pies de ella y Molly arrancaba el broche de su turbante para que sirviera de adorno sobre el pecho de Jill.

—¡Aquí está la Princesa Jill!

—¿De veras? ¿Será justo? ¿Podré serlo? ¡Oh, qué buenas son ustedes! ¡Acérquense todas, que quiero abrazarlas! —exclamó Jill, sorprendida.

La presentación de la obra fue todo un éxito ese día veintidós, pero si los espectadores hubieran podido ver ese día a Jill cuando se abrazó a sus amigas, habrían dicho que se trataba de una escena mucho más hermosa.

Cuando estuvieron todas vestidas y entraron los varones, se encontraron con un grupo de niñas elegantes que rodeaban felices el sofá donde se encontraba la más hermosa princesita que jamás hubieran conocido.

—¡Jack, yo también tomaré parte en la representación! ¿Verdad que fueron muy buenas las chicas al elegirme a mí? ¿Estás contento? —exclamó Jill.

—¡Ya lo creo! ¡Son todas unas buenas muchachas y están todas preciosas! ¡Nuestra función será un verdadero éxito! —añadió Jack.

—Lo aprobamos plenamente —agregó Frank.

Los trajes de los muchachos no estaban listos aún, pero igualmente ensayaron, y todos se divirtieron muchísimo hasta que terminó la reunión y los artistas se fueron a sus casas.

CAPITULO 8
De la vía férrea a las tablas

Hasta las personas más importantes tienen sus puntos débiles y aun los muchachos más juiciosos se dejan vencer a veces por las tentaciones y se meten en dificultades. Frank era

considerado un muchacho serio, pues nunca se veía envuelto en líos como los demás. Bueno, casi nunca, pero las máquinas de vapor tenían para él una atracción irresistible.

Su paseo favorito era ir a la estación del nuevo ferrocarril, donde permanecía largo rato observando el ir y venir de las locomotoras, además de conversar con las personas que las cuidaban.

Frank no tardó en ponerse al tanto de todos los pormenores de la locomotora número once, su preferida, y a veces el maquinista Bill le había permitido subir a ella y dar pequeños recorridos con él, de manera que el muchacho estaba muy familiarizado con su manejo. Llegó a tal punto su interés que pensaba que cuando fuera rico se haría construir un ferrocarril para manejarlo cuando quisiera.

Gus tenía menos interés que su amigo por las máquinas a vapor, pero después del colegio lo acompañaba hasta el galpón de ellas.

Una tarde encontraron la locomotora número once en un desvio de rieles para maniobras. No tenía ningún vagón enganchado ni se veía al maquinista ni al fogonero.

—Ésta es una buena oportunidad para inspeccionarla a nuestro gusto —dijo Frank—. Daría varios dólares para hacerla correr hasta la curva, ida y vuelta.

—No podrías hacerlo solo —contestó Gus, tomando asiento.

—¿Quieres que pruebe? La máquina está lista para partir y podría manejarla con toda facilidad —repuso Frank.

—¡Adelante! —dijo Gus, pero sin sospechar que lo haría.

—Bien; la llevaré hasta la curva y volveremos —y Frank abrió con todo cuidado la válvula de paso y movió la palanca, comenzando la locomotora a deslizarse suavemente por la vía.

—¡Despacio, Frank! ¡Oye, no muevas eso! —gritó Gus, porque en ese momento apareció Joe, el palanquero, al lado de la palanca de cambio de la vía.

—Ojalá la moviera; no hay tren hasta dentro de veinte minutos y podríamos ir hasta la curva sin peligro —aseguró Frank animándose al ver que el monstruo de acero obedecía a sus manos.

—¡Cielos! ¡Joe hizo el cambio! ¡Para, Frank! —gritó Gus. ¡No salgas del desvío!

Pero Frank no se detuvo y permitió que la locomotora tomara la vía principal.

—¿Te atreves a ir por esta vía? —preguntó Gus, encantado a pesar del miedo que sentía.

—Sí —contestó Frank—. Si tienes miedo disminuiré la marcha para que tú puedas saltar.

—Saltaré cuando tú lo hagas —contestó Gus, más tranquilo.

—¿No te parece magnífico? —gritó Frank cuando cruzaron el puente hacia la curva, que quedaba casi a un kilómetro de la estación.

—No está mal. Pero detrás de nosotros están gritando como locos. Será mejor que des marcha atrás, si es que puedes —dijo Gus.

—Déjalos que griten. Dije que iría hasta la curva y lo haré. No hay peligro, faltan veinte minutos para que pase algún tren —dijo Frank sacando el reloj del bolsillo. Pero el sol le daba en los ojos y no pudo distinguir con claridad la hora, de lo contrario hubiera descubierto que era más tarde de lo que pensaba.

Siguieron avanzando hacia la curva y estaban por tomarla, cuando un agudo pitazo hizo estremecer a ambos muchachos.

—¡Es el tren de la fábrica! —exclamó Gus.

—No; es el cinco cuarenta que pasa por la otra vía contestó Frank con un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo, al pensar lo que sucedería si se hubiera equivocado.

Cuando terminó la curva pudieron ver que por la misma vía venía un largo tren de carga. Durante un instante se quedaron paralizados.

—¿Saltamos? —gritó Gus.

—¡Quédate tranquilo! —ordenó Frank y dominando su temor, lanzó un pitazo de aviso para retardar al otro tren, mientras movía las palancas necesarias para frenar y dar marcha atrás, y regresar a toda prisa al punto de partida.

Allí los esperaba un grupo de hombres enfurecidos.

Al detenerse la máquina bajaron pálidos y silenciosos, mientras el tren de carga pasaba estrepitosamente por la vía principal.

Frank y Gus nunca tuvieron una idea muy clara de lo que ocurrió durante los minutos que siguieron; vagamente recordaban que los habían zamarreado, insultado y amenazado. El jefe de estación los expulsó prohibiéndoles la entrada al lugar.

Joe había desaparecido, y los dos culpables se alejaron tratando de caminar muy derechos, aunque la cabeza les daba vueltas. Cuando se alejaron, Frank dijo con tono desganado:

—Varnos al lago a descansar un poco.

—Creo que esta escapada nos traerá más de un disgusto —replicó Cus.

—Espero que mamá no se entere hasta que se lo cuente yo mismo. Se asustaría tanto que sería capaz de creer que me ha sucedido algo —añadió Frank, estremeciéndose al recordar el peligro que habían corrido.

—Cuando vi ese tren, creí que estábamos perdidos —dijo Gus.

—¿Crees que tendremos que pagar con cárcel o multa? —inquirió Frank, después de pensar un poco.

—No me sorprendería que fueran las dos cosas. Escaparse con una locomotora no es broma —respondió Cus.

—¿Cómo pude ser tan inconsciente? —se lamentó Frank.

—¡Ánimo! Te visitaré en la cárcel cada vez que me lo permitan —dijo Cus para consolarlo.

Mientras tanto Joe, en cuanto se repuso de la impresión de ver partir a los muchachos en la locomotora, corrió a preparar a la señora Minot para la pérdida de su hijo. Ni por un momento se le ocurrió pensar que sus amigos volverían sanos y salvos. El fuerte campanillazo hizo acudir a la señora Pecq, ya que la señora Minot atendía a unas vistas en ese momento.

—¡Frank se escapó con la locomotora número once y se matará! —exclamó Joe, casi sin respirar.

No pudo proseguir hablando, ya que la señora Pecq le puso una mano sobre la boca y lo tomó por el cuello con la otra, haciéndolo entrar a la fuerza a una salita, cerrando la puerta para que nadie pudiera oír las malas noticias.

—Dime qué sucedió, pero no grites. ¿Qué le pasó a Frank? —preguntó ansiosamente la señora Pecq.

En cuanto Joe le contó lo sucedido, la señora le ordenó:

—Regresa y averigua qué le pasó. Te esperaré aquí. No quiero que su mamá se asuste inútilmente.

—¡No me atrevo a volver! Ellos me vieron cambiar las vías y Bill me matará cuando sepa que lo hice —exclamó Joe, con pánico.

—Entonces vete a tu casa y cállate la boca. Vigilaré la puerta, porque no quiero que nadie alarme a la señora Minot.

Joe desapareció como si lo persiguieran, y al cabo de un rato la señora Pecq veía a Frank acercarse a la casa.

—¡Gracias a Dios que estás a salvo! —murmuró la señora Pecq, y en cuanto el joven se acercó lo hizo entrar a la salita con la misma brusquedad con que lo había hecho con Joe.

—¿Qué sucedió en la estación? —preguntó la señora Pecq.

En pocas palabras él contó lo sucedido y la señora se sintió aliviada al comprobar que no había ocurrido ningún daño.

—¡Los problemas vendrán ahora! —repuso Frank, mientras se alejaba para lavarse las manos. Y como la idea de que lo encarcelaran lo tenía enfermo, inquirió a la vuelta—: ¿Qué crees que me harán?

—No lo sé, querido, pero después del té iré a ver al señor Burton. Él nos dirá qué debemos hacer. Gus no debe sufrir por culpa tuya.

—De acuerdo, pero Joe deberá tener un castigo, porque si no hubiese movido esa palanca, no hubiera sucedido absolutamente nada —dijo Frank.

Cuando Frank y su madre fueron a consultar al señor Burton, Jack y Jill se divirtieron en adivinar las penas que los jueces aplicarían al culpable, llegando a la conclusión de que lo sentenciarían a diez años de cárcel. Pero se decepcionaron cuando regresaron diciendo que quizás sólo pagaría una multa. Aún no se sabía qué le sucedería a Joe, pero opinaba que, además de un castigo, debía recibir una buena tunda.

Como es lógico, el asunto causó revuelo entre los niños, y cuando Frank volvió al colegio con el sentimiento de que había perdido para siempre su reputación de muchacho serio, se encontró con que todos sus camaradas lo admiraban.

Su paseo en locomotora le significó una multa de veinticinco dólares. También descubrió lo poco consistentes que son las personas, porque muy pronto aquellos que lo habían elogiado, cambiaron de parecer. Los muchachos no se cansaban de burlarse de él. Incluso las niñas se sonreían al pasar por su lado.

Sin embargo, pasó mucho tiempo antes de que Frank olvidara esa aventura, porque era un joven juicioso que quería portarse bien. Siempre que se sentía presionado por una tentación, se decía a sí mismo: ¡Frena!

***

Pasado al incidente de la locomotora, la atención general continuó centrada en la efemérides del 22 de febrero.

Por supuesto que los mayores celebrarían con una fiesta el aniversario del Padre de la Patria, pero los más jóvenes harían una representación sobre la vida de Wáshington. La "Habitación de los pájaros" sería la sala de teatro. Ralph preparaba un pequeño escenario, Jill cosía los trajes del vestuario con la ayuda de la señorita Délano, Jack imprimía las entradas, los programas y los anuncios.

Cuando llegó la noche, la sala de teatro lucía hermosa. Todos conversaban alegremente hasta que de pronto se oyó un timbre y comenzó a tocar la orquesta.

Cuando se levantó el telón, aparecieron varios árboles en macetas y entre ellos avanzó un caballero anciano con peluca gris y bastón. Era Gus, que había sido elegido en forma unánime para encarnar a Wáshington y al padre de éste, por su parecido físico.

—Hum... mis árboles crecen bien —observó el señor Wáshington padre, paseándose entre ellos.

De pronto se detuvo ante uno de los árboles y frunció el ceño al ver una rama rota adornada con seis cerezas de lana roja, y golpeando el suelo con su bastón, exclamó:'

Librodot

—¿Habrá sido mi hijo?

Convencido de la culpabilidad de su hijo, lo llamó con voz amenazante:

—¡Jorge! ¡Jorge Wáshington! ¡Ven inmediatamente!

El auditorio permaneció un instante en suspenso, hasta que de pronto estalló en carcajadas al aparecer en escena el pequeño Boo vestido exactamente igual a su padre.

—¿Fuiste tú el que cortó ese árbol? —preguntó el papá dando otro golpe con el bastón en el suelo, tan fuerte que el pobre pequeño Boo pareció asustarse hasta que Molly le susurró detrás de las cortinas:

—Levanta tu mano, querido.

Esas palabras le recordaron su papel, y poniendo uno de sus dedos en la boca, se quedó mirando la punta de sus zapatos; viva imagen del niño avergonzado.

—Hijo mío, no me engañes. Si fuiste tú, te castigaré. Pero si mientes, deshonrarás para siempre el apellido Wáshington.

—Papá... no puedo mentir. Yo corté la rama con mi hacha.

—¡Querido hijo! ¡Ven a mis brazos! ¡Prefiero que destruyas todos mis cerezos a que digas una sola mentira! —exclamó el caballero, tomando a su hijo en brazos y apretándolo en su pecho.

El telón cayó sobre aquel cuadro enternecedor, y el público comenzó a aplaudir frenéticamente, obligando a ambos Wáshington a presentarse de nuevo y saludar repetidas veces.

La segunda escena fue un episodio marino, y representaba a "Wáshington cruzando el Delaware", después fue la escena "Las hijas de la Libertad", justo homenaje a las damas que soportaron con tanta paciencia y nobleza la lucha por la libertad de su patria. Luego presentaron escenas históricas que honraban al gran hombre que fuera Jorge Wáshington, y todas tuvieron gran éxito.

Las niñas habían mantenido el secreto de quién sería la princesa, y cuando se levantó el telón se oyó un murmullo de sorpresa al ver a Jill durmiendo, muy hermosa, y al príncipe que levantaba el velo que la cubría para darle el beso que la despertaría después del sueño de cien años. La pareja real también dormía, las damas de honor a su alrededor, además del paje y el bufón sumidos en su letargo.

La escena era tan bonita que el público no se cansaba de mirarla, hasta que la pierna enferma de Jack comenzó a temblar y éste susurró:

—¡Bajen el telón, que no aguanto más!

Se bajó el telón y volvió a levantarse algunos momentos después cuando la corte comenzaba a despertarse y la princesa tendía su mano al príncipe, llena de felicidad.

Luego siguieron otros cuadros inspirados en cuentos de hadas, con escenas cómicas, especialmente preparadas para hacer reír a los niños. Éstos no se cansaban de aplaudir, pidiendo la repetición de las escenas.

La fiesta terminó en medio de la alegría general y el público comenzó a retirarse. Los muchachos arreglaron la habitación, y se sirvió una cena a los actores.

Jack y Jill ocuparon la cabecera de la mesa luciendo aún sus hermosos disfraces, lo mismo que los demás artistas. Allí podía verse en extraordinaria confusión a las principales celebridades de los más populares cuentos de hadas. Todos ellos sentían la necesidad de recuperar fuerzas y los manjares desaparecieron con toda velocidad.

Reinaba tanta alegría en torno a esa mesa que los papás y mamás, que esperaban a sus hijos, no tenían valor para ponerle término a la fiesta.

CAPITULO 9
El secreto de Jack

—¿Qué tienes? ¿Te duele la cabeza? —preguntó una tarde de marzo Jill a Jack, que estaba sentado con la cabeza entre las manos.

—No, pero estoy disgustado, necesito dinero y no veo cómo podría ganarlo —contestó el joven.

—¿Cuánto necesitas? —inquirió Jill, llevando su mano al bolsillo, donde guardaba su pequeño bolso, que se hallaba bastante bien provisto en ese momento, debido a los obsequios que le habían hecho en los últimos tiempos.

—Dos dólares y setenta y cinco centavos. No, gracias, no quiero pedir nada prestado.

—¿Y para que los necesitas?

—No puedo decírtelo.

—¿Y por qué? Creí que me contabas todo a mí.

—Sí, pero esta vez es imposible. No te preocupes, ya encontraré alguna solución.

—¿No podría ayudarte tu madre?

—No quiero pedírselo.

—¿Cómo? ¿Ella tampoco puede saberlo?

—No; nadie.

—¡Qué raro!... ¿Se trata de algún lío? —preguntó curiosa.

—Lo será si no consigo el dinero esta semana.

—No veo cómo podría ayudarte sino sé de qué se trata —dijo Jill, algo resentida.

—Es mejor que no trates de averiguar nada. Tengo un dólar pero necesito el resto —y Jack parecía inquieto, mientras jugueteaba con el pequeño peso de oro que colgaba de la cadena de su reloj.

—¡No pensarás vender ese peso de oro!

—Sí; un hombre debe pagar sus deudas, aunque para ello deba vender todo lo que posea — contestó Jack, muy severo.

—Dios mío..; debe ser algo serio observó Jill.

—¿No puedes ganar algo cortando leña? —preguntó después de un rato la niña, ansiosa por ayudar a su amigo.

—Está toda cortada.

—¿No podrías hacer algo con tu imprenta? Podrías hacerme algunas tarjetas, y luego les diré a las otras niñas que encarguen también ellas.

—¡Buena idea! ¡Qué tonto fui al no pensar en eso! ¡Prepararé la prensa en seguida! —y subió al desván a buscar la prensa, que instaló al lado del sofá de Jill y comenzó a limpiarla, aceitarla y prepararla.

Pronto había impreso ya un docena de tarjetas y Jill insistió en pagarle seis centavos. Luego imprimió cuatro docenas de rótulos para su mamá a seis centavos la docena.

Esa tarde Jack y compañía trabajaron con empeño, porque llegó Frank y encargó unas tarjetas rosadas para Annette.

—¿Sabes por qué trabaja con tanta energía? —susurró Jill al oído de Frank.

—¡Quién sabe!..., pero supongo que no se tratará de un lío grande, de lo contrario lo sabría. Déjalo tranquilo y ya nos dirá su secreto contestó Frank.

Pero, esta vez, Frank se equivocó; el misterio no se reveló, y Jack trabajó toda esa semana, porque los pedidos de tarjetas se multiplicaron en cuanto Jill y Annette mostraron las suyas a sus amigas.

—Te estoy muy agradecido —le dijo Jack al terminar su último pedido y contaba las monedas de cinco y diez centavos acumuladas en el cajón de su prensa:

—Me encanta ayudarte, Jack, pero me habría gustado saber para qué trabajabas —repuso la niña.

—Quisiera poder decírtelo, pero no puedo, porque prometí no — hacerlo.

—¿No me lo dirás nunca?

—Nunca —contestó Jack con firmeza.

—Entonces trataré de descubrirlo por mi cuenta.

—No podrás.

—¡Ya lo veremos! Te puedo sonsacar cualquier cosa cuando me lo propongo ——exclamó riendo Jill.

—No lo hagas, ¡te le ruego! Me sentiría desleal.

Jack parecía tan desesperado que Jill prometió no insistir, a pesar de que se consideraba con la libertad para descubrirlo por otros medios.

El viernes Jack partió al colegio, aliviado y optimista con su dinero. Ese día estuvo bastante distraído en clase, llegó tarde después del recreo y en cuanto terminaron las clases se puso sus botas y dijo que iba a dar un paseo. No volvieron a verlo hasta después de la hora del té. Llegó cojeando, cansado y sucio pero con la expresión del que se ha sacado un peso de encima.

—¿Adónde fuiste? —preguntó Jill—. Pareces tan cansado.

—Tenía que hacerlo. Cuatro o cinco kilómetros no son muchos pero la pierna me molesta aún —repuso Jack, acostándose sobre la alfombra, y dando un enorme bostezo se acomodó como para dormir.

—Pareces realmente cansado, no te molestaré más —dijo Jill y comenzó a canturrear suavemente.

No alcanzó a terminar su primera canción, cuando Jack ya estaba profundamente dormido. Ella tomó su tejido y se puso a trabajar en silencio, preguntándose cuál sería aquel secreto. De pronto, Jack comenzó a moverse y a murmurar algo en medio de su sueño. Jill no prestó atención hasta que pronunció un nombre.

—Parece que está hablando de su secreto. Ahora lo descubriré... y será él mismo quien me lo haya dicho.

Entusiasmada, se inclinó para escuchar mejor, pero sin lograr dar sentido a las palabras "botas pesadas"... "Está bien"... "Jerry partió"... "Bob".. y "la tinta está demasiado espesa".

Un portazo despertó a Jack, quien comenzó a estirarse de nuevo diciendo que creía haberse quedado dormido.

—Sí, y me gustaría que volvieras a dormirte —replicó Jill.

—El piso es demasiado duro para mis huesos. Me voy a mi cama —balbuceó el joven.

Sin detenerse a pensar en el futuro que le esperaba, tomó un baño caliente y se metió a su cama, no tardando en quedarse dormido.

***

—Tengo que decirles algunas palabras antes de que se retiren —dijo el señor Acton el lunes a la salida de clases.

Todos los muchachos quedaron expectantes.

—El invierno pasado se prohibió a los muchachos que fueran al café y al pueblo durante el recreo —comenzó diciendo el señor Acton, quien, además de ser un excelente profesor, ayudaba a los padres a mantener a sus hijos alejados de las tentaciones que había en el pueblo. Cierta tienda donde vendían dulces, artículos deportivos, libros y otras cosas, atraía como imán a los muchachos. Pero aquella tienda era vecina del café, que tenía un salón de billares. La prohibición era muy oportuna, porque algunos de los muchachos para sentirse "hombres" traspasaban su puerta, donde había un ambiente pernicioso para ellos.

Un murmullo recorrió la sala después de las palabras del profesor, luego prosiguió:

—Todos saben que esa regla ha sido violada varias veces, y que prometí que el próximo infractor sería reprendido públicamente, ya que los castigos en privado no tienen efecto.

—Debe ser Joe —murmuró Gus a Frank.

—El alumno que faltó al reglamento el viernes pasado deberá acercarse a mi mesa ahora para hablar conmigo —dijo el señor Acton con su voz solemne.

Si en ese instante hubiera caído un rayo, no habría causado tanto efecto: Jack Minot se acercaba lentamente al profesor, mientras lanzaba una mirada llena de ira sobre Joe.

—Bien, Minot, terminemos con esto lo más pronto posible. Me dijeron que usted fue a esa tienda el viernes ¿es cierto eso? —preguntó el señor Acton con suavidad.

—Sí, señor —respondió Jack, alzando la cabeza, orgulloso de demostrar que no temía decir la verdad.

—¿Fuiste a comprar algo?

—No, señor.

—¿A encontrarte con alguien?

—Sí, señor.

—¿Con Jerry Shannon?

Jack no contestó, apretó los puños y lanzó otra mirada hacia Joe, cuyo rostro estaba más rojo que nunca.

—Me dijeron que era con él, y también los vieron entrar al café. ¿Entraste al café? —y el señor Acton parecía tan seguro de haberse equivocado, que costó mucho a Jack responder:

—Sí, señor.

Esta confesión causó verdadero estremecimiento entre los alumnos, porque Jerry era un muchacho a quien todos rehuían, porque era muy mal considerado relacionarse con él.

—¿Jugaste al billar?

—No, señor, no sé jugar.

—¿Tomaste cerveza?

—Pertenezco a la Logia de la Templanza —contestó Jack.

—Estaba seguro de ello. Entonces, ¿a qué fuiste alli, hijo mío?

La pregunta era tan bondadosa que, por un instante, Jack se sintió desarmado y dijo:

—Para pagarle un dinero, señor.

—¿Cuánto?

—Dos dólares y setenta y cinco centavos —replicó Jack, rojo de rabia por revelar el secreto.

—Es demasiado para un muchacho como tú... ¿cómo sucedió? —preguntó el señor Acton, preocupado.

Jack abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla y permaneció con la mirada baja y los labios temblorosos, lo que demostraba cuánto le costaba permanecer en silencio.

—¿Alguien, aparte de Jerry, sabe de esto?

—Sí, señor, otro muchacho —contestó Jack, tras una breve pausa.

—Sí, comprendo —dijo el señor Acton, mirando hacia Joe, que parecía querer decirle: "Cállate".

Una extraña sonrisa se dibujó en el rostro de Joe, porque el otro muchacho no era él, y sabía muy poco sobre su visita al café, mientras efectuaba un encargo para el señor Acton, el viernes.

—Me agradaría que explicaras el asunto, Jack, porque estoy seguro de que no es tan malo como parece, y sería muy doloroso para mí castigarte sin merecerlo.

—Pero lo merezco, señor; he violado el reglamento y debo ser castigado —dijo Jack.

—¿Y no puedes explicarte o decir que lo lamentas y que te avergüenzas de lo sucedido? —preguntó el señor Acton.

—No, señor. No me avergüenzo ni lo lamento, y volvería a hacerlo mañana si fuera necesario —exclamó, perdiendo la paciencia.

—Piénsalo hasta mañana, y talvez cambies de parecer. Recuerda que ésta es la última semana del mes, y que las notas se darán el viernes —dijo el señor Acton, presionándolo.

El pobre Jack se puso rojo y se mordió los labios, porque había olvidado por completo las calificaciones.

—No es tan malo como parece, señor; pero no puedo decirle nada más. No debe culpar a nadie más que a mí; y me vi obligado a quebrantar el reglamento, porque Jerry se iba de la ciudad y sólo tenía ese momento del recreo para pagarle.

—Muy bien, no tendrás recreo durante una semana, y este mes, por primera vez, tus notas de conducta no serán las más altas, como de costumbre. Ahora puedes irte —terminó de decirle.

Tocó la campana y los niños salieron, dejando solo a Jack, que arreglaba sus libros y trataba de ocultar algunas lágrimas.

Frank consideró que era su deber sermonear a Jack, mientras regresaban a su casa, y tratar de conocer la verdad por la fuerza. Pero al niño le hubiera caído mucho mejor una palabra de ánimo, y al oír a su hermano se cerró en un silencio absoluto, a pesar de la amenaza de Frank de no hablarle durante una semana, si no le decía la verdad.

A la hora del té, ambos muchachos estaban silenciosos. Su madre, adivinó que algo andaba mal, pero se hizo la desentendida, esperando que la nube se disipara sola, como ocurría a menudo. Pero no fue así. En cuanto terminaron de tomar el té, Jack se retiró a su cuarto y Frank contó a su madre todo lo sucedido.

—Hablaré con él, y a mí me lo contará —dijo la madre.

—No te dirá nada. A menudo me llamas obstinado, pero él es más terco que una mula; Joe sólo sabe lo que vio, y Jerry se fue de la ciudad, de lo contrario lo hubiera obligado a decírmelo. ¡Parece imposible que Jack sea tan tonto! —terminó diciendo Frank, muy enojado.

—Hijo, todos los muchachos hacen tonterías a veces, no seas tan duro con tu hermano. Además se ganó el dinero para pagar su error, cualquiera que sea éste.

La señora Minot salió del comedor y Frank recordó su costosa escapada con la locomotora y cómo su madre y su hermano Jack lo habían ayudado en tan dura prueba. Con algunos remordimientos, salió para conversar con Gus del asunto, dejando a Jill llena de curiosidad, porque Merry y Molly ya le habían contado a Jill el escándalo.

—Lo único que digo, Bola de Nieve —dijo Jill a su gato, cuando quedó sola con él—, ya que todo el mundo lo regaña, es que no le diré una sola palabra. Es cruel golpear al que está caído, y estoy segura de que no hizo nada de que tenga que avergonzarse.

Cuando Jack llegó, era evidente que le costaba mucho no contarle la verdad a su madre.

Jill no le preguntó nada; pero sus ojos le decían con toda claridad: "Jack, confío en ti", y esto era un gran consuelo para Jack.

Afortunadamente, en su casa, el muchacho podía estar tranquilo y divertirse, porque en el colegio lo pasaba bastante mal. Debía soportar la mirada seria del señor Acton y aguantar de buen humor las bromas de sus compañeros y las indirectas de las niñas, después de haber sido el compañero más querido.

A Jill le resultaba doloroso que sospecharan de Jack y lo creyeran capaz de hacer algo malo.

—Ed vendrá el sábado, y talvez logre descubrir algo, ya que Jack le cuenta todo a él —replicó la niña el jueves por la noche, después de que Frank le hubo contado una broma que le habían hecho a su hermano esa tarde.

—¡Bah!, no te preocupes, yo vigilo que no lo molesten demasiado. Es lo único que puedo hacer —añadió Frank.

—¿Regresó Jerry? —inquirió Jill.

—No, se fue por todo el verano. Creo que encontró empleo en algún lado. Espero que así dejará en paz a Bob.

—¿Y dónde está Bob, ahora? —preguntó Jill.

—En casa del capitán Skinner. Va al colegio del Cerro y trabaja en el campo —respondió Frank.

—¿Queda lejos la casa del capitán Skinner? —inquirió Jill.

—Unos cuatro kilómetros desde aquí —contestó el joven.

—¿Cuánto tiempo llevaría a un muchacho cojo para llegar hasta allí? —preguntó la niña.

—Depende como camine.

—¿Y si el terreno es fangoso? —inquirió Jill.

—En ese caso una, dos o tres horas —repuso Frank—. Pero, ¿por qué tantas preguntas?

Jill se reclinó sobre sus almohadas y comenzó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Por ahora no puedo decírtelo, pero ya lo sabrás. ¿Serías capaz de echarme una carta en el correo, sin que nadie lo sepa?

—Por supuesto, ¿no te meterás en un lío? —preguntó Frank, mirándola con desconfianza.

—Márchate, hasta que yo haya terminado de escribir. Podrás ver el sobre, pero no conocer su contenido hasta que venga la respuesta. Jill comenzó a escribir:

"Señor Bob Walker:

Quiero saber si Jack Minot fue a visitarlo el viernes pasado. Ha tenido disgustos porque lo vieron con Jerry Shannon. Se sabe que le pagó cierta suma, pero Jack no ha querido decir nada, y el señor Acton lo reprendió ante toda su clase. Sentimos lo ocurrido porque todos estamos convencidos de que Jack no ha hecho nada malo. No sé si usted tiene algo que ver con esto, pero me pareció que sería bueno preguntárselo. Le ruego me conteste lo más pronto que le sea posible. Saluda muy atentamente,

Janey Pecq"

—¡Ya está! —dijo Jill a Frank—. Vete a echarla al correo, pero que no te vean...

Cuando el muchacho vio a quien iba dirigida, se rió diciendo:

—¿Son tan buenos amigos tú y Bob, que se escriben? ¿Qué diría Jack si lo supiera?

—No sé, ni me importa. Sé bueno y guárdame el secreto; ya te lo diré cuando me conteste —replicó Jill con tono suave.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces te enviaré a verlo.

—Oye, ¿en qué te has metido...? Estoy por creer que... —Frank no pudo continuar, porque Jill, lanzando un pequeño grito, le rogó:

—¡No lo digas! Sí, creo que voy a descubrirlo.

—¿Y qué te hizo pensar en Bob?

—Acércate y te lo diré —dijo Jill.

Y sujetándolo por un botón de su chaleco, le murmuró algo al oído que lo hizo exclamar:

—¿De veras? ¡Eso no me extrañaría! ¡Sería muy capaz, ese malcriado!

—No lo pensé hasta que me dijiste donde estaba Bob, entonces de pronto todo me pareció claro —exclamó Jill.

Al día siguiente, ambos se sintieron culpables, pero disfrutaron el hecho de compartir un secreto. No esperaban respuesta para esa misma tarde, pero sí con el último correo de la noche. Cuando llegó, Jill no podía contener su alegría.

Como Bob no sabía cómo dirigirse a Jill, dejó de lado los formulismos y fue directo al grano:

"Jack vino el viernes a verme. Lamento que se haya metido en un lío. Él le pagó a Jerry en nombre mío, pero yo le devolveré el dinero. Lo hice prometer que guardaría el secreto. Jerry me había amenazado con venir a hacerme un escándalo si no le pagaba. Yo tenía miedo de

perder mi puesto, porque el capitán es muy estricto. Si Jack no lo dice todo ahora, lo haré yo. No soy ningún sinvergüenza. Me alegro de que me haya escrito.

B.W."

—¡Viva! —exclamó Jill. ¡Llama a todo el mundo y léela en voz alta! —añadió, mientras Frank le arrebataba el papel y corría en busca de su madre.

Jill temía hablar antes de la llegada de los demás, por lo que comenzó a cantar, mientras Jack la miraba asombrado.

Cinco minutos después, se abrió la puerta y apareció la mamá, que abrazó a Jack, exclamando:

—¡Mi buen y generoso hijo. ¡Ya sabía yo que no eras culpable de nada!

Frank le estrechó la mano, diciéndole:

—¡Eres un gran muchacho, Jack! ¡Me siento orgulloso de ti!

—¡Te dije que lo descubriría! —gritó Jill desde el sofá.

—¿A qué viene todo esto? ¿Qué sucede? ¡ Déjenme respirar, por favor! —dijo Jack, asombrado.

Una vez que Jack leyó la carta, dijo con enojo:

—¿Quién obligó a Bob a hacer esto? ¡Nadie tenía que meterse en nuestras cosas!... De todos modos Bob ha sido muy leal.

—¡Fui yo! —exclamó Jill, contenta.

—¿Y quién te dijo que él estaba metido en este lío? —preguntó Jack.

—¡Tú! —repuso Jill con picardía.

—¡Jamás! ¿Cuándo? ¿Dónde? ¡Estás bromeando!

—Fuiste tú, sin embargo —replicó Jill, mostrando la alfombra—. Cuando regresaste de aquella larga caminata, te recostaste a dormir, y en tu sueño dijiste algo de "Bob" y "está bien", y otras cosas sin sentido. En ese momento no les puse atención, pero cuando supe que Bob vivía en el Cerro, pensé que talvez supiera algo, y anoche le escribí para preguntárselo, y ésa es su respuesta, ¡y ahora todo se aclaró! ¡Qué feliz estoy y qué buen muchacho eres!

—¡Nunca más dormiré delante de la gente! —dijo Jack, riendo.

—Yo misma se lo diré al señor Acton y también al capitán, porque no voy a permitir que se sospeche de mi hijo, cuando sólo trató de ayudar a un amigo —dijo la mamá.

—Te ruego, mamá, que no exageres nada, no soporto los elogios —repuso Jack con seriedad.

Librodot

—Seré discreta, hijo, pero tengo que hacerlo... No te preocupes por Bob, te aseguro que no le ocurrirá nada malo. Yo misma me ocuparé de ello —dijo la señora Minot.

—¡Y ahora cuéntanos todo! —rogó Jill, que estaba ansiosa por conocer toda la historia.

—¡No hay mucho que contar! Prometimos a Ed ayudar a Bob, y lo ayudé en la mejor forma que pude cuando se presentó la oportunidad —contestó Jack.

—Pero cuéntanos más, Jack. Quiero saber todo lo referente a tu secreto —dijo Jill después de una breve pausa.

—Resulta que el domingo vi a Bob en la iglesia y me pareció que estaba muy preocupado; cuando salimos, le pregunté qué le ocurría. Me dijo que Jerry estaba molestándolo por un dinero que le había prestado cuando eran amigos, es decir, antes de que lo admitiéramos en nuestro grupo. Me dijo que no cobraría sueldo durante algún tiempo. El capitán le da poco dinero a propósito, creo, y no le permite venir al pueblo más que los domingos. No quería que nadie se enterara por temor a perder su empleo, por lo tanto le prometí no decir nada. Luego, temiendo que Jerry fuera a armarle un escándalo, me ofrecí para ir a pagarle en su lugar. Así fue que me vi apurado para reunir esa suma, que por suerte conseguí —terminó diciendo Jack.

—¿Y no podías entrevistarte con Jerry en otro lugar y fuera de las horas del colegio? —añadió Frank—. Eso fue lo que te perjudicó... gracias a Joe. Le di una buena paliza, Jill... ¿Lo sabías?

—No pude reunir todo el dinero hasta el viernes por la mañana, y sabía que Jerry partía esa misma noche. Lo busqué antes de entrar al colegio, pero no lo encontré; por lo tanto, la única oportunidad de verlo era durante el recreo. Tuve pues que salir, a pesar de no tener intención de infringir el reglamento. Vi a Jerry que entraba al café y lo seguí, y como era un asunto particular el que trataría, entramos en la sala de billar. Te aseguro que nunca me sentí más aliviado como cuando le entregué el dinero y me aseguró que no molestaría más a Bob.

—Debiste contarrne y... —comenzó diciendo Frank.

—Y te hubieras reído de mí... No gracias —interrumpió Jack.

—O a mí —dijo su madre—. Nos hubiera ahorrado muchos dolores de cabeza.

—Lo pensé, pero como Bob no quería que se enteraran los muchachos, imaginé que tampoco le agradaría que lo supieran las personas mayores —añadió Jack.

—Bien, felizmente todo ha pasado —agregó Frank, orgulloso de su hermano.

—La idea de que no había hecho nada malo fue lo que me mantuvo firme —repuso Jack, mirando a su madre con tal ansiedad, que ella decidió ir a ver al profesor esa misma noche.

—Eso es lo que más deseas, ¿verdad? —preguntó Jill.

—Hay algo que me gustaría más, y es contarle a Ed que traté de ayudar a Bob.

—Estoy segura de que no estará más feliz que alguien que yo sé, y que te defendió desde el principio y puso todo su ingenio para aclarar el misterio —dijo la señora Minot mirando a Jill, que resplandecía.

Jack comprendió y tomó las manos de Jill, y no encontrando palabras suficientes para dar gracias, se inclinó hacia ella y la besó, emocionado, en la frente.

CAPITULO 10
El milagro de Santa Lucía

El sábado fue un día muy ocupado y feliz para Jack, ya que en la mañana lo visitó el señor Acton, y prometió guardar el secreto de Bob y dar un reconocimiento público a Jack. Luego le pidió su libreta de notas, que el niño había recibido el día anterior con toda valentía y resignación.

—Aquí hay un error que debo rectificar —dijo el señor Acton tachando la calificación baja y cambiándola por la más alta.

—Pero violé el reglamento, señor —repuso Jack.

—No puedo tomarlo en cuenta, es como si forzaras la puerta de mi casa para intentar apagar el fuego, si se estuviera incendiando. Ojalá pudiera decírselo a tus compañeros, porque les haría bien. Siempre tuve confianza en ti, Jack, a pesar de las apariencias.

Luego de estrechar la mano del muchacho, el señor Acton se marchó y Jack corrió al lado de Jill para compartir con ella su alegría.

Por la tarde, Jack acompañó en coche a su madre hasta la casa del capitán. La señora Minot habló con tal franqueza que el anciano la escuchó con creciente interés y se sintió muy satisfecho ante los esfuerzos de los muchachos para mantener a Bob en el buen camino. Mientras el capitán y la señora Minot conversaban juntos, Bob llevó a Jack al granero y le regaló una bolsa de castañas.

—Se las daré a Jill —dijo Jack, cuando se despidieron.

—Espero poder darle una noticia que le encantará, pero dentro de uno o dos días. Ahora no puedo decirte nada más —anunció la señora Minot.

—¡Qué suerte! —dijo sonriendo el muchacho.

Por la tarde vino Ed, y Jack tuvo la alegría de ver el entusiasmo de su amigo, cuando le contó lo sucedido.

—Nunca pretendí pedirte tal sacrificio por Bob; sólo quería que fueras bueno con él —explicó Ed.

—Quería ser útil de verdad, ser como tú —contestó Jack con sinceridad.

—Serás mejor, yo no valgo gran cosa.

—¡Sí que vales! ¡Cualquiera que se atreva a decir lo contrario, me oirá! No sé por qué, pero tú siempre pareces tan feliz y contento —replicó Jack.

—El jabón lo conserva fresco y radiante. Jamás he visto un muchacho a quien le guste más el agua y el jabón —intervino Frank, que llegaba en ese momento.

—¡No quiero decir eso! —exclamó Jack, indignado—. Yo también me lavo con agua y jabón y sin embargo mi cara no tiene la expresión que refleja la de Ed... Es algo que viene de dentro... Como si siempre estuviera contento y con su conciencia tranquila.

—Es un defecto de nacimiento —dijo riendo Frank.

—Así será, pero yo quiero ser así y trataré de conseguirlo —argumentó Jack, llamando la atención de su amigo.

El domingo la señora Minot se sentó junto al fuego pensando cómo les daría a los niños la buena noticia que les tenía reservada. La señora Pecq ya lo sabía y parecía tan encantada, que iba de un lado para otro de la casa sonriendo. En ese momento se encontraba abajo, preparando la ropa para enviarla a lavar; por lo tanto, en la "Habitación de los Pájaros" sólo estaban la señora Minot y los niños. Frank andaba muy ocupado buscando los datos de cierto héroe bíblico. Jill, como de costumbre, se hallaba recostada en el sofá; ya cumplía cuatro meses de su enfermedad, y a pesar de que su rostro estaba pálido, su cara tenía una dulce expresión. Jack, instalado en la alfombra, observaba con una lupa un clavel blanco, mientras la niña aspiraba el perfume de uno rojo.

—Si te fijas bien en los pétalos blancos, verás que brillan y forman curvas hasta el centro de la flor, donde se tornan ligeramente rosados y entre esas hojas pequeñas, parecidas a los flecos de la cortina, verás una pequeña "hada" verde —explicó Jill—. Tu madre me enseñó eso. La llamo "hada", pero en realidad es donde se ocultan las semillas y de donde proviene el perfume.

La niña hablaba en voz baja, para no molestar a los demás, y, al volverse para arreglar la almohada, vio a la señora Minot que la miraba sonriendo.

—¿Me habló, señora? —preguntó sonriendo sin saber por qué.

—No, querida. Estaba escuchándote y pensando qué hermoso cuento se podría hacer con el "hada" que vive en medio de la flor.

—Cuéntalo, mamá —pidió Jack.

—Ésta es una historia verídica, pero la disfrazaré un poco y la llamaré: "El milagro de Santa Lucía" —comenzó diciendo la señora Minot, pensando que de esa manera podría anunciar a los niños las buenas noticias y divertirlos al mismo tiempo.

Frank se instaló en una mecedora, dispuesto a dormir si el cuento le resultaba muy infantil. Jill se acomodó entre sus almohadones, y Jack se tendió de espaldas en la alfombra.

"Había una vez una reina que tenía dos príncipes..."

—¿Y no tenía princesa? —inquirió Jack, interesado.

—No, y ése era el gran pesar de la reina, porque le hubiera gustado tener una hija, ya que sus hijos iban creciendo y a menudo se encontraba sola.

—Como la madre de Blancanieves —susurró Jill.

—¡No interrumpan más! —protestó Frank, más interesado.

"Un día —prosiguió la madre—, los príncipes habían salido de caza, y encontraron a una jovencita que yacía sobre la nieve, casi muerta de frío, según creyeron ellos. Era hija de una mujer que vivía en el bosque, una niña semisalvaje pero alegre y que siempre estaba bailando y cantando, más difícil de atrapar como una ardilla y tan osada que trepaba a los árboles más altos o saltaba desde las rocas más elevadas. Los muchachos la llevaron a palacio, y la reina la recibió con los brazos abiertos. Se había caído de un árbol, lastimándose, y tuvo que permanecer en cama semana tras semana, cuidada por la ma...."

—Ésa eres tú —mumuró Jack arrojando el clavel blanco a Jill, mientras ella le tiraba el rojo.

"Después de algún tiempo, la niña ya no sufría, pero lloraba y protestaba sin lograr resignarse a ser una prisionera. La reina trató de consolarla, pero no pudo hacer mucho por ella; los príncipes eran buenos, pero tenían sus estudios y sus juegos y gran parte del tiempo estaban fuera. Sus amigas iban a verla a menudo, pero a pesar de todo eso, la cautiva golpeaba sus alas contra los barrotes de su jaula y pronto perdió su energía."

—¿Y dónde encaja Santa Lucía en este cuento? —inquirió Jack, a quien no le gustaba que se insistiera sobre los dolores de Jill.

—Ya hablaré de ella. Las santas no nacen santas, sino que se van haciendo a través de muchas pruebas —contestó la madre.

"Bueno; la niña cantaba para distraerse durante esas largas horas, y sus canciones siempre eran tristes. Entre ellas había una que le enseñó la reina y que se llamaba "Dulce paciencia, ven". Cantaba esta canción sin sospechar que Paciencia era un ángel que la oiría y la obedecería. Una noche, cuando la niña se quedó dormida cantando esa canción, el ángel vino. Nadie lo vio ni oyó mientras revoloteaba sobre la cama de la enferma, la besó en sus manos y partió lejos, dejando tras de sí tres dones. Desde ese día, la niña se volvió alegre y sus ojos brillaban; también empezó a ocuparse en pequeños trabajos que gustaban a todo el mundo. Poco a poco aquel pájaro salvaje dejó de golpear sus alas contra los barrotes de la jaula y comenzó a alegrar con su canto a todo el palacio, hasta que la reina no pudo pasarse sin ella y la madre sintió renacer su optimismo y los príncipes la llamaron "la pequeña ruiseñor".

—¿Ése fue el milagro? —preguntó Jack, advirtiendo el brillo en los ojos de Jill y el rubor de sus mejillas.

—Ése fue el milagro, y la Paciencia puede hacer otros, si es que se lo permitimos.

—Y la niña ¿se llamaba Lucía?

Librodot

—Sí; en ese tiempo aún no la llamaban santa, pero trataba de serlo, y por eso la reina le dio ese nombre, a pesar de que no se lo dijo hasta mucho tiempo después.

—No está mal para un cuento de domingo, pero a mí me parece que el papel de los príncipes hubiera podido ser más importante —criticó Frank.

—Aún no he terminado.

—¿Que no ha terminado el cuento?... ! —exclamó Jack.

—¡Oh, no! Falta la parte más interesante, ya verán.

—Sí, ya sé: la moraleja. Quedémonos quietos, y oigamos el final —ordenó Frank.

"El mayor de los príncipes tenía la debilidad de conducir dragones, porque la gente de ese país usaba a esos monstruos en vez de caballos".

—¿Y se escapó con uno de ellos? —preguntó riendo Jack. ¿Y qué hizo el menor?

—Ése defendía a los débiles y era muy bueno con los pobres. Pero no tenía el suficiente criterio y por ello a menudo se veía envuelto en enredos. Era impulsivo, a tal punto que una vez dio su mejor abrigo a un mendigo, creyendo darle el viejo.

—¡Eso no es justo, mamá! ¡Ninguno de los dos era nuevo, y a ese muchacho le hacía más falta que a mí! —exclamó Jack.

—Escuchen y sabrán lo que hicieron ambos para aprender a ser prudentes —dijo la madre, y continuó:.

"El mayor de los príncipes se dio cuenta de que no lograría dominar a los enormes dragones, y se dedicó a domar a uno más pequeño, que terminó por obedecerle. Ese dragón se llamaba Voluntad, y con el tiempo, ello le dio gran poder sobre sí mismo, capacitándolo para reinar sobre los demás".

—Gracias, madre; recordaré la parte de la moraleja que me corresponde. Ahora dale a Jack la suya —pidió Frank.

"El menor tenía ante sí el magnífico ejemplo de un amigo, y decidió imitarlo hasta que aprendió a emplear uno de los más nobles dones de Dios: la benevolencia."

—Ahora cuéntanos de la niña —dijo Jack sonriendo, encantado con su moraleja, ya que se refería a Ed.

—Ésta es la mejor parte: "Después de que Paciencia hizo a Lucía dócil y alegre, la niña comenzó a realizar pequeños milagros, a pesar de que ella misma no se daba cuenta de ello. La reina se encariñó tanto con la niña que no quería separarse de ella. La madre de Lucía pensó que debía abandonar el palacio para volver a su casa, pero la reina le dijo que a todos les hacía bien tener a la niña entre ellos, y rogó a la buena mujer que arrendara su casa del bosque y que se quedara como ama de llaves del palacio".

—¿Y aceptó? —preguntó Jill, ansiosa.

—Sí —repuso la señora Minot.

—Es un magnífico final para un cuento —replicó jack, acariciando la mano de Jill.

—No es el final contestó la mamá.

—¿Que no es el final? —exclamaron los tres niños a la vez.

—Aún falta lo mejor: "Mientras Lucía se ganaba el corazón de todos, las personas mayores hacían planes para ella. Ante todo debían construirle un aparato para sostener su espalda que, aunque lentamente, mejoraba día a día; luego, cuando llegaran las vacaciones, debía acompañar a la reina y a los príncipes durante dos meses a una playa, donde el aire puro y el agua terminarían por reponerla del todo". ¿No les parece un lindo final? —preguntó la mamá, mirando las caras de sus dos hijos, porque Jill había ocultado la suya en su almohada.

—¿Estás llorando? —inquirió Jack preocupado.

—No lloro —dijo riendo—. Pero es tan hermoso lo que acabo de oír... tan maravilloso, que me dejó sin aliento. Yo pensaba que no mejoraría y me había propuesto no preguntarlo, porque a cualquiera le hubiera resultado penoso decírmelo. Ahora comprendo por qué el médico me hizo ponerme de pie el otro día y me dijo riendo que preparara mis vestidos para el primero de mayo. Creí que bromeaba, pero ahora comprendo que habló en serio, ¿verdad? —preguntó Jill, llena de esperanzas.

—No, querida, no será tan pronto. Pasarán algunos meses antes de que puedas caminar y correr como lo hacías antes, pero el tiempo pasa pronto.

—¡Puedo esperar! Meses no son años, y si realmente estoy mejorando, todo me parecerá más fácil —añadió Jill.

—Querida niña, ésta ha sido una prueba dura y larga para ti, pero está llegando a su fin, y creo que no has perdido el tiempo. No pretendo que seas una santa, pero estoy segura de que la Jill que se levantará de ese sofá será una niña mucho más buena que la que se acostó en él el mes de diciembre.

—¿Y cómo no iba a enmendarme si todos son tan buenos conmigo? —exclamó Jill.

—Tú nos has retribuido cuanto hemos hecho por ti, por lo tanto estamos en paz. Así se lo demostré a tu madre —dijo la señora Minot.

—¿Será posible que sirva para algo? Yo sólo trataba de ser buena y mostrarme agradecida, pero jamás supuse que podría ser de utilidad —replicó la niña, sin comprender por qué la querían tanto.

—Cuando las intenciones son buenas, nunca resultan en vano. Son como la lluvia de primavera que hace florecer las plantas —añadió la madre de los niños.

—¿Soy parecida en algo a la buena Lucinda Snow? Traté de parecerme a ella, pero creí haber fracasado —dijo Jill con suavidad.

—Te pareces a ella en todos los aspectos, excepto en uno. Ella no mejoró nunca, en cambio, tú sanarás del todo.

La respuesta fue breve, pero satisfizo plenamente el corazón de Jill, y esa noche, antes de dormirse, pensó: "¡Qué extraño, hice mi trabajo de misionera sin saberlo! ¡Todos me quieren y me agradecen, y no dejan que me vaya de su lado! Por lo tanto, debo creer que realicé algo por ellos; sin embargo no sé lo que es, salvo ser buena y agradable con todos".

***

El sábado era un día de mucho quehacer, y a Merry, en su casa, le gustaban las habitaciones en orden, aunque odiaba tener que barrerlas, especialmente cuando ninguna partícula de polvo escapaba al ojo de la señora Grant.

—¡Apúrate, hija! Tienes que terminar de barrer, ayudarme a hornear y limpiar las verduras para el almuerzo.

—Sí, mamá —contestó Merry, con voz alegre, pero le costó trabajo, porque tenía planes para esa mañana.

El horneo era otra pesadilla para ella: le gustaban el pan blanco y las tortas, pero lo que no disfrutaba era quemarse la cara frente al horno caliente ni ensuciarse las manos con masa o pasarse horas enteras formando panes. En cuanto a "las verduras hervidas", les tenía horror, porque no era una comida elegante, y se estremecía a la sola idea de tener que lavarlas.

Sin embargo, como se había propuesto hacer su trabajo sin la menor queja, corrió a su cuarto, se ató un pañuelo a la cabeza y comenzó su tarea.

"Es un día tan hermoso que me hubiera gustado rastrillar el jardín y dar un paseo con Molly y terminar de leer mi libro, para retirar otro en la biblioteca", se dijo con un suspiro.

Se puso a barrer con tanta alegría que pronto quedaron listos los cuartos de arriba; luego barrió las escaleras y la salita.

Cada vez que entraba a esa sala, salía de ella lo más rápido que le era posible, porque, al igual que la mayoría de las salas de los pueblos, era un lugar frío, poco acogedor y sin gusto. Los muebles eran de madera negra, la mesa del centro tenía una carpeta tejida y estaba llena de álbumes antiguos, además de una lámpara horrible; en la repisa de la chimenea lucían unos jarrones de porcelana ordinaria y un reloj que no funcionaba. Merry ansiaba transformar esa sala en un lugar bello y cómodo.

El comedor era distinto, porque allí le habían permitido hacer algunos cambios. Empezando por las flores, su padre le trajo unos maceteros floridos con los que la niña adornó la ventana. Merry se conformó con hacer agradable un rinconcito, que sus hermanos llamaban "el rinconcito de Merry". Aun la atareada señora Grant reconoció que las plantas quedaban bien y no ensuciaban como ella creía. El granjero no se cansaba de mirar a su hija cuando se sentaba a leer ante su mesa baja, llena de libros.

La lámpara también contribuyó a la decoración. Su padre no tardó en acudir allí a leer su periódico, mientras su madre se habituó a ocupar la mecedora para descansar de las tareas del día. También los muchachos se sintieron atraídos por aquella habitación.

Pero lo que más contribuyó a transformar el comedor fue el agradable fuego que siempre ardía en la chimenea, de la cual habían quitado la horrible estufa a carbón. A un lado de la chimenea la niña colocó el sillón favorito de su padre, y en el otro, la mecedera de su madre. Frente al fuego solían estar listas las zapatillas de sus hermanos y las revistas y periódicos de la semana. Poco a poco los muchachos descubrieron que "las ideas" de Merry no eran tan raras, puesto que se sentían más cómodos que antes en su casa. Entonces empezaron a tratar de complacerla. Tom, ahora se peinaba y se lavaba las manos antes de sentarse a la mesa, Dick se esforzaba por reírse menos estrepitosamente y Harry evitaba fumar en esa habitación.

La niña regaba sus flores, limpiaba los muebles y preparaba el fuego en la chimenea. Cuando todo estuvo listo, se detuvo un instante para gozar del agradable aspecto del comedor. Su vista pareció darle ánimo para continuar con lo menos agradable y se dirigió a la cocina. La señora Grant estaba muy ocupada preparando los panes para meterlos al horno. Merry se hizo cargo de los pasteles, a los que les dio las más variadas formas.

—¡Qué hábil eres! —replicó la señora Grant—. Ahora pon a cocer las verduras. Corre a buscarlas.

Merry dejó de lado la masa que empezaba a divertirla y fue a buscar las hortalizas. Pero durante el almuerzo tuvo su recompensa al ver con qué placer el granjero comía ese plato de verduras que ella había arreglado combinando los colores de los vegetales.

"Ahora descansaré y leeré durante una hora, y luego iré a ver a Molly para que me dé algunas semillas", pensó la niña, mientras terminaba de poner en orden la cocina.

—Si terminaste de zurcir tu ropa, aquí hay un montón de calcetines que arreglar —dijo la madre.

—Sí, mamá contestó Merry.

Mientras se peinaba, notó que su cara no tenía la expresión simpática, alegre y feliz de siempre.

Sacudió su cabeza y dijo en voz alta:

—No tienes por qué ponerte fea por el solo hecho de que no puedes hacer lo que deseas. ¡Arriba ese ánimo! Después de todo el barrer, hornear y zurcir no es tan terrible, y si se hace con voluntad, hasta puede resultar un agrado.

La niña sonrió al espejo, y pronto estaba sentada zurciendo al lado de su madre.

Cuando Merry dio la última puntada, le preguntó:

—Ya está... ¿qué hago ahora? —la madre le contestó sonriendo:

Librodot

—Si no estás cansada, quisiera que fueras a pedirle a la señorita Bat la receta de la bebida que me prometió.

—Iré en seguida, mamá contestó Merry.

CAPITULO 11
Merry y Molly también crecen

Después de concluir sus labores domésticas, Merry fue a casa de Molly, con quien pasó un momento muy agradable; luego fue a visitar a Jill y después hizo algunas compras en el pueblo; y cuando volvía a su casa se encontró con Ralph Evans, que traía en su cara una expresión increíble de felicidad.

—¿Tienes alguna buena noticia? —preguntó la joven.

—Sí. Precisamente iba a contárteta, porque estoy seguro de que te alegrarás

—Dime —pidió Merry interesada.

—Tal vez parta para Europa en el otoño.

—¡Qué suerte!

—¿Verdad? David German debe ir a pasar un año en Roma para terminar una escultura y quiere que lo acompañe. Mi abuela se quedará con mi prima María, que la invitó a pasar una larga temporada.

—¿Pero no es un viaje muy costoso? —inquirió Merry.

—Sí, y tendré que ganar el dinero. Pero lo conseguiré... Ya tengo algo ahorrado, y trabajaré mucho este verano. Me gustaría no tener que pedir prestado, aunque sé de alguien que me prestaría —añadió Ralph, seguro.

—Quisiera tener dinero para dártelo. ¡Debe ser tan maravilloso viajar! ¿No te sientes feliz pensando en todo lo hermoso que vas a ver? —exclamó la joven.

—Me siento... pero temo que ese viaje no llegue a realizarse. Si voy te escribiré. ¿Quieres? —inquirió Ralph, inseguro.

—¡Por supuesto que sí! ¡Me encantaría! —respondió la niña.

—¿Y contestarás mis cartas? —preguntó Ralph.

—¡Claro que sí! Aunque no tendré mucho que contarte —dijo Merry.

—Me hablarás de ti, de la demás gente que conozco de aquí.

—De mí no tendré gran cosa que contarte, ya que no hago lo mismo que tú, y creo que no te interesará que te cuente lo que sucede en el colegio o las cosas aburridas que hago en mi casa.

—No sabía que tuvieras preocupaciones, siempre tienes una sonrisa tan feliz y tantos a tu alrededor para mimarte, dinero y ninguna obligación odiosa que cumplir. Si supieras lo que es la pobreza y el verdadero trabajo, y el privarse de todo lo que a uno le agrada, como yo.

—Soportas tan bien tus dificultades que nadie adivina que las tienes, Ralph —repuso Merry tendiendo su mano para despedirse, pero el muchacho no parecía muy dispuesto a irse.

—Tendré que hacer muchos sacrificios aún, porque David dice que necesito quinientos dólares para vivir en Europa. Pero no me importa, con tal de que mi abuela no sufra. Esta tarde salió, de lo contrario no estaría aquí —añadió como justificándose.

—Ya que estás aquí, quédate a cenar con nosotros. Los muchachos estarán encantados de oír las novedades, y papá también. ¡ Quédate!

Le era imposible rehusar esa invitación que había deseado tanto, así es que aceptó al instante.

Merry puso un toque de elegancia en la mesa, colocó en el centro un jarrón con flores, que por supuesto sus hermanos volcaron en seguida. Pero como había un invitado, nadie dijo nada. Ralph devoró su cena con el apetito de un joven hambriento, mientras observaba a Merry que comía con tanta delicadeza.

Luego la juventud se reunió alrededor de la mesa a conversar. Entretanto los padres, sentados frente a la chimenea, observaban a Merry, cruzaron sus miradas y decían:

—Temo que pronto llegue el momento.

—No hay peligro, mientras ella no se dé cuenta.

A eso de las nueve los muchachos se fueron al granero y el granjero se levantó para dar cuerda al reloj, y la mamá fue a la cocina. Ralph tomó su sombrero para despedirse.

—¡Qué hermosa luz da esa lámpara! La veo todas las noches cuando regreso a casa, y cuando me siento cansado o triste saco fuerzas de ella para seguir luchando.

—Entonces me alegro de haberla puesto aquí —contestó Merry.

—Este comedor está cada vez más agradable. Y sin embargo no le encuentro ningún cambio, excepto las flores —añadió Ralph observando una que se inclinaba sobre la cabeza de la niña.

—¿Verdad que es linda? Traté de dibujarla, pero no pude —se quejó Merry.

—Yo puedo conservarla para ti. Quedaría muy bien en greda ¿Me permites? —inquirió Ralph.

—¡Sí! Me gustaría mucho. Llévate ésta como modelo...

El joven se despidió muy emocionado y estrechó largamente la mano de Merry, y mientras bajaba el cerro, más de una vez volvió la cabeza para contemplar aquella luz que brillaba en la ventana.

***

Ese mismo día, en su casa, Molly, antes de la visita de su amiga, descandaba y jugaba con sus gatos.

—Tengo algo que contarles, antes de servirles el almuerzo —dijo Molly a sus nueve gatos.

Los cuatro mayores eran: "Abuela", una vieja gata gris, era la madre y abuela de todos los demás; "Tobías", su hijo mayor; "Mortificación", su hermano, llamado así porque había perdido su cola en un accidente; y "Melaza", una gata amarilla, madre de los cinco gatitos, que se llamaban: "Pussy", "Señorita Muffet", "Harapos", "Bella" y "Bribón".

—Amigos míos: ha sucedido algo extraordinario: ¡La señorita Bat está limpiando la casa!

Los gatos no tuvieron ninguna reacción, excepto "Tobías", que se dirigió hacia el estante y comenzó a mirar hacia el tazón de leche y el plato de sobras.

—Muy bien, les daré su comida —replicó Molly, decepcionada. La niña no sabía qué había impulsado a la señorita Bat a preocuparse de la limpieza.

No podía saberlo, pues no estaba enterada de lo que sucedió una noche, cuando la señorita Bat, quien regresaba de la iglesia, había oído pronunciar su nombre a dos señoras y se propuso escuchar lo que decían:

"Yo siempre dije que la señorita Bat era una mujer –escuchó decir a una de ellas—, pero se está poniendo vieja, y cuidar a esos dos niños es una tarea pesada, además del trabajo de la casa y su reumatismo. Hubo un tiempo en que estaban descuidados, pero ahora, en cambio, siempre andan arreglados."

"Molly está muy cambiada —agregó la otra—. El otro día estuvo en casa con mis hijas, y llevó una bolsa de labores con unas camisas que estaba cosiendo para Boo, y le aseguro que estaban perfectas. Siempre fue una buena niña, pero descuidada."

"Le hace bien visitar la casa de la señora Minot y también a los Grant. Las niñas se acostumbran tan pronto al orden como al desorden, y más de una vez las descuidadas se convierten en cuidadosas" —respondió la otra dama.

"La señorita Bat tiene gran mérito, espero que el señor Bemis sepa reconocerlo. Es un hombre de dinero que puede hacerlo."

"Es muy bueno pero despreocupado, de lo contrario hubiera advertido cómo andaban las cosas en su hogar. Muchas veces tuve ganas de hablarle a la señorita Bat, pero no lo hice por temor a herir sus sentimientos."

"Lo que es ahora, acabas de hacerlo con claridad", pensó para sí la anciana señorita Bat al terminar de escuchar el diálogo y entrar en su casa.

La señorita Bat era una buena persona, pero necesitaba que la impulsaran a cumplir con su deber. Aquella conversación oída por casualidad la hizo pensar; porque ella no soportaba que la elogiaran sin merecerlo.

Cuando Molly se propuso ordenar la casa, la dejó, convencida de que la niña se cansaría; después, cuando vio que concentraba su atención en su arreglo personal y en el de Boo, le facilitó todo pero sin ayudarla. Para cualquier consejo, la niña recurría a la señora Pecq o a Merry. Ahora que la anciana descubría que todas las alabanzas recaían sobre ella, sin merecerlas, sintió que debía hacer algo para merecerlas al menos en parte.

"Molly no acepta ayuda para su arreglo y el del niño; por lo tanto es demasiado tarde —pensó la anciana—, pero podré hacer una limpieza a fondo de la casa".

"No comprendo lo que ocurre —pensaba Molly—. No le diré nada hasta que haya terminado, después la elogiaré para que se ponga contenta. ¡Es tan agradable que la alaben cuando una ha hecho algo!"

La niña tenía todo el derecho de decirlo, porque casi nunca había recibido alabanzas por sus esfuerzos. Recordaba una vez que de un abrigo viejo confeccionó unos pantalones para Boo, lo cortó mal y le puso demasiados botones. Esperó que nadie lo notara, pero el niño llegó llorando del colegio y diciendo que todos se habían reído de él. Cuando llegó el señor Bemis y vio los pantalones lanzó una carcajada, y decidió llevarlo para que le hicieran un traje a su medida.

Molly, entonces, decidió hacer unas camisas nuevas para el niño, dedicándose de lleno a la costura, a pesar de que su propia ropa dejaba mucho que desear.

—Voy a pedir consejos a la mamá de Merry para mis vestidos. No quiero que la señorita Bat vuelva a elegir lo que debo usar. Merry siempre está bonita y elegante.

La niña comenzaba a descubrir que la elección de los colores era importante para el arreglo de una persona. Siempre elegía una cinta azul para su traje gris y una rosada para el café, y guantes que hicieran juego con el color de las cintas de sus sombreros.

Todas estas ideas daban vuelta en la cabeza de Molly cuando decidió que ese verano se compraría un vestido de muselina rosada, con un sombrero que le hiciera juego.

Esa noche llovía, y el señor Bemis se quedó dormido al lado de la chimenea. Cuando despertó vio a Molly sentada en una mecedora con Boo en sus brazos. Era un cuadro hermoso, y el padre se quedó mirándolos, descubriendo por primera vez que sus hijos crecían.

"Molly es ya una mujercita y se parece mucho a su madre —pensó el padre—. La muerte de la mamá fue una pérdida irreparable para ellos, pero, por suerte, la señorita Bat los ha criado bien. Molly ha mejorado y el niño también. Después de todo la anciana es buena persona, ha sido una suerte tenerla con nosotros".

Cuando Molly volvió de acostar a Boo, se sentó nuevamente y tomó su costura. Se había atado una cinta roja en su pelo cuidadosamente trenzado.

Librodot

"No sé cómo pudo la señorita Bat transformar a mi niña terrible en una criatura tan agradable", pensó su padre y, dando un bostezo, dijo en voz alta:

—¿Qué estás haciendo, Molly?

—Camisas para Boo, papá. Ya hice cuatro, ésta es la última.

—¿SÍ? Creí que la señorita Bat se encargaba de la costura.

—No; sólo cuida de tu ropa. Yo me ocupo de las mías y de las de Boo. Es decir, estoy aprendiendo, la señora Pecq me enseña —explicó Molly.

—Supongo que es bueno que aprendas. Todas las mujeres saben zurcir y coser y veo que estás creciendo. Podrías coser algo para mí. La señorita Bat ya no ve como antes —reparó el señor Bemis, mirando el puño deshilachado de su camisa.

—¡Claro que lo haré! Ya sé zurcir guantes, Merry me enseñó, podría zurcírtelos, si es que tienes alguno roto —repuso Molly.

—Aquí tienes con qué empezar —contestó el señor arrojándole un par de guantes que tenía los dedos rotos.

Molly buscó en su costurero un hilo gris y comenzó en seguida el trabajo, deseosa de demostrar su habilidad.

—¿De qué te ríes? —preguntó el papá, al verla tan contenta.

—Pensaba en mi ropa de verano. Necesitaré comprarme unos vestidos y quisiera ir con la señora Grant, si no te opones.

—Creí que la señorita Bat te compraba lo que te hacía falta.

—Sí, pero me compra cosas feas, baratas y pasadas de moda. Creo que soy bastante grande para elegir lo que quiero usar y si voy con alguien que me aconseje sobre los precios y las telas, puedo hacerlo. Merry escoge sus propias cosas y tiene casi mi edad.

—¿Qué edad tienes, hija? —inquirió el padre.

—Cumpliré quince años en agosto —repuso Molly con orgullo.

—¡Dios mío! ¡Cómo pasa el tiempo! Bueno, puedes ir de compras con la señora Grant. Espero que la señorita Bat no se ofenda.

—Ella no se preocupa de mí —contestó la niña.

—Si ella no se preocupa por ti... ¿quién lo hace?

—Yo misma. Y también de Boo, ella se ocupa de ti. En cuanto a la casa, marcha como puede.

—¡Ya lo creo! Esta noche casi me mato al tropezar con un sofá, que estaba en la entrada! ¿Por qué lo puso allí?

—¡Ocurre algo increíble, papá! La señorita Bat ha decidido limpiar la casa a fondo. Creí que tú se lo habías ordenado.

—Nunca le digo nada, pero el otro día se me cayó el abrigo al suelo y cuando lo levanté estaba lleno de tierra.

—A mí me da vergüenza que venga gente. Hay hasta telarañas. ¡Y los vidrios! No se ve a través de ellos.

—¿Y por qué no limpias tú un poco? —sugirió el padre.

—Traté de hacerlo, pero la señorita Bat se molestó.

—¡Y yo que pensaba que debía recompensar a la anciana por haberte transformado en una joven hacendosa! La sorpresa es muy agradable.

—Recompénsala si quieres, papá. A mí me basta con que hayas notado mi progreso —replicó la joven.

—Me agrada y mucho, hija. Esperaré a que termine la limpieza, y la recompensaré. En cuanto a ti, puedes ir de compras con la señora Grant y comprar todo lo que te haga falta —dijo el señor Bemis.

—¡Gracias, papá! ¡Ojalá me vea tan bonita como Merry!

—A mí me pareces muy bonita ahora ¿No es lindo el vestido que llevas puesto?

—¿Éste? ¡Pero, papá, si lo usé todo el invierno! Hace un mes te pedí dinero para comprar otro y tú me dijiste que "ya te ocuparías del asunto" —dijo Molly, mostrando a su padre los remiendos.

—Lo siento. Puedes comprarte media docena de vestidos y te olvidarás del viejo —se rió su padre, realmente emocionado.

—¡Voy a tener seis vestidos nuevos! ¡Seré igual a las otras chicas! La señorita Bat sólo habla de hacer economía y tiene un gusto...

—Puedo darme el lujo de vestir a mi hija tan bien como Grant viste a la suya. Si quieres, puedes comprarte también un abrigo.

Luego se marchó a su escritorio, de donde regresó con un manojo de llaves.

—Molly, aquí tengo algo para ti, éstas son las llaves de los armarios de tu madre. Siempre pensé dártelas cuando estuvieras suficientemente crecida como para apreciar lo que significan todas esas cosas que se guardan allí. Hoy me doy cuenta de que eres una mujercita y esto te agradará más que cualquier cosa que pueda darte.

Algo en su garganta le impidió confinuar, Molly lo besó dulcemente y le dijo:

—Gracias, papá... Es lo que más quería en el mundo. Trataré de parecerme a ella porque sé que te gustará.

Mientras se desnudaba para acostarse, no pensaba en los vestidos que iba a comprarse, sino en esos otros que, aún sin usar, aguardaban que los desdoblaran. Cuando se durmió, con las llaves bajo la almohada, las lágrimas de felicidad que se deslizaban por sus mejillas indicaban que, tratando de cumplir con sus obligaciones, la tercera de las misioneras había logrado la más dulce de las recompensas.

CAPITULO12
Alegrías y tristezas primaverales

Ese año la primavera llegó tarde. Aunque los días aún eran fríos y no se veían flores en los jardines, a Jill el mundo le parecía hermoso. Con ayuda de un aparato que había ordenado confeccionar el doctor, pasaba largas horas sentada junto a la ventana.

Ocupaba sus horas confeccionando canastos de mimbre, porque existía la costumbre de colgarlos llenos de flores en la puerta de los amigos, la víspera del primero de mayo. Los niños se habían puesto de acuerdo en que las niñas proveerían los canastos y los muchachos conseguirían las flores.

—Ese árbol es como un hotel de pájaros —dijo Jill mirando a un abeto frente a su ventana. Todos van a dormir y comer allí.

—Podrás llamarlo "La Posada del Árbol Sagrado" —sugirió la señora Minot, feliz al comprobar que la niña gozaba con los pájaros—. Tú podrías hacer de posadera y alimentar a los clientes con migas de pan.

A Jill le encantó la idea y todos los días iba a la ventana a arrojar migajas de pan a los gorriones, que no tardaron en domesticarse, viniendo a comer en sus propias manos.

El primero de mayo caía domingo, por lo tanto, los preparativos debían realizarse el sábado por la tarde. Aunque el día amaneció hermoso, hacía un poco de frío. Todos los jóvenes habían decidido hacer deporte por la mañana y juntar flores por la tarde, mientras las niñas terminaban los canastos. Los llenarían en la casa de la señora Minot, para ir luego a colocarlos en las puertas de sus amigos.

—Mamita, ¿me ayudas a ir hasta la ventana? Quiero cortar mis flores antes de que oscurezca —pidió Jill.

Ayudada por los vigorosos brazos de su madre, se puso dificultosamente en pie y, con la alegría de siempre, dio los pocos pasos que la separaban de sus flores que tanto amaba.

—¿Para quién son? —preguntó la madre, al ver que la niña no perdonaba una sola flor.

—Para la señora Minot —contestó Jill con emoción.

—Creí que serían para Jack —repuso la mamá.

—Tengo otras para él, pero ella se merece las más bonitas. Jack colgará el canasto en su puerta y se irá corriendo. Supongo que la señora no sabrá quién lo envía hasta que vea este jacinto. Ella sabe con cuánto cariño lo he cuidado —añadió la niña.

—Haces bien, hija. Ahora debes volver a acostarte, mientras yo voy a buscar un recipiente para que coloques tus flores hasta el momento en que las necesites —replicó la señora Pecq.

—No pensé que llegaría el día en que pudiera dar unos pasos y sentarme en el sofá. ¿Verdad que es una suerte no haber quedado como la pobre Lucinda?

—Creo que no hubiera sido capaz de soportarlo —Dijo la madre.

Luego la señora Pecq fue a ocuparse del té y Jill se quedó cantando una de sus canciones.

Después llegaron Molly y Merry para llenar los canastillos con Jill. Esperaron a los muchachos y cuando los vieron llegar, su desilusión no tuvo límites: traían una que otra flor y gran cantidad de ramas verdes.

—¡Qué vamos a hacer con esto! —se quejaron las niñas—. Nosotras sólo conseguimos flores de invernadero, pero son tan pocas que no alcanzarán para llenar todos los canastos.

—Bueno —replicó Frank—. No hay motivo para desesperarse así. ¡Vamos, Jack, antes de que comiencen a llorar!

Salieron y unos minutos después aparecían detrás de Ed, que llevaba una caja enorme, repleta de flores.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Jill.

—Aquí tienen todas las que quieran —repuso Ed—. Uno de nuestros compañeros vive en el campo y se las encargué.

—Ed siempre tiene las mejores ideas. Espero que preparen un cesto especial para él —agregó Gus.

—Ahora, manos a la obra —ordenó Jill—. Separemos las flores y cuando estén listos podrán llevarlos.

—Que elija Ed los que quiera —propuso Merry.

Ed eligió uno de mimbre azul, que Merry llenó con flores rosadas, adivinando que sería colgado en la puerta de Mabel.

Los demás también eligieron los suyos y entre risas y charlas los fueron armando. Cuando terminaron, cada uno escribió su tarjeta de felicitación.

Librodot

Algunos leyeron sus tarjetas y otros las colocaron ocultándolas rápidamente, pero las niñas fueron menos tímidas.

—Léenos la tuya, Merry —pidieron—. ¡Escribes cosas tan lindas!

—Bueno —contestó la niña—. Ésta es para Ralph. Me dijo el otro día que pensaba colgar un cesto para su abuelita, así es que pensé que le daría una sorpresa enviando uno para él. ¡Es tan bueno! Dice así:

"Para quien me enseña la belleza que hay en el cumplimiento del deber".

—Le gustará mucho —dijo Molly—. Además adivinará quién se la envía, porque ninguna de nosotras usa un papel tan fino.

—Me parece que sería bueno colgar canastos en las puertas de las personas que no esperan recibirlos. ¿No es cierto? Por ejemplo, la señora Tucker, la niña irlandesa que estuvo tan enferma y el otro, al viejo Munson. ¿Quieren? —pidió Ed.

Todos aceptaron la proposición y varias personas se alegraron el día de la primavera con la ofrenda del grupo de jóvenes.

Cuando Merry regresó a su casa encontró varios canastillos colgados en su puerta, pero le llamó la atención uno que tenía una forma alargada. Lo tomó y descubrió en su interior una cala de greda, con una nota que decía: "Que el cariño que das a los demás me sea concedido a mí también."

—¡Qué bonito! ¡Ahora tendré algo hermoso y realmente mío! —dijo la joven, mientras pensaba en la sorpresa que se llevaría Ralph al encontrar sus flores.

***

—¡Levántate, haragán! ¡Ya sonó el despertador! —exclamó Frank, desde su cuarto al oír que el reloj daba las seis.

—Sí, ya voy —contestó Jack, con voz soñolienta, y dando una vuelta sobre sí mismo, se quedó nuevamente dormido.

Frank, que ya había empezado a lavarse, miró hacia el cuarto de su hermano y se volvió para tomar una esponja llena de agua.

Una vez junto a la cama de Jack, se detuvo un instante con la esponja en alto para mirar la cara sonrosada, sus pestañas rizadas y su boca entreabierta con expresión angelical.

—Tengo que hacerlo, o no estará listo para el desayuno —se dijo. Y apretando la esponja, dejó caer el agua sobre su hermano.

—¡Basta! ¡Déjame! —gritó Jack.

—Prometí despertarte a tiempo y sabes que me gusta cumplir.

Librodot

—Sí. Pero no necesitabas empaparme de esta forma.

—Trata de quedarte despierto, de lo contrario tendré que hacerlo por segunda vez y será más divertido —añadió Frank.

—Me desperezaré bien primero... Es bueno para los músculos, después del fútbol que jugamos ayer.

El niño cerró los ojos y se olvidó por completo de estirarse, porque su cama estaba tibia y agradable. Al despertar se encontró dentro de la bañera con Frank a su lado, que lo amenazaba con echarle encima un jarro de agua fría.

—¡No lo hagas! ¡No!... El agua está demasiado fría...

—¡Procuraré que no vuelvas a dormirte! —exclamó el hermano, quitando sábanas, frazadas y almohadas de la cama.

—¡No me importa! Hace un día hermoso —dijo Jack.

—Apúrate o no estarás listo para desayunar —advirtió Frank. Ambos hermanos bajaron y devoraron su desayuno. Estaban terminando, cuando Frank dijo:

—Hoy es martes y aún no he buscado nada para la crónica del "Observador", que prometimos. ¿Tú tienes algo, Jack?

—Tampoco. En vez de jugar este mediodía, vamos a trabajar en eso. Espero que Jill nos ayude.

—Yo podría copiar algo y facilitar algunos recortes —sugirió la madre—. Pero me parece que si aceptaron la obligación de redactar el periódico de la Logia, deben hacerlo por sí mismos, aunque les lleve un poco de tiempo.

—Lo que pasa es que perdimos el entusiasmo. Si hubiera más adeptos a la Logia, las reuniones resultarían más divertidas.

—Recuerdo que cuando en este mismo pueblo teníamos un "Ejército del Agua Fría", en el verano realizábamos procesiones con estandartes y reuniones campestres —comentó la señora Minot.

—No creo que hayan hecho mucho bien, porque la gente sigue bebiendo igual que antes —se quejó Frank.

—Yo, en cambio, creo que sí hicieron bien, porque muchos de esos niños de entonces han permanecido fieles a su promesa. El pueblo hoy día es mejor de lo que era en aquellos tiempos, y si todos cumplimos abnegadamente con nuestro deber, lo será más aún. Cada joven que entra a la Logia, es un adicto más, y es importante que no se preocupen sólo de lo que es "divertido", sino también de lo que es bueno.

La señora hablaba con entusiasmo, pues tenía mucha fe en que había que arrancar a la juventud del vicio de la bebida antes de que la tentación resultara irresistible.

Con el fin de entusiasmarlos, Frank intervino:

—Voy a darles una sorpresa que les tenía reservada. Ed y yo fuimos a visitar a Bob, y nos prometió formar parte de la Logia, si lo aceptaban. En la reunión de esta noche, pienso proponerlo.

—¡Magnífico! —exclamó Jack.

—Nadie lo objetará, y será muy bueno para él. El capitán estaba encantado; en cuanto a Ed, me gustaría que hubieran visto su cara, cuando Bob dijo que aceptaba.

—No debemos olvidarnos del "Observador". Si regresan temprano, prepararemos un número especial en honor al nuevo miembro —propuso la mamá.

—Yo volveré temprano, pero si quieres que Frank lo haga, recomiéndale que no pierda el tiempo enamorando a Annette —bromeó Jack.

—¿Quieres que te dé un tirón de orejas? —dijo Frank, molesto.

—¡No podrías! —contestó Jack, y salió corriendo hacia la "Habitación de los Pájaros", en donde no se permitían las peleas.

—¿Quieren hacerme un favor? —preguntó Jill, al verlos llegar—. Bájenme a la terraza. Ustedes son los únicos que pueden moverme sin que sienta dolor.

—¡Ya lo creo! ¡Vamos, princesa! —contestó Jack, feliz.

Los muchachos formaron una "sillita de la reina" con sus manos y en ella bajaron cuidadosamente a su amiga. La niña dio las gracias a Frank con un ramillete de flores, el que no tardaría en ir a parar a manos de Annette.

Cuando los muchachos volvieron a mediodía, trabajaron con empeño en la elección de recortes para el periódico: como eran muchos los que trabajaron en él, pronto quedó listo.

Después, Frank y Jack se marcharon para jugar fútbol, pero se encontraron con Gus, quien les propuso ir a pasear en coche.

—Yo no puedo ir —contestó Frank con tristeza.

—Tenemos reunión de la Liga —se quejó Jack, porque ambos disfrutaban de los paseos en coche con sus amigos y amigas.

—¡Qué lástima! Olvidé que hoy es martes. Ahora ya no puedo hacer nada, porque ya invité a los otros muchachos. ¿No pueden faltar esta vez? —propuso Gus.

—No me gusta... pero quizás por una vez —vaciló Jack.

—¡No podemos! —repuso Frank—. Bob se sentiría decepcionado si no estamos para su presentación.

—Y Ed también —agregó Jack, mientras se alejaba corriendo.

—¡No se vayan! ¡Nos divertiremos mucho! —gritó Gus.

Y tuvieron su recompensa, porque en su casa los esperaba un sacerdote famoso que, recordando los días en que también él formaba parte de las filas de una asociación de muchachos que difundía el bien, se ofreció a darles una conferencia.

***

Habían llegado los días del mes de junio, y por todas partes se notaba la proximidad del verano. La juventud se preparaba para las vacaciones.

—Nosotros nos vamos este año a las montañas —contó Gus—. ¿Por qué no van ustedes también?

—No podemos, pensamos ir a la playa. Nuestros enfermos necesitan aire y mar —repuso Frank, dando una palmada a su hermano—. ¿No te das cuenta del aspecto enfermizo de este niño?

—No te burles. Sabes que mamá te prohibirá que tomes un libro durante un mes, porque vives quejándote del dolor de cabeza. Yo estoy muy bien, así es que te cuidaremos a ti —respondió Jack.

—Ya verás cuando te toque estudiar —repuso Gus con importancia, pues el año siguiente entraba a la Universidad de Harvard.

—Yo no pienso seguir estudiando. Deseo trabajar en cuanto me sea posible. Ed dice que talvez sea tenedor de libros. Me parece mucho más entretenido que estudiar años y años.

—Creo que te convendrá. Te asociarás a Ed y trabajarán juntos, Devlin, Minot y Cía... Suena bien, ¿verdad, Gus? —propuso Frank.

—No resultará —añadió Gus—. Ambos tienen el corazón demasiado blando, y jamás harán fortuna. A propósito, Ed se fue a su casa enfermo a mediodía. Parecía sentirse muy mal —djo Gus, preocupado.

—Ya el sábado no se sentía bien. Le dije que faltara al colegio, pero no quiso oír hablar de eso. Iré a ver cómo sigue —agregó Jack, también preocupado.

—Déjalo tranquilo hasta mañana. Sabes que no le gusta que se preocupen por él. Vamos a remar un rato —dijo Frank.

—Iré corriendo hasta su casa, mientras ustedes preparan el bote. No tardaré —gritó Jack, alejándose.

Cuando regresó, venía cabizbajo. Los demás lo esperaban ya con los remos en la mano.

—¿Cómo sigue? —preguntó Frank desde el bote.

—No muy bien. Fue el médico. Parece que tiene fiebre. No entré, pero me mandó saludos y quiso saber quién había ganado el partido de fútbol —contestó Jack.

—Dentro de unos días estará bien —comentó Gus.

—Lo que le ocurre a Ed es que estudia demasiado y además trabaja. Es natural que se agote. Mamá lo invitó a pasar con nosotros las vacaciones; nos divertiremos pescando y remando; ¿Vamos río arriba o río abajo? —preguntó Jack, mientras se deslizaban en medio del río.

—Río arriba, hasta el puente. Es lo que hacemos siempre.

—Excepto cuando las chicas van por el otro lado —rió Jack.

—Fíjate lo que haces y déjate de decir tonterías —ordenó Frank, que hacía las veces de capitán.

—Ah, comprendo... Diviso un bote con niñas.

—¿Quieres que te demos una zambullida? —amenazó Gus.

—No me disgustaría, el tiempo está tan caluroso... —dijo Jack.

El bote había alcanzado ya al de las niñas. Entre ambas embarcaciones se cruzaron amables saludos.

—Es una pena que nuestro bote no pueda llevar a cuatro personas. Podrían dejar a Jack en el de ustedes, y venir a pasear en el nuestro —les dijo Frank.

—En éste caben perfectamente, ¿por qué no se pasan? —repuso Julieta.

—No creo que sea prudente —intervino Frank—. Será mejor que Gus cambie su lugar con Annette.

—Creo que estarán aún mejor si me dejan a mí en el embarcadero —propuso Jack, dándose cuenta de que estaba de más.

Todos aceptaron sonrientes y poco después Jack fue llevado a tierra, continuando las parejas en su paseo.

Jack no se sentía contento. Pensaba continuamente en Ed y parecía muy preocupado por su amigo. Se puso a cortar hojas de menta para la señora Pecq y luego se fue hasta su casa para jugar con Jill.

Al día siguiente, Ed había empeorado y durante una semana siguió en el mismo estado, sus amigos iban a diario hasta su casa para conocer las novedades, pero no los dejaban verlo. Estaba gravemente enfermo. Tanto que el sábado por la noche Ed había partido para ese viaje del que no se regresa jamás.

Librodot

Por la tarde Jack había estado inquiriendo sobre su estado, y le habían dicho que reposaba sin sufrir. Joven e ignorante, creyó que esa noticia significaba una mejoría y que el peligro ya había pasado. Un rato más tarde estaba leyendo en la sala, cuando entró Frank con una expresión tan triste que daba a entender la mala noticia. El niño siguió leyendo y él, que sentía que debía decirle la verdad, y no sabía cómo, se sentó a su lado y le pasó un brazo por encima de los hombros, preguntando:

—¿Qué estás leyendo, Jack?

El tono tembloroso de la voz y el gesto cariñoso le hicieron adivinar la verdad.

—¿Ed se...? —no pudo terminar la palabra, y Frank fue incapaz de contestarle, sólo hizo un breve movimiento de cabeza. Jack dejó caer su libro y ocultó su rostro en el almohadón del sofá. No lloraba, sino que trataba de convencerse de que no era cierto. Luego dijo, desesperado.

—¡No sé qué voy a hacer sin él!

—Sé que es duro para ti... Y para todos nosotros.

—Tú tienes a Gus y yo no tengo a nadie. Ed siempre fue bueno conmigo.

Frank advirtió en sus palabras como un involuntario reproche. En efecto, él no era tan bueno como Ed, y no era de extrañar que Jack lo quisiera tanto y sintiera tan profundamente la pérdida de su amigo.

—Me tienes a mí. Seré bueno contigo... Llora, hermano, eso te hará bien.

La señora Minot, enterada, abrió la puerta de la sala y al verlos abrazados se retiró silenciosamente. Habían aprendido por sí solos a reconfortarse, apoyándose uno en el otro.

Todos querían mucho a Ed, y ese cariño se exteriorizó en el acto del funeral. Las niñas habían adornado la iglesia con lindas flores, y el sacerdote pronunció unas bellas palabras elogiando sus cualidades.

Cuando Frank y Jack regresaron a su casa, encontraron a su madre hablando con Jill de las hermosas palabras que pronunció el sacerdote. Ambos coincidieron en ello y dijeron:

—Sería lindo que dijeran de nosotros lo que se dijo hoy de Ed.

—Traten de merecerlo. Me sentiría orgullosa de que pudieran decirse tales cosas de ustedes. Es bueno que hayan comprendido que en el dolor hay una parte hermosa —observó la señora Minot.

—Nunca había pensado en la muerte —dijo Frank—. Ahora tengo la impresión de que, frente a ella, todos tratamos de ser mejores y piadosos.

—Eso fue lo que me dijeron Merry y Molly —agregó Jill—. Me trajeron estas azucenas para que las guardara en recuerdo de Ed.

Librodot

—Yo no necesito nada para recordarlo. Mi cariño me impedirá olvidarlo —suspiró Jack—. Sé que no está bien lo que voy a decir, pero no comprendo por qué Dios lo dejó morir.

—Hay muchas cosas que no podemos comprender, Jack. Y, sin embargo, debemos pensar que están hechas para nuestro bien. Eso es la fe. Cuando eras pequeño, tenías miedo a la oscuridad, pero si yo te hablaba te dormías, confiando en mí. Dios es más sabio que todos los padres y madres del mundo. Confía en El y no tendrás dudas ni temores —le dije amorosamente, su madre.

CAPITULO 13
Vacaciones que reponen la salud

—Pero Jack, es imposible meter dentro del baúl todas esas cosas —dijo la señora Pecq con desesperación, viéndolo cargado de juguetes.

—No ponga tanta ropa, lo único que nos hará falta será un traje de baño. Le aseguro que todas estas cosas deben ir —replicó Jack, agregando una pistola de agua y artículos de pesca.

—¿Así que estas cosas son necesarias y la ropa no? —rió la señora. Lleva también una bicicleta, una carretilla y una imprenta.

—Es probable que necesitemos todas esas cosas. Las mamás no comprenden a los hijos y meten en sus baúles un montón de camisas de cuellos duros y pañuelos limpios. Para llevar una vida sencilla, no hacen falta esas cosas.

Entonces apareció Frank, con dos enormes libracos, pidiendo:

—Meta esto en un rinconcito, los necesitaremos.

—¡Pero si tu madre no te permitirá estudiar! —exclamó Jill.

—Es para saber un montón de cosas. Con estos dos libros, un microscopio y un telescopio, uno puede viajar por todo el mundo aprendiendo lo que quiera.

—¡Cielos! ¡Qué jóvenes tan raros! —exclamó la señora Pecq—. ¿Dónde quieres que meta eso, Frank? El baúl está lleno hasta el tope, tendrás que dejarlo.

—Entonces, llevaré uno en cada brazo —contestó Frank.

Al día siguiente, los viajeros partieron mientras la señora Pecq los despedía agitando su delantal. La señora Minot llevaba el almuerzo en un canasto; Jack, todos sus tesoros, y Jill, una preciosa maleta de viaje. Frank había conseguido llevar su enciclopedia, envuelta en una manta, y cada vez que alguien preguntaba algo, la sacaba triunfante.

El viaje se efectuó en tren y en barco, con gran alegría de Jill; y los muchachos iban de un lado para otro por la cubierta.

El hotel, que quedaba sobre la playa, estaba lleno de gente dispuesta a disfrutar lo más posible de las vacaciones. Entre los huéspedes, había muchos niños y por todos lados se oían risas y carreras. Jill estaba tendida sobre su cama, mientras la señora Minot iba y venía, poniendo todo en orden.

—¿Cuándo podré salir? —preguntó la niña.

—En cuanto refresque. Estoy preparando todo, pero debemos ser prudentes y no hacer demasiado el primer día.

—Me portaré bien... Pero, por lo menos, deje que me ponga mi vestido marinero. ¡No estoy cansada y quisiera ser igual a los demás! —dijo Jill, que había mejorado mucho en el último tiempo.

La señora Minot le permitió que se pusiera su traje marinero, y cuando la señora terminaba de abrocharle las botitas, Jack llegó golpeando la puerta y gritando sumamente excitado:

—¡Mamá, la playa es magnífica! Encontré un lugar muy apropiado para Jill, bastante cerca de aquí. Hay un montón de muchachos en el hotel. Uno tiene una bicicleta y me dijo que me enseñará a andar. Todos saben que hemos llegado; me preguntaron por Jill y una de las niñas ya ha juntado unas conchitas para ella. Pero, ¡vamos, vamos! Yo llevaré todo.

Jill encontró muy agradable la corta caminata hasta la playa.

Iba apoyada en el brazo de la señora Minot y todos le sonreían. Jack caminaba delante, haciendo los honores, como si el Atlántico le perteneciera.

El niño mostró a su madre el lugar que había descubierto para su amiga. Un sauce daba sombra al lugar, que quedaba a pocos metros del mar. A la señora le pareció perfecto y la niña fue instalada entre mantas y almohadones.

Luego se acercaron otras niñas para conversar con ella, y Jack le dijo que le haría un acuario en un balde. La señora Minot se puso a conversar con una amiga que encontró allí —la doctora Hammond—. Y la tarde pasó rápidamente para todos.

Lo más divertido fue la velada, cuando las personas mayores se reunieron en la sala para jugar a las prendas. Para los niños fue un espectáculo ver a los papás y mamás reír, discutir y bromear con tanta alegría, como niños.

Al día siguiente comenzó una vida sana y llena de felicidad. Frank se hizo amigo del muchacho de la bicicleta, y Jack, de un niño llamado Cox. Se divertían pescando y buscando mariscos entre las rocas. Pero la que lo pasaba mejor de todos era Jill, porque día a día aumentaba su fuerza y mejoraba su ánimo. Su mejoría era tan rápida que resultaba difícil creer que fuera la misma niña que cantaba en la "Habitación de los Pájaros".

Le escribía largas cartas a su madre, contándole sus paseos en coche y las pequeñas caminatas. Le hablaba de sus nuevas amigas, lo buena que era toda la gente con ella y todas las cosas bonitas que estaba aprendiendo a hacer con conchitas y algas.

Librodot

A medida que mejoraba le resultaba más difícil aceptar que tenía que permanecer inmóvil, y si la señora Minot no se hubiera encontrado a su lado, más de una vez habría escapado a jugar. Un día, la tentación pudo más que su sentido común y, aprovechando una salida de la buena señora, pidió a Jack, a Frank y al muchacho de la bicicleta que la llevaran a dar una vuelta en bote.

Partieron los cuatro, riendo y cantando hasta que llegaron a Punta Goodwin, donde vieron a un grupo de personas que parecían muy interesadas observando algo. Era un fotógrafo que atraía a los turistas. Atracado el bote, los dos muchachos mayores saltaron sobre las rocas y desaparecieron entre la gente. Pasaron quince minutos sin que regresaran. Jill pidió a Jack que fuera a buscarlos y el muchacho desapareció a su vez. Jill, cansada, se recostó y comenzó a leer.

La marea empezó a bajar y a llevarse el bote, que no estaba amarrado, mar adentro. La niña vencida por el cansancio y lo aburrido del libro se quedó dormida y no oía las voces que la llamaban desde la playa. Cuando despertó, se asustó al encontrarse sola tan lejos de la costa. Frank le gritaba desesperado:

—¡Regresa! ¡Regresa, Jill!

En medio de su desesperación le resultaba cómico, ya que no tenía remos.

"Me pregunto si alguien llorará mi muerte —pensaba—. ¡No quiero morir así! ¿Por qué no habré obedecido a la señora Minot? Cuando la gente se encuentra en peligro, pide a Dios que la salve", pensó la niña con lágrimas en los ojos.

Y poniéndose de rodillas comenzó a rezar con toda su alma. Al sentirse más calmada, se enjugó las lágrimas y empezó a mirar a su alrededor. A pocos metros de ella un pescador echaba las redes.

Ocupado en su trabajo, no la había visto y tuvo que gritar llamando su atención.

—¡Señor, por favor! ¡Ayúdeme! ¡Estoy perdida y no tengo remos! El pescador, después de recomendarle que no se moviera, enganchó la embarcación a la suya y la trasbordó a su bote. Cuando llegaron a la playa, la niña estaba tan pálida que Jack creyó que iba a desmayarse, mientras Frank le daba un fuerte coscorrón al muchacho de la bicicleta, quien le preguntaba sonriendo cómo le había ido en el viaje.

Frank y Jack la llevaron en seguida a su habitación, donde la señora Hammond le dio un calmante y le dirigía palabras cariñosas.

Los demás, ocupados en sus placeres, se olvidaron del asunto al día siguiente, pero Jill recordó aquella trágica hora durante largo tiempo: cómo había implorado la ayuda divina en el momento en que se encontraba más desalentada y cómo aquella ayuda había venido al instante.

***

—¡Dios mío! Sólo falta una semana para que regresemos. ¿No te parece espantoso? —preguntó Jack esa mañana mientras acompañaba a Jill en su habitual paseo por la playa.

Librodot

—Sí. Pero ahora estoy mucho mejor, y no tendré que estar encerrada, aunque no pueda ir aún al colegio. Cómo me gustaría ver a Merry y a Molly —contestó Jill, caminando con seguridad.

—¡Qué agradable hubiera sido si hoy estuvieran con nosotros! —dijo Jack, porque ese día era el aniversario del hotel.

—Me hubiera gustado tener a Molly aquí, pero mamá me recomendó que no pidiera nada. Tu madre ha tenido ya tantas atenciones conmigo. Me siento como si fuera hermana tuya, Jack.

—Me alegro de que así sea —contestó el niño—. Ahora quédate un rato en tu rinconcito y no te muevas. Porque te necesitaré dentro de unos minutos.

—A mí se me acabaron las escapadas, ya lo sabes. Me quedaré aquí hasta que vuelvas y terminaré la cajita que estoy haciendo para Molly, que está de cumpleaños esta semana.

Jack miró para otro lado, temiendo traicionarse, mientras ayudaba a acomodarse a Jill en los almohadones. Luego, dando un grito de alegría, salió corriendo por la playa.

Jill estaba tan ocupada con su trabajo, que no se dio cuenta de que el tiempo pasaba, y el barco de pasajeros llegó en el preciso momento en que colocaba la última conchita rosada en la caja. Todos iban a ocupar habitaciones en el hotel y le divertía observar la carrera de los niños apenas pisaban tierra.

"¡Ese muchachito regordete se parece mucho a Boo!", pensó Jill.

El niño miraba curiosamente a su alrededor, prendido a la falda de una niña que estaba de espaldas. Sin embargo, Jill encontró algo familiar en su modo de vestir, lo mismo en aquella larga trenza y en la sombrilla japonesa. En el momento en que la niña se volvió, pensó: "¡Qué parecida a Molly!"

—Pero... ¡si es ella! —exclamó.

La recién llegada lanzó un grito de alegría al verla y corrió con los brazos abiertos hacia ella, perdiendo en el camino su sombrero y la sombrilla, mientras el pequeño Boo, agarrado de su falda, tropezaba y caía al suelo, gritando a más no poder.

—¡Molly! ¿De dónde vienes —exclamó Jill.

—La señora Minot nos invitó a pasar una semana con ustedes. ¡Qué bien estás, Jill; no puedo creer lo que ven mis ojos! —contestó Molly.

—¿Una semana? ¡Qué maravilla! ¡Tengo tantas cosas que contarte y mostrarte! Ven en seguida a mi lugar preferido —dijo Jill.

—¡Espléndido! pero debo ir a buscar a Boo y mi sombrilla y sombrero —contestó riendo Molly, mirando hacia atrás.

Pero la señora Minot ya había consolado a Boo y recogido los objetos perdidos por la niña. Por lo que las amigas se tomaron del brazo y siguieron conversando con entusiasmo. Molly se mostró encantada de estar allí y Jill le regaló la cajita que acababa de confeccionar para ella. Ambas tenían tantas cosas que decirse que se hubieran quedado conversando infinitamente, si no hubiera llegado la hora del baño.

Molly nadaba como un pez y arrancó aplausos al zambullirse desde el alto trampolín. Jack se entretuvo enseñando a nadar a Boo, quien resultó un alumno aventajado, porque como era gordito no podía hundirse, aunque quisiera. Jill se apuró en bañarse y se tendió al sol esperando que los demás salieran del agua. Cuando sonó la campana del almuerzo, todos regresaron al hotel, donde, para Molly, habían preparado una cama al lado de su amiga.

Por la tarde hubo carrera de botes a remo, que las niñas presenciaron desde su rincón predilecto. Jill se alegró cuando supo que Frank había sido uno de los ganadores. Luego le tocó participar a Jack en una de las carreras por la orilla de la playa. Se había inscrito contra la voluntad de su madre, que tenía miedo de que su pierna enferma se resintiera.

Molly y Jill no pudieron permanecer sentadas durante esta carrera, que fue muy estrecha, pero cuando llegaban a la meta, Jack, que estaba entre los primeros, sintió un fuerte dolor en la rodilla, y debió abandonar la competencia.

Luego siguieron otras pruebas, pero Molly y Jill regresaron al hotel para descansar y vestirse para la cena. Jill tenía un precioso vestido blanco adornado con cintas de color rubí, que le quedaba muy bien.

—No podré bailar aún, pero Molly debe divertirse. Espero que ustedes se preocupen de ella, muchachos —pidió Jill.

Frank y Jack se lo prometieron, y mantuvieron su palabra, porque entre ellos y los demás muchachos no dieron un momento de descanso a la simpática Molly.

La señora Minot debió recordar varias veces a las amigas que se estaba haciendo muy tarde, pero ellas estaban fascinadas con los fuegos artificiales.

Finalmente, debieron ir a acostarse, pero Molly y Jill se consolaron conversando en la cama, porque era imposible dormir con tanta música y bullicio.

Como en esa semana terminaban para muchos las vacaciones, las excursiones, reuniones y diversiones se multiplicaban durante el día, y por la noche, en la gran sala, los bailes y juegos eran interminables. Todos hacían proyectos para el próximo verano, y se prometían eterna amistad.

Y llegó el día de la partida. Los Minot, con Jill, Boo y Molly debían tomar el barco junto con la doctora Hammond. Cuando todos estaban listos para emprender el camino hacia el embarcadero, se dieron cuenta de que Boo y el pequeño Harry Hammond habían desaparecido. Molly y la niñera de Harry empezaron a buscarlos por todas partes, hasta que de pronto oyeron carcajadas que provenían de la playa y los vieron aparecer arrastrando un carrito en el que llevaban un pejesapo muerto.

—Nosotros lo pescamos —exclamaron los niños, llenos de satisfacción.

—Siempre quise pescar una ballena... ¿Verdad que es bonita? —preguntó Boo.

—¿Y que piensan hacer con ella? —inquirió la señora Hammond.

—La envolveremos y la llevaremos a casa para jugar —contestó Harry.

Hubo que explicarles que eso era imposible y ambos empezaron a llorar cuando los muchachos arrojaron lejos aquel juguete tan codiciado. Como se hacía tarde, debieron embarcar a los niños a la fuerza porque los marineros comenzaban a impacientarse. Boo fue el primero en calmarse. Y ahogando su último sollozo, consoló a su compañero sacando de su bolsillo varios cangrejos, parte de una estrella de mar y una colección de piedras.

CAPITULO 14
Logros materiales y gozo interior

Los niños no fueron los únicos que aprendieron algo en la playa. La señora Minot aprovechó las vacaciones para conversar con personas entendidas sobre aspectos de la educación de sus hijos. Las señoras se reunían con médicos y profesores que tenían hijos de la misma edad.

Como a la gente joven no le interesan estas discusiones, no sospecharon que se hubiera tratado en ella algo que podía determinar cambios en sus vidas, cuando regresaran a sus casas.

—¡Qué fastidio! —suspiró Jack—. Mañana comienzan las clases.

—¿No quieres ir? ¡A mí me gustaría tanto! Pero no creo que me lo permitan —dijo Jill, mirando con añoranza sus libros.

—Me he divertido tanto al aire libre, que me espanta pensar que tendré que estar todo el día encerrado. ¿No te pasa lo mismo, Frank? —preguntó Jack, mirando con fastidio sus matemáticas.

—Confieso que el colegio no me atrae tanto. Pero es natural, después de haber recorrido toda la playa en bicicleta. ¡Valor, Jack, valor! Las vacaciones han terminado —contestó Frank.

—No, queridos —dijo entrando la señora Minot—. Para ustedes las vacaciones seguirán aún.

—¡Cuánto me alegra la noticia! ¿Hasta cuándo durarán? —inquirió Jack, esperando a lo menos una semana más de juegos.

—Para algunos de ustedes, dos o tres años, por lo menos.

—¿Qué? —exclamaron los tres al mismo tiempo, con unos ojos tan abiertos que la señora no pudo menos que sonreír.

—Durante un tiempo, tengo la intención de ocuparme del desarrollo físico de mis hijos, y dar a sus cerebros un descanso, al menos de los libros. Hay muchas cosas que pueden aprender fuera del colegio.

—Pero, mamá, ¿qué será de mis estudios? —preguntó Frank.

—Los dejarás por un año, y verás cómo te sentirás luego para seguirlos.

—¡Pero me siento muy bien! ¡He estudiado como un tigre durante un año y estoy preparado para pasar el examen final!

—Preparado en un sentido, sí, pero en otro no. No quiero que termines una carrera a costa de tu salud. Será mejor que te quedes a mi lado hasta que cumplas los dieciocho años. Eres demasiado joven aún como para separarte de mí. Cuando te conviertas en un muchacho fuerte, sano y de sólidos principios, me quedaré tranquila. Además estudiarás con más provecho y tendrás más posibilidades para convertirte en un hombre de bien.

La señora había colocado una de sus manos en el hombro de su hijo mayor, mientras hablaba con voz suave y cariñosa, y el muchacho sentía que se ahogaba su rebeldía, a pesar de que aquellas palabras cambiaban sus proyectos más queridos.

—¿Por qué, entonces, otros jóvenes a mi edad van a la Universidad? Yo me sentiría orgulloso de poder asistir a los dieciséis años.

—Ya lo sé. Pero, ¿con qué resultados? Algunos se enferman. Otros adquieren malas costumbres. La parte más importante de nuestra educación no podemos aprenderla de los libros, hijo. Considero más valiosos los buenos principios que la sabiduría temprana, porque con una base sólida podrás afrontar la vida sin temor. Confía en mí, querido, porque lo que hago es por tu bien. Trata de sobrellevar esta prueba con valentía y algún día comprenderás que he tenido razón.

—Está bien, mamá. Pero te cansarás de tenernos tanto tiempo en casa —dijo Frank, tratando de dar buen ejemplo a los demás.

—No hay peligro, porque nunca he enviado a mis hijos al colegio para liberarme de ellos. Ahora que han crecido lo bastante como para ser mis amigos, deseo más que nunca tenerlos a mi lado. Además, no te preocupes, porque seguirán estudiando. Las mentes jóvenes necesitan ser alimentadas, pero despacio. Todos los días, a ciertas horas, tendrán clases de matemáticas. Pero no permitiré a nadie quedarse leyendo hasta la medianoche ni encerrarse a las mejores horas del día. No hay ninguna necesidad de apurarse en estudiar un montón de cosas, para terminar, al final, sabiendo menos que antes.

—¡Eso mismo digo yo! —exclamó Jack—. Odio que me obliguen a estudiar una cosa tras otra, sin explicarme lo que no entiendo, por falta de tiempo. El colegio es divertido por los compañeros y los juegos, pero no veo qué interés puede haber en hacernos estudiar un día ochenta preguntas de geografía para olvidarlas al día siguiente.

—¿Y qué haré yo? —preguntó Jill, tímidamente.

—Tú y Molly estudiarán conmigo. Antes de casarme fui profesora. Ahora volveré a serlo para ustedes, y dejaré a tu madre que se ocupe de la casa. Siempre pensé que las madres deben tratar de educar a sus hijos.

—¡Eso será magnífico! ¿Y qué dirá el papá de Molly? —preguntó Jill.

—Ya he hablado con él y le gusta la idea, porque se está desarrollando y necesita una clase de cuidados que no puede darle la señorita Bat. No soy una profesora estricta, y espero que encuentren agradables mis clases.

—¡Ya lo creo que lo serán! Ya me imaginaba que este año no me dejarían ir al colegio porque el doctor dijo que mi espalda necesitaba aún cuidados. Supongo que se tratará de meses, pero aunque fueran años, con un plan tan entretenido no me importaría. A pesar de los sufrimientos, creo que el año pasado fue el más feliz de mi vida.

—Me agrada saberlo, querida —contestó la señora Minot, acariciando la cabeza de la niña, con tanto cariño como si hubiera sido su hija de verdad—. Has mejorado mucho y seguirás haciéndolo. Estas semanas en la playa te han puesto en condiciones para iniciar mi experimento. Si vemos que las cosas no marchan bien, los mandaré a todos al colegio la próxima primavera.

—¡Viva mamá! ¡Y vivan las vacaciones! —gritó Jack.

—Ahora tendré tiempo de ir al gimnasio para enderezar mi espalda —añadió Frank.

—También podrán montar a caballo. Alquilaré la vieja yegua Jane y compraré un coche pequeño. Así podremos disfrutar del buen tiempo mientras dure. Molly y yo llevaremos a Jill y ustedes nos seguirán a caballo, si están cansados de remar o de jugar fútbol.

—¡Qué suerte! —exclamó Jack—. Hoy mismo subiré al desván a buscar mi silla de montar. Espero que a la vieja yegua le guste pasear tanto como a mí.

—Ustedes mismos se ocuparán de que así sea. No pienso seguir teniendo un empleado para que se ocupe de esos trabajos. Uno cuidará el caballo, y el otro, el jardín.

—Muy bien, yo me encargaré de Jane —dijo Jack, encantado.

—Mi caballo no necesita de cuidados. Prefiero una bicicleta a un animal, por lo tanto, me ocuparé del jardín —propuso Frank.

—En cuanto a mí, pueden ponerme en un gallinero, si quieren —agregó Jill.

—No te pondré en ningún gallinero, Jill, sino en una linda jaulita y te enviaré a la exposición, para que todos sepan cómo puede convertirse un pajarillo salvaje en una dócil paloma —contestó la señora Minot, sonriendo.

—No entiendo por qué no hacen una exposición de niños —observó Frank—. No de bebés, sino que de niños mayores, de manera que la gente compruebe cuáles son las perspectivas para la próxima generación.

—Hace años existía la costumbre de reunir a todos los colegios durante la primavera, invitando a los mejores alumnos —comentó la señora Minot—. Es una lástima que ya no se

realice, los colegios de antes eran mejores que los de hoy. Obligaban a los padres a preocuparse de sus hijos y a reconocer sus progresos.

—Ralph va a mandar mi busto a la exposición —comentó Jill—. Ya le pidió permiso a mamá. El señor German dice que es uno de sus mejores trabajos. Espero que todos los demás estén de acuerdo.

—Yo podría enviar mi modelo de locomotora. Ralph, que entiende de esas cosas, me dijo que era un juguete ingenioso —agregó Frank.

—¡Y yo podría exponer mi colcha de parches! —siempre exponen cosas de este tipo —añadió Jill.

—¿Qué puedo llevar yo? —preguntó Jack, avergonzado—. ¡Ah!, ya sé. ¡Enviaré al viejo Bun! Es un conejo extraordinariamente grande y su piel tiene un color nunca visto. Iré a encerrarlo antes de que se ponga más salvaje.

Todos se rieron ante su entusiasmo, pero no les disgustó la ocurrencia y como la mamá los animó a que expusieran lo que habían hecho, Frank fue a trabajar en su locomotora y Jill decidió terminar cuanto antes su colcha, mientras la señora Minot iba a conversar con el señor Acton acerca de las lecciones que quería que el profesor diera a los muchachos.

No habían pasado más de quince días y los niños ya se habían acostumbrado a no ir al colegio, porque encontraron las clases interesantes y muy agradables las distracciones. La vieja Jane le daba bastante trabajo a Jack. Aunque Frank se lamentaba interiormente de la suspensión de sus estudios universitarios, le gustaba ir al gimnasio.

Jill y Molly salían a pasear por las mañanas en el pequeño coche ante la mirada de desaprobación de muchos granjeros, que opinaban que aquello era una "pérdida de tiempo", pero las niñas tenían las mejillas sonrosadas y estaban contentas de confiar en quien sabía lo que era mejor para ellas. La señora Minot se preocupaba de que leyeran mucho en voz alta. Cuando no comprendían algo se detenían para consultarlo con la profesora, aprendiendo así cosas que jamás habían pensado conocer.

Por las tardes conversaban, mientras hacían sus labores, generalmente de fisiología. A menudo la doctora Hammond les daba conferencias, enseñándoles el funcionamiento de su propio cuerpo y el modo de mantenerlo en perfecto estado de salud. Merry no pudo resistir el atractivo de aquel amable grupo, y persuadió a su madre para que la dejara participar en él; así fue como esa delicada niña también disfrutó de los beneficios del aire libre y de la instrucción amena de sus amigas.

La primera de estas nuevas ideas parecía prosperar muy bien, y la segunda, la famosa exposición, fue aceptada y adoptada por muchos niños. Todos pensaban enviar alguna curiosidad, aunque el único que tenía preparado algo de valor era Ralph. El modelo de locomotora de Frank era muy bueno pero no quería andar, y, en el último momento, estalló como pompa de jabón. Desesperado, se dedicó entonces a ayudar a Jack a mantener en condiciones a Bun, porque ese indomable animal huía de todas las prisiones donde lo ponían, dando mucho trabajo a su dueño. A todas horas del día o de la noche el muchacho saltaba de pronto exclamando:

Librodot

—¡Ahí está otra vez! —Y se veía obligado a perseguirlo por toda la casa.

La noche anterior a la exposición, Frank se despertó por una corriente de aire. Se levantó y fue a la habitación de Jack. Su hermano no estaba allí, lo buscó y lo encontró en el jardín, tratando de dar caza a Bun. Frank se rió mucho y cuando Jack por fin lo tenía en sus manos, le dijo:

—Ponlo en la nevera; está sin hielo y de allí no se escapará.

Encontrando buena la idea de su hermano, Jack encerró allí al conejo, que por supuesto, no pudo salir.

La colcha de Jill resultó preciosa, tenía fondo azul con estrellas blancas. La niña había trabajado tanto en ella que esperaba que ninguna señora presentara un trabajo mejor. Merry expuso productos de la granja, porque ese verano ella y su madre se habían dedicado a la confección de quesos y mantequillas.

Molly anunció que iba a preparar una jaula para poner a Boo adentro y presentarlo como el niño más gordo de la región, pero el pobrecito se lo tomó tan en serio que huyó de la casa. Lo encontraron a dos o tres kilómetros durmiendo contra un muro, con dos galletas y un par de calcetines en un bulto, a su lado. Costó bastante convencerlo de que se trataba de una broma, hasta que Molly le dijo que enviaría sus gatos a la exposición y se apresuró a prepararles la jaula que pidió prestada a Jack. Después de pintarla de rojo vivo y colocar dos banderas sobre el techo, metió a todos sus gatos dentro.

Grif, que no tenía nada que llevar a la exposición, quiso divertirse haciendo bromas a la concurrencia. Para ello consiguió prestado un burro gris.

El día de la inauguración todo el pueblo esperaba ansioso. Los granjeros ocupaban el lugar que se les había asignado. El conejo de Jack fue colocado en una jaula.

Gus había cazado una pareja de pájaros silvestres que chillaban desaforadamente, protestando contra su captura. Ralph llevaba con toda delicadeza su busto entre las manos, mientras Jill y Molly, sentadas en el coche, cuidaban de que no se arrugara la colcha.

Cuando la exposición estuvo armada, las niñas la recorrieron admirando la habilidad de todos los participantes, especialmente la de Merry, que le había dado forma de flores a la mantequilla. De pronto se oyeron grandes carcajadas y todos salieron para ver qué ocurría.

Grif avanzaba por la calle, montado sobre un burro gris que tenía dos cabezas, seguido por un grupo de muchachos, lanzando exclamaciones de admiración. El chico había encontrado la cabeza entre las pertenencias del "Club de Teatro", y la había sujetado al cuello del animal, colocando encima una manta roja para ocultar el engaño. Lo más divertido del caso es que el burro avanzaba despacio, mirando a todos como si quisiera comprender el motivo de tanta risa.

De repente lanzó un sonoro rebuzno que fue imitado por Grif, con gran alegría del público. El muchacho quiso lucir su cabalgadura e inició con ella una carrera; todo anduvo bien hasta que de pronto la cabeza falsa se desprendió, asustando al animal, que se detuvo en seco, saliendo Grif por encima de su cabeza.

Librodot

El jurado llegó y ordenó que todos se retiraran del lugar para premiar los mejores trabajos. Cuando se permitió otra vez la entrada al público, cada cual corrió a ver si había recibido algún premio. La mantequilla de Merry recibió mención. La señora Grant no podía esconder su alegría. También la linda colcha azul, porque los jurados sabían quién era la autora y querían premiar a esa niña que tanto había sufrido.

Los gatos de Molly causaron gran admiración, pero no obtuvieron premio. Jack estaba convencido de que su conejo era el más hermoso de la exposición, pero cuando fue a verlo, no lo encontró. Se había escapado y esta vez para siempre.

El trabajo de Ralph, no sólo recibió el premio que merecía, sino que una señora lo encontró tan bonito que le mandó a hacer el busto de su hija, una niña muy delicada y que acaso no viviría mucho tiempo.

Todas las niñas se mostraron encantadas con la suerte de Ralph, convertido en el héroe de la exposición.

—¡Cuánto me alegro de haber conseguido una expresión amable cuando Ralph modelaba mi cabeza! —comentó Jill.

—Siempre pensé que tu cara es encantadora, pero ahora la admiro más que nunca —respondió Merry.

***

Dos semanas más tarde, los muchachos estaban cosechando manzanas y las niñas terminaban su costura para ir a ayudar a los recolectores. Hacía un mes y medio que habían comenzado con el nuevo método de enseñanza. Las clases, el ejercicio y las tareas domésticas eran alternados agradablemente, y todos comprendían que estaban aprendiendo cosas que les serían útiles en la vida. Ahora estaban ocupadas confeccionando unos abriguitos cuya tela, modelo y adornos, ellas mismas habían elegido.

Mientras las niñas cosían, la señora Minot les leía y todas tenían conciencia de ser útiles a los demás y a sí mismas.

—Antes pensaba que me gustaría ser reina o gran dama, tener hermosos trajes de terciopelo y valiosas joyas, y vivir en un palacio; pero ya no me atraen esos lujos. Me agrada hacer cosas bonitas para mi casa y saber que todos me quieren y aprecian lo que hago por ellos. Las reinas no son felices y yo lo soy —reflexionó Merry.

—Creo que tu obra de misionera dio frutos; la mía también, estoy consiguiendo cada día más. La señorita Bat es tan amable que casi no la reconozco —añadió Molly—. Todo eso me gusta mucho pero no pienso pasar mi vida así. Quiero viajar, y en cuanto pueda tomaré a Boo y daremos la vuelta al mundo.

—A mí, en cambio, me gustaría ser una actriz o una bailarina famosa. Pero creo que no seré nada de eso —comentó Jill—. Y no me importa, porque me siento demasiado feliz sólo con la idea de no pasar, igual que Lucinda, toda mi vida postrada.

Si las tres niñas hubieran podido mirar el futuro, se hubiesen sorprendido al ver que les esperaba un destino completamente distinto. Merry no se ocuparía de embellecer una granja, sino que viviría feliz en Italia con su esposo Ralph, joven escultor de talento, que amaba la belleza tanto como ella. Molly no viajaría alrededor del mundo, pero se convertiría en una señorita bondadosa e independiente que se conformaría con manejar la casa de su padre y dirigir al joven Boo, su mayor alegría y orgullo. Jill jamás llegaría a la fama, sino que sería una mujer feliz y el gran apoyo de dos mujeres ancianas. Se casaría al cumplir los veinticinco años y, naturalmente, su esposo sería el simpático Jack.

Pero el día en que las tres amigas cosían y conversaban juntas, estaban lejos de soñar lo que el destino les reservaba. Una vez terminado su trabajo, y después de doblarlo cuidadosamente, fueron a buscar a los muchachos.

—Éstos son los últimos días hermosos de la temporada, y deberíamos aprovecharlos lo más posible. ¿Por qué no organizamos un picnic antes de que empiece el frío? —propuso Merry.

—Buena idea —aceptó Jill, encantada—. Podemos ir a la isla; pasaremos un día al aire libre. Cuando llegue la nieve tendremos demasiado tiempo para estar encerrados.

—Cuenten conmigo para organizarlo —añadió Frank—. Manaña es sábado y todos podrán acompañarnos.

—Deja de cosechar esas manzanas, Jack, y ven a ayudarnos a preparar nuestro proyecto —gritó Molly, arrojando una manzana al niño, que se encontraba semioculto entre las ramas.

—¡Ya terminamos! Tengo las manos hechas una miseria y me he roto los pantalones, pero hemos tenido una buena cosecha —agregó Jack.

—Mejor sería que ese niño no mordisqueara cada manzana que cae en sus manos. Vamos, Boo, ¡deja de hacerlo! ordenó Frank, tomando al pequeño de un brazo.

—Gus vendrá a pasar como siempre el fin de semana. No nos divertiríamos si él no formara parte del picnic —dijo Frank.

—Y Ralph, también —añadió Merry—. Trabaja en el busto de una niña, pero si se lo pedimos, lo dejará por un día.

—Invitaré a las niñas al regresar a casa. ¿Les parece bien que nos reunamos a las dos de la tarde, a orillas del río? Así podremos remar un poco antes de merendar. ¿Qué quieren que lleve? —inquirió Molly.

—Café y leche. También algunas galletas. Yo me encargaré de las tortas y la crema, y las demás que traigan lo que quieran —contestó Merry, orgullosa de las tortas que preparaba.

—Yo llevaré mi cítara, así podremos tener música durante el trayecto y Grif podrá llevar su violín. ¡Cuánto nos divertiremos! —exclamó Jill con entusiasmo.

—Bien, vamos a invitar a las chicas —dijo Merry, dando un brinco.

Librodot

Al día siguiente, once muchachos se reunieron al borde del río, llevando cada uno sus provisiones. Ralph no podría ir hasta más tarde. El día estaba hermoso y tras remar un rato, llegaron a la isla.

Todo estaba listo y se disponían a merendar, sin esperar a Ralph, cuando un alegre grito les avisó que se acercaba. El joven traía una cara muy especial y todos trataban de averiguar la sorpresa que les tenía preparada.

En efecto, algo había sucedido, algo muy feliz y que Ralph les anunció:

—¡Buenas noticias, buenas noticias! ¡Parto para Roma el mes próximo!

La noticia alegró a sus amigos que lo cubrieron de halagos y felicitaciones.

—Me alegro mucho. Cuando vaya a Europa de aquí a cuatro años, al finalizar mis estudios, iré a verte dijo Gus.

—¿Te quedarás cuatro años? —inquirió Merry, suavemente.

—Diez, si puedo —contestó Ralph con decisión—. Tengo mucho que aprender, me encerraré en mi estudio y me olvidaré del mundo exterior.

—¡No te olvides de nosotros! ¡Escribe! —pidió Molly.

—Por supuesto que escribiré. Pero no deben esperar grandes noticias durante algún tiempo. La fama se demora en llegar.

—¿Qué les parece si terminamos el café antes de que se enfríe? —sugirió Annette, viendo algunas caras tristes.

Los muchachos aceptaron encantados y todos comenzaron a devorar tortas y pasteles, con gran rapidez.

—¿Terminaste el busto de la niñita? —preguntó Jill.

—Me falta muy poco, en dos semanas quedará listo. Te tengo que agradecer que hayas sido mi primera modelo. En recompensa te mandaré la primera cosa bonita que encuentre —contestó Ralph.

—¡Si supieras lo orgullosa que me siento! Lo que quisiera es pagártelo, pero no tengo dinero, y a ti no te hace falta nada de lo que yo sé hacer —respondio Jill.

—Puedes escribirme contándome cosas de todos ustedes. Temo que me olviden cuando esté lejos —dijo Ralph.

Jill se lo prometió y mantuvo su palabra; pero las cartas más largas fueron las que recibió de la granja sobre la colina, a pesar de que nadie lo supo hasta mucho tiempo después. En ese momento Merry sonrió con las mejillas enrojecidas y bajó la vista.

—Quisiera tener veinte años para marchar en busca de fortuna —exclamó Jack.

Librodot

—Es fácil decir lo que nos gustaría hacer —intervino Gus—. Pero a veces hay que aceptar los hechos como se presentan.

—No siempre. Si uno se empeña en llegar a ser lo que quiere, puede convertir en realidad sus proyectos —dijó Frank, muy serio.

—Así hablaba Ed. Sus proyectos eran magníficos, pero no pudo realizarlos —añadió Jack.

—¡Quién sabe! Tal vez aquellos proyectos dieron su fruto —replicó Ralph.

—Muchas bellotas se pierden. Pero otras crecen y se convierten en grandes robles —susurró Merry.

—¿Plantaste la tuya? —preguntó Gus.

—Si. ¿Y tú? —contestó Frank.

—¿De qué están hablando? —susurró Merry.

—El domingo pasado —explicó Jill— los muchachos fueron al cementerio, y al llegar ante la tumba de Ed, la encontraron cubierta de bellotas caídas de un árbol que crece cerca. Cada uno de ellos recogió algunas y se propusieron plantarlas en recuerdo del amigo.

Los jóvenes la oyeron pero ninguno de ellos habló. Todos querían parecerse siquiera un poco a Ed y vivir una vida noble en recuerdo suyo.

—Me parece que este año ha sido rico en acontecimientos —dijo Merry, en tono pensativo.

—¡Ya lo creo! —exclamó Molly—. En casa hubo una verdadera revolución y yo soy el comandante en jefe ahora, y no me quejo.

—A mí me parece que nunca aprendí tanto en la vida como durante este año —dijo Jill, convencida—, a pesar de que estudié menos.

—Yo, en cambio, me encontraré perdido después de la ida de Gus, pero tengo que obedecer las órdenes de mamá y tratar de cumplirlas lo mejor posible. Además creo que no será tiempo perdido —explicó Frank.

—Espero que no —contestó Gus—. En cuanto a mí, mi tarea está preparada, pero les aseguro que es más dura de lo que se imaginan.

—Yo también me siento muy satisfecho —dijo Ralph—, a pesar de que tendré que luchar mucho; pero llegará el día en que haré algo que me enorgullecerá.

Librodot